

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



SAGRADO DECRETO DE CANONIZACIÓN

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclesiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Celo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Nos, como Doctor Universal de la Iglesia, en virtud de Nuestra Apostólica Autoridad:

El día 27 de marzo del año 2025, en la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, durante la celebración del Solemnísimo Pontifical, Nos, procedimos a la solemne Canonización de una religiosa, elevándola a la Gloria de los Altares:

Mariana de Jesús Torres. Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 13 de marzo del año 2025.

Con gran júbilo, comunicamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, el felicísimo acontecimiento de la elevación a la Gloria de los Altares de esta Santa, para que imitéis sus heroicas virtudes, y le invoquéis en vuestras necesidades:

¡Santa Mariana de Jesús Torres, ruega por nosotros!

Nos, hemos canonizado a Santa Mariana de Jesús Torres, no sólo por su vida de gran santidad, heroicas virtudes y asombrosos milagros, sino también por sus revelaciones y profecías, las cuales son principalmente para los que vivimos en estos Últimos Tiempos, ya que nos indican el camino de la salvación en medio de la corrupción del mundo actual y nos animan a seguir fieles dentro de la Santa Iglesia de Cristo, rezando por la salvación de las almas, con la esperanza firme de que Dios y su Santísima Madre manifestarán su poder y misericordia, poniendo remedio a todos los males cuando llegue su momento.

Hoy, día 15 de mayo de 2025, Nos, hemos conferido los siguientes títulos a Santa Mariana de Jesús Torres: "Virgen, Religiosa, Misionera, Magna, Doctora, Fundadora, Mártir espiritual, Gran Mística, Alma víctima para estos Tiempos Apocalípticos, Protectora especial de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, Protectora especial del Papa." Seamos agradecidos a esta Santa que tanto ha hecho en provecho nuestro, y confiemos en su intercesión para alcanzarnos las virtudes que necesitamos para vivir santamente y perseverar hasta el final en estos tiempos de grandes peligros.



Seguidamente, damos un relato biográfico:

SANTA MARIANA DE JESÚS TORRES

Preámbulo

La religiosa concepcionista Santa Mariana de Jesús Torres y Berriochoa (1563-1635), abadesa y una de las fundadoras del Monasterio Real de la Inmaculada Concepción de Quito, Ecuador, es un modelo acabado de santidad, heroísmo y sublime amor a Dios mostrado en sus criaturas. Su vida es extraordinaria por la práctica heroica de las virtudes, pero también por los mensajes que el Cielo le confió. Las revelaciones y profecías que ella recibió de María Santísima del Buen Suceso para nuestro tiempo, la convierten en mensajera de especial trascendencia. La particularidad de estas apariciones es la petición de la Santísima Virgen a la vidente de que orara y se ofreciera en holocausto, como víctima expiatoria, por los hombres del siglo XX. El aviso de estas extraordinarias apariciones marianas, que comenzaron en el siglo XVI, era que el tiempo de las tinieblas, el tiempo de la gran apostasía profetizado en la Sagrada Escritura, es justamente

el siglo XX. La urgente intervención preventiva del Cielo, que no tiene precedentes en la Historia Eclesiástica, es justificada: La crisis y la consecuente renovación espiritual de la Iglesia en el siglo XX, era necesario anunciarla para advertir a los católicos. Santa Mariana de Jesús Torres y Berriochoa fue un precioso instrumento en las Manos Divinas, para mostrar la autenticidad de la Iglesia Palmariana, como continuadora de la Iglesia Universal, entonces con Sede en Roma, cuyo traslado de Sede a El Palmar de Troya ocurrió precisamente en el siglo XX.

A veces pareciera que su mensaje se refiere sólo a la localidad, pero, con detenimiento, se podrá descubrir que habla a cada uno en particular y es válido para cada rincón del planeta. Algo similar a lo que sucede con las Escrituras. Las apariciones, revisadas en profundidad ya en su tiempo, con asistencia de testigos presenciales y profusión de documentos, recibieron todos los reconocimientos eclesiásticos oficiales y, sin embargo, por una disposición misteriosa de la Divina Providencia, han permanecido hasta ahora conocidas sólo en círculos de personas interesadas. La devoción que despertaron en Ecuador y particularmente en Quito no llegó a ser difundida en extensión a todo el mundo católico. Las declaraciones mencionadas en el relato están en los archivos del monasterio, cuya crónica fue encontrada el día 8 de enero de 1922.

Lo que más llama la atención de su vida terrena son sus tres muertes y dos resurrecciones, comprobadas fehacientemente. Asimismo su caridad heroica al aceptar padecer en su alma durante cinco años las penas del infierno, por salvar el alma de una religiosa rebelde. Y principalmente el hecho de ser víctima expiatoria precisamente por los pecados del siglo XX. Las revelaciones, que durante muchos años tuvo, muestran el cuadro desolador de la decadencia moral de dicho siglo XX. Y a partir de esa situación caótica y crítica, que invadió la Iglesia de Dios y se extendió como un diluvio sobre toda la humanidad, se hizo necesaria una dolorosa purificación, que le fue mostrada en visión.

La revelación es un don o carisma extraordinario del Espíritu Santo que no está a libre disposición del hombre. El Espíritu Santo manifiesta excepcionalmente estos dones o carismas extraordinarios de forma múltiple y singular a quien quiere, como quiere, cuando quiere y donde quiere, según las necesidades de la Iglesia, y con independencia de los méritos o deméritos del sujeto que los recibe. Para proceder a una canonización hay diversas vías: la vía regular según la comprobación de la práctica de las virtudes en forma heroica; la vía del martirio, y otros casos excepcionales. Sin embargo, como en la vida de Madre Mariana de Jesús Torres hay tal profusión de revelaciones y mensajes importantes, se incluyen algunos en su vida; y al final, por su doctrina, se añaden diversos mensajes en forma más extensa.

La crisis provocada por la infiltración de enemigos en la Iglesia Católica en el siglo XX, se extendió rápidamente a toda la humanidad. Siendo la Iglesia Universal Guía, Madre y Maestra de la sociedad, cuando dio entrada a las herejías, se hizo Ella misma un semillero de herejías y de perversión de costumbres, salvo honrosas excepciones de Sacerdotes y Obispos santos y sobre todo de los Papas San Juan XXIII y San Pablo VI. Se hacía imperioso purificar la Iglesia, para que volviera a cumplir su rol de Guía, Madre y Maestra, y con sus oraciones y sacrificios pudiera ofrecer reparación a Dios por tanto daño. Los castigos anunciados por Santa Mariana de Jesús se refieren a que la Iglesia Santa de Dios deberá ser para entonces en el siglo XXI fiel a la Ortodoxia, fervorosa y baluarte de Pureza, porque Dios mismo, o por medio de su Vicario, iba a erradicar de ella la herejía, la blasfemia y la impureza. Eso es lo que tuvo lugar, el proceso que comenzó en el siglo XX. Y fueron hechos dolorosísimos. La mujer con dolores de parto de la Santa Biblia. “El doloroso clamor de la Santísima Virgen María, como Madre de la Iglesia, en sus apariciones del Palmar de Troya, España, llamando a todos, mediante mensajes celestiales, para que se incorporasen en el verdadero redil, que tendría su sede en dicho Sagrado Lugar, y que quedaría constituido con el reducto fiel a la verdadera doctrina sacado de la Iglesia apóstata romana. Dicha gestación de la Iglesia de Cristo conllevaría también el dolorosísimo parto de un hijo varón que la rigiese.”

Adelantamos, por su importancia, la descripción en forma corta de la visión que llevó a Santa Mariana de Jesús a su primera muerte. En el momento de la visión, conoció en toda su maldad el torrente de herejías, sacrilegios e impureza que reinaría en ese tiempo. Para esa alma amante, sentir en su propio ser el dolor de la infinita ofensa a Dios y el desgarrar de esa purificación provocó en 1582 su primera muerte. Incluimos aquí brevemente la visión, según la fuente más fidedigna del Padre Souza Pereira.

Santa Mariana de Jesús “estaba arrodillada y, en medio de la oscuridad de la iglesia, vio el altar muy claro, como si fuese de día. De repente se abrió el Sagrario y apareció Nuestro Señor Crucificado, clavado en una Cruz de tamaño natural; la Santísima Virgen triste y con lágrimas en los ojos; San Juan Evangelista y Santa María Magdalena estaban a sus pies. Viendo la agonía de Jesús, la humilde virgen se prosternó en tierra con los brazos extendidos en forma de cruz, clamando: ‘¡Señor, castígame a mí, pero perdona a tu pueblo!’... Vio a la Santísima Virgen que le dijo: ‘Culpable es el mundo pecador.’ En esto el Señor comenzó a agonizar y escuchó la Voz del Padre Eterno que decía: ‘Este castigo será para el siglo XX.’ Vio tres espadas sobre la cabeza del Santo Cristo. Sobre la primera estaba escrito: ‘Castigaré la herejía’; sobre la segunda: ‘Castigaré la blasfemia’; sobre la tercera: ‘Castigaré la impureza.’ La Madre Mariana de Jesús supo, entonces, todo lo que acontecería. La Santísima Virgen prosiguió: ‘¿Quieres, hija mía, sacrificarte por ese pueblo?’ A lo que ella respondió: ‘Mi voluntad está pronta.’ E

inmediatamente las espadas se desprendieron del Santo Cristo, clavándose en el corazón de Madre Mariana, la cual cayó muerta por la violencia del dolor.”

Estas tres espadas compendian la purificación de la Iglesia Católica que tuvo lugar tras la muerte de San Pablo VI, explican perfectamente el traslado de la Sede Apostólica a El Palmar, y describen con asombrosa fidelidad a la Iglesia Palmariana, anunciando por tanto su existencia y autenticidad, como continuadora de la verdadera Iglesia de Cristo, la Una, Santa, Católica, Apostólica, y ahora Palmariana, por la apostasía de Roma y el traslado de su Sede a El Palmar de Troya.

La primera espada, contra la herejía, la usó Cristo mismo. A la santa muerte del último Papa en Roma, quedó allí dominando Satanás, a través de las logias masónicas y de otros enemigos de Dios. No era posible dejar en Roma la Sede Papal. Según la promesa de Nuestro Señor de asistir siempre a su Iglesia, fue Él quien realizó el corte al consagrar Papa al entonces Obispo Padre Fernando, con el nombre de Gregorio XVII, De Glória Olivæ, en Santa Fe de Bogotá, con lo cual la Sede de la verdadera Iglesia fue trasladada a El Palmar de Troya. Con este corte de la Divina Espada la mayoría del pueblo que a sí mismo se llamaba católico, dejó de serlo, pasando a ser apóstatas. Con el *Habemus Papam* de Cristo, en un momento la herejía fue extirpada, como cáncer maligno, del seno de la Iglesia de Dios.

La segunda espada, contra la blasfemia, fue usada por el Caudillo del Tajo, el Papa San Gregorio XVII Magnísimo, el día 30 de julio de 1982, a las 13:30 de la tarde. En ese momento “retiró a los sacerdotes y obispos fuera de la verdadera Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, todos los poderes de conferir o producir válidamente cualquier Sacramento; así como también retiró el carácter sagrado de todas las reliquias, imágenes, objetos de culto, etc.” Con este corte el mundo quedó purificado de innumerables irreverencias, sacrilegios y profanaciones, sintetizadas en la palabra blasfemia. Vale la pena recordar que pocas horas más tarde, ese mismo día, San Gregorio XVII tuvo una visión de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen María, y de una gran multitud de Angeles y Santos, todos con espadas alzadas, incluidos el Señor y la Virgen María. Nuestro Señor le dijo: “Mi amadísimo Vicario: Ya era hora que un Papa supiera hacer uso de los poderes que tiene. Toda la corte celestial manifiesta hoy su júbilo y alborozo por tu firme espada, cortando el mal de raíz... Hoy mismo, la humanidad ha recibido el mayor de los flagelos. He ahí la manifestación de mi Justicia. Os bendigo.”



La tercera espada, contra la impureza, la estuvo blandiendo San Gregorio XVII desde el comienzo de su glorioso Pontificado, en el siglo XX, a través de sus inspirados y claros Documentos Pontificios, culminando en el Decreto de Normas de Decencia Cristiana impuesto en 2004, ya comenzado el siglo XXI, bajo pena de excomunión. Este es el tercer corte que define a la Iglesia Palmariana. Cada corte significó para cada alma en particular, la decisión consciente de estar con Cristo o contra Cristo. La Iglesia Universal, aunque reducida a un mínimo de fieles, siguió siéndolo, pues abarca todas las verdades, para todos los pueblos y en todos los tiempos, que es lo que significa Universal. Pero oculta y protegida en el desierto por Divino Designio.

En la profecía de Isaías sobre el Mesías, el Pimpollo del Señor, dice: “Y sucederá que, del reducto de los hijos de Israel, los que permanezcan fieles en la Nueva Jerusalén, y vivan injertados en el Pimpollo del Señor, serán santos.”

Es de notar la Infinita Misericordia de Dios, que antes de castigar a la humanidad según la magnitud de sus delitos, Él mismo la provee de una Iglesia Santa, de una Iglesia que implora eficazmente perdón y misericordia, de una Iglesia que recurre sincera y generosamente a su Divina Madre para abreviar, en cuanto sea posible, los castigos y para que realmente estos sean ocasión de arrepentimiento y salvación del máximo número de almas. Este mensaje de amor y esperanza dado por la Santísima Virgen del Buen Suceso en el siglo XVII, se refiere al ‘buen suceso’ en el siglo XX que es la purificación o renovación espiritual de la Iglesia Universal. Dios mismo nos ha abierto esta ‘Puerta del Cielo’, Él mismo nos dio a su Madre, Nuestra Madre del Palmar Coronada, y nos la vuelve a dar, porque Él más que todos quiere nuestra salvación.

Las principales revelaciones de Madre Mariana de Jesús Torres relacionadas con nuestro tiempo se incluyeron, algunas veces con breves comentarios, en la sucinta relación de su vida, que queremos dar a conocer, porque la vida de los Santos es un compendio admirable de las maravillas de Dios en el orden sobrenatural. Es un acto visible del Amor que Él tiene para los mortales, proponiéndonos su imitación. Pues en estas criaturas, semejantes a nosotros, Dios derrama con profusión sus gracias divinas. Esto sucede con cualquier alma que voluntariamente se entrega a Él, sin reserva, correspondiendo fielmente a sus santas inspiraciones. Fue lo que aconteció a Santa Mariana de Jesús Torres.

Para aclaración. Cuando Madre Mariana de Jesús Torres cumplía los cincuenta y cinco años de edad, en 1618, y era superiora del convento de la Inmaculada Concepción, pues lo fue durante dieciocho años en seis trienios, en

la misma ciudad colonial de San Francisco de Quito nació Mariana de Jesús de Paredes, que sería más tarde canonizada y venerada como la Azucena de Quito (1618-1645). Sus padres conocían a la concepcionista Madre Mariana de Jesús y por ella eligieron ese nombre para su hija. Los quiteños tuvieron la gracia de albergar en su ciudad, al mismo tiempo, a estas dos almas privilegiadas por la gracia de Dios, ejemplares en su correspondencia heroica al Divino Amor y llamadas con el mismo nombre: Mariana de Jesús.

Infancia de Mariana Francisca Torres y Berriochoa

Santa Mariana de Jesús Torres y Berriochoa, española, nació en 1563 en el señorío de Vizcaya, ligado a la corona de España desde 1516 por San Carlos I de España y V de Alemania, hacía por entonces casi cincuenta años. Sus padres fueron Don Diego Torres y Berriochoa Cádiz y Doña María Fernández Taboada y Reig. Ella fue la mayor de tres hijos y fue bautizada Mariana Francisca en una de las iglesias de la parroquia, la cual se encontraba contigua a su casa paterna. La niña fue el encanto de sus padres por la singular hermosura con que el Cielo le había dotado, por su clara inteligencia, su docilidad, dulzura de carácter, y sobre todo por la inclinación a la virtud, pues desde su infancia huía de los juegos infantiles con los niños de su edad, retirándose ocultamente a la iglesia vecina a su casa, donde su virtuosa madre la encontraba a menudo postrada a los pies del Tabernáculo.

Un día el sacristán, estando el Sacerdote ausente, se fue a su granja, dejando mucho aceite en la lamparita del Santísimo. Dicen que hubo un leve temblor de tierra y se rompieron las cuerdas que sostenían la lamparita, lo que originó un incendio. Salían llamas de la iglesia y se necesitaba socorro; acudieron los familiares del sacristán y los vecinos, y emplearon en vano todos los medios posibles para apagarlo. Un Sacerdote, tío materno de la niña, que se encontraba de visita en la casa familiar, salió al oír tanto alboroto y viendo el fatal incendio penetró intrépido en la iglesia, recogió el Sagrario y la Hostia utilizada para la Exposición y salió rápidamente; el fuego respetó al Ministro del Señor. A sus espaldas caían primero el Altar y luego la iglesia.

La familia Torres y Berriochoa siguió al Sacerdote que llevaba tan preciosa carga y, con lágrimas, le acompañaron a una parroquia vecina donde él depositó las Especies Sacramentales. Mariana Francisca había acompañado a su Divino Amante gimiendo desolada y sintiendo destrozado su corazón al sufrir ya la ausencia de su Único Amor.

Como la casa familiar estaba contigua a la iglesia, también fue afectada por el incendio. Los viñedos fueron destruidos y el edificio arruinado en parte. De esto sólo se dieron cuenta los devotos y fervorosos propietarios cuando regresaron. Como el Santo Job, sus padres, postrados en tierra con sus tres pequeños hijos, dieron gracias al Señor por haber perdido sus haberes al tratar de salvar las Especies Sacramentales.

La niña Mariana sufrió mucho viendo padecer a sus virtuosos padres por la pobreza en que quedaron. Pero el dolor mayor que experimentó fue la ausencia de su Amado Jesús Sacramentado, puesto que cuando lo tenía como vecino le era fácil hacer sus piadosas fugas para ir a adorarlo en el Sagrario; pero ahora la distancia no se lo permitía, y se sentía en soledad y abandonada de su Amante, que comienza a ejercitarla en crueles ausencias y desolaciones.

Mariana Francisca, cual girasol, abría sus delicados pétalos a los refulgentes rayos de Jesús Sacramentado y, no pudiendo permanecer día y noche a los pies del Tabernáculo para poder adorarlo con frecuencia, enflaqueció y como que agonizaba anhelando la unión eucarística.

Ante la precaria situación económica en la que los dejó el incendio, los padres de la niña se vieron obligados a salir de Vizcaya, trasladándose con sus tres hijos a Santiago de Compostela; allí entró en contacto con las religiosas de un convento de concepcionistas – una de ellas, Madre María de Jesús Taboada, la abadesa, era tía materna suya.

La Orden de la Inmaculada Concepción había nacido más de cien años antes por una inspiración directa de la Madre de Dios a la joven Beatriz de Silva, a quien se apareció en Tordesillas. Madre Beatriz de Silva (1424-1491), fundadora de la Orden de la Inmaculada, fue beatificada por San Pío XI Magno en 1926, canonizada en 1976 por San Pablo VI, y declarada Doctora de la Iglesia por San Gregorio XVII Magnísimo en 1996. Ella supo vivir y transmitir el carisma fundacional a sus hijas, dando a la nueva Orden su espíritu y como hábito el que Nuestra Señora vestía en su aparición. El relato de la visión de la Virgen en Tordesillas fue decisivo para la iconografía de María Inmaculada, vestida de blanco y con manto azul. Es interesante que ya en época tan lejana hubiera esa firme convicción de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen María, varios siglos antes de la declaración dogmática del Papa San Pío IX Magno.

Primera Comunión y Esponsales

Una vez establecidos en Santiago de Compostela, fue fácil a la niña Mariana ir tras de Jesús Sacramentado. En una ocasión en que estaba postrada a los pies del Sagrario, su corazón se inflamó tanto en deseos amorosos de unirse a Jesús en la Santa Comunión que con voz delirante exclamó: “¡Oh, mi Amor! ¿Cuándo será el día en que me uniré contigo en la Santa Comunión?” En el mismo instante oyó una Voz que saliendo del Sagrario le dice: “El día que tú quieras, querida hija, porque tu corazón está preparado.” Esta fue la primera vez que escuchó con sus sentidos el dulcísimo acento de Jesús Sacramentado.

Un día se postró a los pies de un Sacerdote franciscano abriendo su alma cándida. Comprendiendo el Ministro de Dios que la niña debía recibir la Sagrada Comunión, él mismo empezó a prepararla. Por aquel entonces, en 1572 – pocos meses antes había muerto el Papa dominico San Pío V Magno y ya reinaba San Gregorio XIII Magno – no se recibía la Primera Comunión antes de cumplir los doce años. Sin embargo, con el apoyo del franciscano, el 8 de diciembre de 1572 Mariana, de nueve años, recibió por primera vez la Santa Comunión.

Fue tal el torrente de Amor Divino en su corazón, en el primer abrazo que recibió de Jesús, que no pudiendo resistirlo, cayó en éxtasis inefable. En éste vio a nuestra Inmaculada Madre que la alegraba con su presencia y le explicaba la grandeza del voto de virginidad, manifestándole cómo la propia Reina del Cielo lo había hecho en el momento de su Inmaculada Concepción, y que lo ratificó en el Templo de Jerusalén a los tres años de edad. Ella le enseñó en qué consistía tal voto, ordenándole que lo hiciese luego, pues la había destinado para religiosa de su Inmaculada Concepción. Allí en su Orden daría mucha gloria a Dios, comprometiéndola desde ese momento a cultivar el inefable misterio de su Inmaculada Concepción. Para esto la Santísima Virgen la instruyó sobre cómo debería hacer el voto e incluso le dictó las palabras que debía pronunciar. Mariana Francisca hizo entonces voto de castidad, según la fórmula enseñada por Nuestra Señora, para entregarse enteramente al Divino Amor de su alma.

En aquel momento vio en el Sagrario a las Tres Personas de la Santísima Trinidad y que, la Segunda, o sea el Verbo Divino en su Humanidad Santísima, tomando la figura de un Niño, quería desposarse con ella. Vio aparecer también a San José, Esposo Virginal de María Santísima, y que María y José Santísimos serían los padrinos del celestial desposorio. Ella pronunció el solemne Voto de Castidad según la fórmula enseñada por Nuestra Señora. Cuando concluyó, el Padre Eterno bendijo la unión de su Hijo Unigénito, hecho Niño, con la niña Mariana. Sin saberlo ella, su alma fue adornada con el sublime grado de oración de quietud; tenía sólo nueve años de edad.

Los versados en teología ascética y mística distinguen distintas categorías en las relaciones humanas con Dios: la oración, a veces considerada en rigor sólo como la oración vocal; la meditación; la contemplación y la oración de quietud. *La oración* es en general una elevación del pensamiento a Dios, para conversar con Él. La oración vocal es una forma de oración expresada en palabras, sean escritas o habladas. *La meditación* u oración mental es la aplicación del entendimiento a alguna verdad sobrenatural (por ejemplo a la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor, a sus enseñanzas, a la muerte en general, al destino del alma después de la muerte, etc.) para penetrar su significado, para amar ese misterio, y para practicar las virtudes que propone, con la gracia de Dios y para su gloria. El nivel siguiente en el camino espiritual es *la contemplación*, que se define como la observación simple, amante y prolongada de Dios y de las cosas divinas a través de los dones del Espíritu Santo y de una gracia actual especial que toma posesión de nosotros de una manera pasiva. *La oración de quietud* es la forma avanzada de la contemplación, en la cual el alma experimenta, con una inefable dulzura y delicia, la presencia de Dios de forma consciente. Las últimas dos pertenecen a la teología mística y las dos primeras a la teología ascética.

En el primer éxtasis que Mariana tuvo en su Primera Comunión, el Esposo Amado la hizo entrar en el camino del sacrificio y del amor, haciendo notar que a partir de ese momento ella no existe ni vive sino para amar a Jesús Sacramentado. Salió, pues, del éxtasis y comenzó una vida más angelical que humana porque no perdió la inocencia bautismal; su confesor la guiaba con destreza haciéndola observar en su casa las austeridades de la vida monástica, permitiéndole recibir dos veces por semana la Sagrada Comunión.

Esta niña sólo conoció el pecado para evitarlo y llorar las ofensas de los pecadores, pues, desde su infancia practicó una vida inocente y de penitencia. Desde el momento en que la Santísima Virgen le comunicó que debía ser religiosa de su Inmaculada Concepción, su alma se inflamó en ardiente deseo de cumplir la orden; dejándose llevar por el ímpetu de sus fervores, no omitió sacrificio ni oración alguna hasta haber satisfecho sus anhelos. Ella se dedicó al ejercicio de la oración, la contemplación, mortificación interior y exterior, y demás virtudes religiosas, viviendo en su casa como en un monasterio y sirviendo a sus padres y hermanos, hasta que consiguió el permiso de sus padres para irse al convento de la Inmaculada Concepción, en donde su tía, Madre María de Jesús Taboada era la abadesa, si bien, por su corta edad no podía ser considerada como postulante.

El Monasterio Real de la Inmaculada Concepción de Quito, la llamada de ultramar

Como las nobles damas de Quito en unión con el Cabildo de la ciudad habían pedido con humildes súplicas al rey de España la fundación del primer monasterio de la Inmaculada Concepción en esa colonia, el propio rey designó a un grupo de fundadoras colocando a la cabeza de ellas a la Reverenda Madre María de Jesús Taboada. Esta era la tía de Mariana. La niña comprendió que era la Voz de su Amado que la llamaba.

Un día, al recibir la Santa Comunión, vio en su alma al Divino Jesús que le decía: “Esposa mía, ya es tiempo de dar un adiós eterno a tu patria, a la casa paterna, y que Yo, anhelando tu hermosura, te lleve a la mía, donde dentro de fuertes murallas vivirás lejos de la carne y sangre, oculta y olvidada de toda criatura humana, siendo tu herencia y patrimonio, a mi semejanza, la Cruz, los padecimientos. Fuerza y valor no te faltarán; sólo quiero tu voluntad siempre pronta para hacer la Mía.” Mariana aceptó de Jesucristo todo cuanto le daba y, como Él, se ofreció en holocausto.

Llegó el día de la despedida de sus padres y hermanos, que fue tierna para todos los que la presenciaron; dura y amarga para sus padres y parientes, y amarga también para la cándida niña, pues su corazón inocente no tenía otro amor sobre la tierra que el de sus padres y parientes; mas también dulce porque daba a Dios pruebas fehacientes de su amor, sufriendo el martirio del amor filial. Al mismo tiempo, Dios la consolaba con los inefables consuelos que Él sabe dar en las horas de sacrificio.

Tan pronto se embarcaron, sobrevino en el mar una terrible tempestad nunca vista. El navío ya naufragaba, el cielo se oscureció de repente. Los marineros asustados no sabían qué hacer y decían que la borrasca ya los tenía perdidos. En medio de tanta amargura, Mariana Francisca, confundida en su humildad, creyó ser ella la causa de esta terrible tempestad y dijo a su tía: “Tía, ¿soy yo la causa de esta borrasca y, como otro Jonás, deberé ser lanzada al mar para que se calme?” –“No, niña mía”, le dice la tía, “para eso tenemos la oración que penetra el Corazón de Dios”, y tomando a la niña en sus brazos la estrechó contra su corazón.

Enseguida Madre María de Jesús Taboada y la niña vieron en el mar una serpiente monstruosa de siete cabezas, que moviéndose de un lado a otro quería destrozar la nave. Ante esta horrible visión Mariana Francisca dio un grito y cayó como muerta. La Madre, asustada, temiendo a cada instante la muerte de su sobrina, dirigió a Dios esta humilde oración: “Tú sabes, Dios mío, que no por mi voluntad hacemos esta fundación, sino por obediencia al rey, mi señor. Si es tu Voluntad que en esta colonia se funde un monasterio de la Orden de la Inmaculada Concepción, haz desaparecer esta tempestad, esta oscuridad y que se calme la tormenta.”

¡Oh prodigio! Apenas Madre María de Jesús terminó la oración, la niña abrió los ojos. En el mismo instante se abrió el día y se escuchó una voz terrible que decía: “¡No permitiré la fundación, no permitiré que progrese, no permitiré que se conserve hasta el fin de los tiempos, y en todo momento la perseguiré!”



Serenada la tormenta y abierto el día, volvió Madre María de Jesús a acoger en sus brazos a su sobrina y le dice: “¿Qué te pasó, hija mía?” –“Te lo diré a solas, tía,” le respondió, y cuando llegaron al primer descanso, se retiraron y tuvieron una conversación respecto de lo sucedido. La Madre comprendió que la niña había tenido algún éxtasis admirable, y cuidadosamente le preguntó: “Hija mía, dime ¿qué te pasó?” –“No sé, tía. Estuve en otro mundo. Vi que una serpiente se retorció. Era una serpiente muy grande y vi a una Señora de incomparable hermosura, vestida de sol, coronada de estrellas, con un Niño precioso en brazos. En el pecho de la Señora había una Custodia con el Santísimo Sacramento; tenía en una de sus manos una cruz grande de oro que terminaba en lanza. Con ésta, Ella sujetó a la enorme serpiente que poseía una lengua de dos puntas. La Señora apoyando la Cruz en el Santísimo Sacramento y en la mano del Niño, golpeó con tanta fuerza la cabeza de la serpiente que la despedazó. En ese momento, la serpiente dio esos gritos de que no permitiría la fundación del monasterio de la Orden de la Inmaculada Concepción.”

Madre María de Jesús comprendió lo que esto significaba y en tiempo oportuno hizo grabar, según esta admirable visión, la imagen de la Santísima Virgen María que las concepcionistas llevan en el pecho.

Las fundadoras llegaron a San Francisco de Quito, como aun se llama oficialmente la ciudad, el día 30 de diciembre del año del Señor 1576. Fueron recibidas por la Real Audiencia, por el Gobierno Eclesiástico y con grandes manifestaciones de júbilo de los quiteños, y hospedadas en las casas que les habían sido reservadas en el monasterio. Las paredes de la clausura aún no estaban concluidas, y tuvieron que soportar muchas penurias. Los Frailes Menores, bajo cuya dirección quedaron, les fortalecían espiritualmente enseñándoles las virtudes religiosas y la seráfica pobreza.

Dispuestas las cosas, el día 13 de enero de 1577 se fundó el monasterio. Ese día profesaron las siete religiosas fundadoras, ante el Padre Vicario Provincial de la Orden Franciscana. Mariana Francisca no pudo profesar ese día, pues sólo tenía trece años y algunos meses. Con todo, se mostró extraordinariamente notable en la observancia de las Santas Reglas de su Orden y con una inalterable paz, que mostraba la profundidad de su vida interior, hasta el punto de ser considerada, ya en aquellos comienzos de su vida religiosa, como una de las más hermosas columnas del monasterio. Por esa razón, Santa Mariana de Jesús Torres, aunque a su llegada desde España sólo contaba trece años y era postulante a la vida religiosa, es considerada cofundadora del Real Convento de la Inmaculada Concepción de Quito.

Noviciado, Profesión y Desposorio místico

A fines del año 1577, Mariana Francisca vistió el hábito concepcionista e inició su formación religiosa. Su director actuó con tanto acierto con esta cándida e inocente alma que, viendo los progresos que hacía en la virtud, se consideraba indigno de dirigirla. Sus compañeras de noviciado admiraban su fervor y se guiaban por sus instrucciones, porque muchas veces la veían absorta en contemplación (oración de quietud). En 1578 emite sus votos simples y cambia su nombre por el de Mariana de Jesús.

En los ejercicios espirituales que hizo para la profesión solemne, Dios Nuestro Señor le comunicó grandes gracias. Pasó el día entero de la víspera como muerta. Las religiosas asustadas llamaron al doctor Sancho, que era el médico más famoso de la ciudad, al que acudían enfermos aun de fuera de Quito, para que la examinara, y dijo admirado: “Puedo asegurar que esta enfermedad no es natural. Déjenla tranquila, es algo sobrenatural y no tengo nada que hacer con ella.”

El 4 de octubre de 1579, a los dieciséis años de edad, el día deseado del desposorio, Hermana Mariana de Jesús se consagra plenamente a Dios, haciendo sus votos de profesión religiosa y entregando la cédula en las manos de su priora y tía, la Reverenda Madre María de Jesús Taboada. El acto fue solemnisimo.

Al terminar de pronunciar los votos fue arrebatada en éxtasis al Cielo y vio que, cuando Madre María de Jesús aceptaba su profesión, el Padre Eterno repetía las mismas palabras de la priora, su tía: “Si guardares esto te prometo la Vida Eterna.” Vio a continuación a la Persona del Verbo Divino, la Santísima Humanidad unida a la Divinidad, como un joven bellísimo en su perfecta edad de treinta y tres años. Con inefable majestad y dulzura se desposó con ella colocando en su dedo de la mano derecha un anillo hermosísimo con cuatro piedras preciosas. En cada piedra había escrito en latín y castellano, uno de los cuatro votos: Pobreza, Castidad, Obediencia y Clausura. En medio del anillo, primorosamente esmaltado, había una estrella con el monograma de María. En este inefable desposorio fueron padrinos la Santísima Virgen María y su Castísimo Esposo San José.

En ese momento el Divino Esposo Jesús presentó a su Esposa Mariana su Cruz con todas las dificultades y penas que Él padeció en su vida mortal. Y después las que ella padecería. “Mi Esposa”, le dijo, “quiero que sigas la vida de inmolación. Tu vida será un martirio continuo. Tendrás que padecer toda clase de tribulaciones, tentaciones y persecuciones; te preservaré solamente de las tentaciones contra la angelical pureza.” Le dijo que sufriría persecuciones terribles de parte de las criaturas, como también de personas buenas y justas. Santa Mariana de Jesús supo las desolaciones espirituales, desamparos de Dios y ausencia de su Amado, en una palabra, conoció el martirio prolongado y cruel de su vida de amor crucificado.

Con profunda humildad ella respondió a su Amado: “Acepto complacida y agradecida, como don precioso, los sufrimientos que me presentas, te ofrezco imitar tu vida; mas, como soy una miserable criatura, y a pesar de que mi voluntad esté pronta, temo que mi naturaleza desfallezca, te ruego que me asistas con tu gracia.”

El Divino Esposo prometió ayudarla y le mostró veladamente las gracias que tenía preparadas para ella. Así conoció veladamente la aparición de la Santísima Virgen del Buen Suceso y, a medida que transcurrían los días, se le aclaraba el significado de todo cuanto había visto en el éxtasis.

A continuación, la Santísima Virgen le dirigió palabras de dulzura maternal: “Hija mía”, le dijo, “tú eres mi predilecta y vivirás cubierta con mi manto; más aún, dentro de mi Corazón y para que nunca tengas afectos terrenos y sólo amor a mi Hijo Santísimo, cortaré esta vena de tu corazón.” Y aproximando su mano al corazón de la nueva Esposa de Cristo, hizo un corte. Entonces Mariana sintió un dolor muy agudo y terrible, que permaneció hasta su muerte. Ella sintió que la vena cortada estaba retorcida en su pecho.

Es de notar que, durante el tiempo que duró el éxtasis, su cuerpo permaneció flexible y podía moverse para hacer todas las ceremonias de la profesión, su rostro estaba como una rosa, iluminado, algunas veces alegre, otras, derramando torrentes de lágrimas. Cuando volvió del éxtasis sintió que el Divino Esposo le tiraba del anillo y sintió un dolor tan vehemente que parecía que le arrancaba el dedo. Esto simbolizaba que su periodo de formación aun no había terminado, le faltaban todavía los dos años de guía espiritual, que llamaban juvenado.

Práctica de las virtudes en grado heroico

Después de la profesión comenzó a ejercitarse con mayor brío en todas las virtudes cumpliendo diligentemente las órdenes de su Divino Esposo. Madre Mariana de Jesús nunca tuvo ningún afecto terreno. Su amor fue solamente para Dios y el prójimo. Fue asignada sucesivamente a diferentes trabajos en la comunidad religiosa. Desempeñó los oficios del convento desde los más humildes hasta el de priora siempre con humildad y docilidad, y como si fuese la última novicia lega. Su trato era dulce, suave, prudente, discreto, afable, de tal modo que las propias religiosas que la atormentaban y perseguían, llegaron a conocer el precioso tesoro que tenían en ella.

Su primera misión fue en la enfermería, y ella, desbordándose en afectos amorosos para su Amado, servía a las enfermas como si en cada una estuviese verdaderamente sufriendo Nuestro Señor Jesucristo. En cierta ocasión una Hermana se accidentó quemándose la mitad de la cara y todo el brazo. Cuando la examinó el doctor Sancho, vio que la quemadura era mortal y que no sobreviviría por haberse quemado hasta los huesos. Madre Mariana de Jesús, con lágrimas, oraba de rodillas. Viéndola, el doctor Sancho le dijo: “Si Madre Mariana hace un milagro se salvará.” En efecto, después de un mes, se curó completamente. La Madre María de Jesús, por su parte, temiendo que su sobrina se envaneciese por la curación milagrosa, le dijo: “¡Qué atinado el doctor Sancho, tiene muchos conocimientos, qué buena cura hizo!” Madre Mariana de Jesús respondió sonriendo: “La Misericordia de Dios hizo ese milagro.”

Madre Mariana ejerció con muchas maravillas el oficio de proveedora. Cuando el pan no era suficiente, ella lo multiplicaba en sus manos. Muchas veces, debido a la pobreza del monasterio faltaba lo necesario para el sustento

de las religiosas, entonces la Santa se postraba a los pies de Jesús Sacramentado pidiéndole el socorro para su comunidad. Se levantaba e inmediatamente venían de afuera las donaciones de alimentos. Ella mismo lo distribuía y todo era suficiente, porque pasaba por esas manos creadas por Dios para instrumento de su Misericordia.

Fue sacristana angelical y prodigiosamente. Cuando en sus incendios seráficos se encontraba desolada, con esa confianza que el amor inspira, le decía a Jesús: “Si precisas de mí, Amor mío, ¿por qué parece dormir? ¡Hasta cuándo! ¡Qué sueño tan pesado tienes, despierta ya de tu sueño tan largo... me ahogo en un mar de tribulaciones y Tú duermes! Despiértate, Amor mío, y socórreme.” Así con filial confianza trataba a Jesús Sacramentado. Cuando dormía y su Ángel la despertaba diciéndole: “Mira, hija, la lámpara de tu Amado está apagada”, ella le decía: “¿Por qué en lugar de despertarme no la encendiste con tus resplandores?” Y corriendo en dirección al coro, encontraba a su Amado a oscuras, y hacía que su Ángel la encendiera.



El oficio de portera lo realizó como un apóstol del Divino Amor. Los pecadores que venían a la puerta del convento atraídos por lo suavísimo de su voz y de sus palabras, se retiraban compungidos, heridos por sus consejos... y se convertían. Cuando no tenía a quién enviar para satisfacer las necesidades de sus Hermanas, rezaba al Ángel de la Guarda para que trajese o fuese a buscar lo necesario. Entre tanto la serpiente, que siempre la perseguía, se retorcía junto a la puerta, y Madre Mariana de Jesús la echaba de la puerta. La serpiente dando alaridos terribles desaparecía. Retornaba, entre tanto, el Santo Ángel trayendo lo que precisaba y ella le decía donde estaban las Hermanas para que lo fuese a entregar.

Llevó a cabo el oficio de vicaria de coro con mucho celo por el Culto Divino. Si ella vio en el Cielo cómo los Ángeles alababan al Dios tres veces Santo, ¡cómo imitaría en la tierra la Salmódia Divina, alternando el coro de concepcionistas con el Coro Angélico! En cierta ocasión en que limpiaba las sillas del monasterio, se aparecieron unas religiosas fallecidas, que estaban penando en el Purgatorio por haber quebrantado el silencio en el coro, o por distracciones en la recitación del oficio, o por faltas a las oraciones. Madre Mariana de Jesús, con sus ruegos y súplicas, aliviaba sus penas.

Esta humilde religiosa, cuando salió del jovenado dijo que sería la última de todas, y así fue. Los sábados, día de limpieza general, ella barría por cuatro religiosas y cuando Madre María de Jesús le mandaba que no se agitase tanto, respondía con humildad: “Madre mía, es mejor servir un día en la Casa del Señor que pasar largos años en el mundo.” Preferentemente barría los claustros inferiores, porque allí hacía de noche penitencias ocultas. Los demonios queriendo asustarla, esparcían una cantidad enorme de gusanos, que dejaban inmundicias asquerosas por los claustros. Solamente ella veía esos enjambres de animales y con la señal de la Cruz todos desaparecían dejando limpio el lugar que había barrido.

La Reverenda Madre María de Jesús, queriendo verla progresar en la virtud, la castigaba y humillaba en público, con rigor, aun por las mismas cosas buenas que hacía. En el refectorio le daba severas penitencias y represiones de tal modo que viéndola sufrir con tanta paz y con una sonrisa en los labios, no pudiendo contener su admiración, iba a prosternarse ante el Santísimo y con la frente en tierra le decía: “Señor, hago tales cosas con esta criatura porque quiero que algún día suba a los altares llena de méritos y virtudes.”

Mortificaciones con divina fortaleza y vida de oración

Al completar el tiempo de jovenado prescrito por la Regla, el 8 de diciembre de 1581, fiesta de Nuestra Madre Inmaculada, ella con profunda humildad se prosternó en el refectorio delante de la comunidad, confesando sus faltas y pidiendo perdón de su mal comportamiento. Agradeció la caridad con que las religiosas la soportaron y les besó los pies. Después de este acto de humildad, Nuestro Señor la arrebató en éxtasis, quedando como muerta. En ese delirio inefable, Dios Nuestro Señor le comunicó el horario que debía observar en las horas libres de los actos de comunidad, y las penitencias, mortificaciones y disciplinas que debía practicar cada semana, comunicándole aun los puntos de meditación en los que debía ejercitarse. Cuando volvió en sí, la Madre María de Jesús le pidió que le comunicase lo que había acontecido, “porque todo debe ser”, le dijo, “con mi bendición y licencia.” Oyendo lo que Nuestro Señor le ordenaba, le dijo: “Haz, hija mía, lo que Dios te manda.” Mas, horrorizada por las penitencias atroces, le dijo: “Di a Nuestro Señor que tu priora teme que pierdas la salud por el rigor de las penitencias.” Madre Mariana de Jesús, obediente, en la próxima ocasión en la que fue nuevamente favorecida por la Divina Majestad dio el recado a su Divino Esposo. Jesús respondió benignamente: “No te pasará nada, hija mía; después de las penitencias estarás siempre fresca y vigorosa como una rosa de abril; y así como trasladé mi casa de Nazaret a Loreto, así haré contigo.” Con lo cual Nuestro Señor confirma explícitamente el prodigioso traslado de su casa de Nazaret en 1291. Y el Esposo Celestial, que se mostró a Madre Mariana de Jesús en esta ocasión más hermoso aun, y de treinta años, embriagado de Amor por su Esposa, tomó una gota de agua cristalina y se la colocó en los labios, diciéndole: “Esto te fortalecerá en toda tu vida de penitencia.” Al saborear

el licor divino, esa virgen casta sintió en sus labios una dulzura inefable e inexplicable, y en su alma, delicias tan celestiales que sólo las almas que reciben tales gracias pueden comprender lo que Dios Nuestro Señor regala a los que se sacrifican por su Amor. Así fue fortalecida en el cuerpo para practicar las penitencias atroces indicadas por su Amado.

Madre Mariana de Jesús fue una heroína practicando terribles penitencias: usaba cilicios en todos los miembros de su cuerpo, dejando libre sólo el rostro y las manos. Sus mortificaciones sólo pueden ser entendidas cuando consideramos que estaba llamada a ser una víctima por los pecados de nuestros días.

Los viernes por la noche hacía el ejercicio del Santo Viacrucis por los claustros inferiores hasta rayar la aurora. En algunas noches al entrar por el coro inferior, cargando la Cruz, se le aparecía la Sagrada Familia: Jesús, María y José. Los ayunos de la Iglesia y los de la Regla los observaba rigurosamente, y en este sentido hizo mucho más. Algunos viernes no comía absolutamente nada. La priora le ordenaba que comiese algo, y ella, por obediencia, ponía algo en su boca, mas no conseguía comer. Su confesor llamó al doctor Sancho para que la examinase. Éste encontró los conductos cerrados y se calló en presencia de Madre Mariana de Jesús, apenas meneando la cabeza. Pero al retirarse ella, dijo a las religiosas y al confesor: “Esto es cosa sobrenatural.”

Todos los viernes del año, después de vísperas y completas, se retiraba a su celda y hacía una hora de penitencia acompañando a Nuestro Señor cuando fue atado a una columna, penetrándose de los tormentos de su Amado, y así participaba de sus sentimientos en esos momentos. Se compadecía de su Señor desfallecido, lacerándose con atrozísimas disciplinas para imitar a Jesús.

Todos los días se crucificaba por un cuarto de hora en una gran cruz que tenía guardada en su celda, donde tenía reunidos todos los instrumentos de penitencia y martirio para su cuerpo inocente. En esas crucifixiones pendía sostenida de unas cuerdas.

Dormía sólo tres horas en la noche, siempre sobre una piel de carnero lisa, y en cama dura, porque jamás conoció la suavidad de un lecho; trataba su cuerpo con tal rigor como si fuese su mayor enemigo. Así, esta virgen inocente se valió de su naturaleza para inmolarse como víctima en aras del sacrificio y del amor. Para imitar a su Amante Crucificado usaba corona de espinas y correas en el cuello con las que ella se consideraba como cautiva del mismo Dios.

Los sábados se penetraba tanto de los dolores de la Santísima Virgen que había que consolarla, y a duras penas bebía un poco de agua. Los domingos comía todo lo que le servían en el refectorio, inclusive la fruta que acostumbraban dar en esos días, porque se alegraba de la Resurrección del Señor. Así como a ella le comunicaba los dolores y aflicciones de su Pasión, Jesús le hacía participar también de las alegrías de la Resurrección.

Ordinariamente rezaba cuatro horas, además de las dos horas diarias de oración prescritas por la Regla. De medianoche hasta la una, y de tres a cuatro de la madrugada, y en otras horas libres. Nuestro Señor le comunicó que las personas que tengan devoción de rezar a la medianoche recibirán muchas gracias, siendo acompañadas en esa hora por la Divina Majestad.

En el éxtasis que tuvo en el segundo año de su Profesión, Nuestro Señor le prescribió con detalle las meditaciones que debía realizar cada día, por la mañana y por la tarde.

Satanás, furioso corría tras ella, buscaba causarle daño físicamente, pues le era imposible dañar su alma. La hacía rodar las gradas con crueldad, se enredaba en sus pies y la hacía caer aun durante los actos de la comunidad. Cuando servía la comida, buscaba hacerla caer con los platos y desparramar los alimentos. Cuando leía le borraba las letras. A pesar de las embestidas del demonio, ella, valiente y siempre serena, conservaba aquella santa paz interior, propia de las almas sólidamente piadosas.

No contenta con pasar a sus pies las horas comunes de oración, daba todos los momentos que podía, para aliviar su alma enamorada junto a su Amante, Jesús Sacramentado, comunicándole sus penas interiores y exteriores. En su Santísima Presencia le hablaba de todos sus trabajos, para que aun en esas cosas su Amado le enseñase.

Primera muerte y resurrección

La santa religiosa había sufrido por entonces injurias de sus Hermanas sin abrir los labios para disculparse o quejarse, y sólo a los pies del Tabernáculo confiaba a su Amado sus dolores secretos. En el año 1582, un día que ocurrió una cosa muy grave con sus Hermanas, Madre Mariana de Jesús lo sufrió en silencio y acudiendo a los pies de Jesucristo le comunicó los tormentos y le pidió fortaleza. Jesús le dijo: “En el día en que te desposé, puse a prueba tu voluntad, ahora estás en la plenitud de tus padecimientos.” A lo que respondió la cándida virgen: “Señor, mi voluntad está pronta pero mi carne es débil.” Y Nuestro Señor le contestó: “No te faltará fortaleza, así como nada le falta al alma que me lo pide.” En esto vino un ruido espantoso, vio que todo el templo estaba inmerso en una oscuridad como de polvo y humo. Asustada, creyó que todo el edificio se venía al suelo y se preguntaba qué sucedía, pues no había sentido temblor de tierra. Repasando su conciencia no encontraba nada que le arguyese de pecado, pero en su profunda humildad se sentía culpable. En medio de la oscuridad de la iglesia vio el Altar muy claro, como si fuese de día; estaba arrodillada. De repente se abrió el Sagrario y apareció Nuestro Señor

Crucificado, clavado en una Cruz de tamaño natural; la Santísima Virgen triste y con lágrimas en los ojos; San Juan Evangelista y Santa María Magdalena estaban a sus pies.

Viendo la agonía de Jesús, la humilde virgen se creyó culpable, se prosternó en tierra con los brazos extendidos en forma de cruz, clamando: “¡Señor yo soy la culpable, castígame a mí, pero perdona a tu pueblo!” El Ángel de la Guarda la levantó diciéndole: “No eres tú la culpable. Levántate porque Dios desea revelarte un gran secreto.” Se levantó y vio a la Santísima Virgen: “Mi Señora”, le dice, “¿soy la culpable?” A lo que Ella le respondió: “No eres tú culpable sino el mundo pecador.” En esto el Señor comenzó a agonizar, y Madre Mariana de Jesús escuchó la Voz del Padre Eterno que decía: “Este castigo será para el siglo XX.” Vio tres espadas sobre la cabeza del Santo Cristo. Sobre la primera estaba escrito: “Castigaré la herejía”; sobre la segunda: “Castigaré la blasfemia”; sobre la tercera: “Castigaré la impureza.” Madre Mariana de Jesús supo entonces, todo lo que acontecería en ese siglo. La Santísima Virgen prosiguió: “¿Quieres, hija mía, sacrificarte por ese pueblo?” A lo que ella respondió: “Mi voluntad está pronta.” E inmediatamente las espadas se desprendieron del Santo Cristo, clavándose en el corazón de Madre Mariana, la cual cayó muerta por la violencia del dolor.

Como era siempre la primera en los actos de comunidad, las religiosas, viendo que no aparecía, fueron a buscarla, y la encontraron muerta y helada, en el coro inferior. La llevaron a su cama, cambiando la piel lisa de carnero por un colchón suave. Las Hermanas culpables que la habían atormentado por la mañana, viendo que no daba señales de vida, se acercaron y besándole las manos le decían: “Perdónanos, Madre Mariana, porque no sabíamos lo que hacíamos.” La Madre continuaba con el aspecto de un cadáver. Llamaron al doctor Sancho que la examinó, no encontrando señales de vida. Después de varias tentativas, el médico dijo con lágrimas en los ojos: “Madre Mariana de Jesús está muerta, su bella alma dejó la hermosa residencia de su cuerpo.” Y llamó a un pintor para que la retratase antes de ser enterrada. El médico se despidió de la comunidad manifestando su profundo pesar, y se hizo pública en la ciudad la muerte de Madre Mariana de Jesús.

Con la noticia, el pueblo se alborotó y golpeando las puertas de la iglesia pedían que les permitiesen besar las manos de su precioso tesoro. Entre tanto acudieron los frailes de la Orden de Menores. Los franciscanos aproximándose al lecho de la difunta, hicieron varias pruebas, y no dio señales de vida. Las religiosas culpables entraron para confesar su delito y el Padre Provincial las reprendió severamente imponiéndoles una penitencia.

Madre Mariana de Jesús murió y se presentó místicamente al Juicio de Dios que no encontró ninguna culpa. “Ven”, le dice Jesús, “bendita de mi Padre, recibe la corona que te preparamos desde el principio del mundo, porque desde tus tiernos años escuchaste mi Voz y dejando el suelo patrio fuiste a tierras lejanas para sacrificarte por mi Amor.” Dicho esto, se presentó delante del Trono de la Santísima Trinidad, comprendiendo algo de ese misterio inefable. El Padre Eterno se regocijó por haberla creado, el Divino Hijo por haberla redimido y tomado como su Esposa, y el Espíritu Santo por haberla santificado.

En tanto en la tierra se elevaban oraciones fervorosas por su vida, especialmente las de Madre María de Jesús, la cual lloraba sola, porque no tenía quién formase a sus novicias, pues tenía puesta su mirada en su sobrina para esa labor y guía de las concepcionistas. Clama a Dios por la preciosa vida de tan santa religiosa. Las Hermanas también oraban en unión con los Padres Menores que no abandonaban el lugar, colocando a los pies, humo caliente para ver si la Madre volvía en sí.

Nuestro Señor, queriendo atender las súplicas humildes de sus siervos, hizo ver a Madre Mariana de Jesús, cómo la oración hecha en la tierra subía al Trono de Dios y le presentó dos coronas: una, de gloria inmortal cuya hermosura nadie podría expresar, y la otra, de azucenas rodeadas de espinas; y le dijo: “Esposa mía, escoge cualquiera de estas coronas”; haciéndole entender que con la una llegaba a la gloria y con la otra volvía a padecer en el mundo. La virgen humilde dice a su Amado que Él escogiese. “Recuerda”, le dice el Señor, “que cuando te tomé por Esposa probé tu voluntad y ahora hago lo mismo.”

Esa alma bienaventurada conoció a todas las religiosas concepcionistas de su monasterio con sus nombres y los oficios que desempeñarían, las gracias que recibirían y cómo habrían de corresponder hasta el último día del mundo. Vio que algunos oficios serían contrarios a la Voluntad de Dios y que las religiosas, no teniendo gracia para desempeñarlos, cometerían muchos deslices. Rogó por todas y, conociendo a las que serían infieles, gimió por ellas delante del trono de Dios. Vio que algunas maestras de novicias se condenarían por la mala formación que dieron a las novicias. Le fue revelado que, retornando al mundo, desempeñaría ese difícil cargo. Vio que los Frailes Menores serían apartados del gobierno del monasterio y todos los sufrimientos que en razón de esto padecería la comunidad. A nuestro modo de entender, esa alma feliz estaba absorta sin escoger la corona que Nuestro Señor le presentaba.

Para este combate, su Madre amadísima, la Inmaculada Concepción, aproximándose le dice: “Hija mía, yo dejé las Glorias del Cielo y descendí a la tierra para proteger a mis hijos. Quiero que me imites también en esto y vuelvas a vivir, pues tu vida es muy necesaria para la Orden de mi Concepción.”

Santa María de Jesús de Ágreda (1602-1665), religiosa y mística concepcionista, contemporánea de Madre Mariana de Jesús Torres, casi cuarenta años menor que ella, escribió sobre esto más tarde en su obra cumbre *La Mística Ciudad de Dios*, donde cuenta las visiones que tuvo, y dice que Nuestra Señora fue llevada al Cielo en el

día de la Ascensión de Nuestro Señor y que le fue presentada la opción de permanecer en el Cielo o volver a la tierra para ayudar a la Iglesia recién fundada. Y Ella volvió a su vida en la tierra para ofrecer sus sufrimientos y ayudar a la Iglesia naciente.

Ahora era la misma Santísima Virgen, quien pedía a Madre Mariana de Jesús que eligiera la segunda corona, porque era necesario que un alma se ofreciera como víctima para aplacar la Justicia de Dios. “¿Qué aflicción para esta colonia en el siglo XX, si no se encuentran almas que con su vida de inmolación y sacrificio aplaquen la



Justicia Divina...!” Conociendo ser ésta la Voluntad de Dios, acepta el sacrificio que le presenta su Madre Inmaculada y la humilde religiosa dice: “Mi Señora y Madre, cúmplase en mí la Voluntad Divina. Ah, ¡cómo se estremece mi alma a la vista del peligro inminente de perderme volviendo a la vida y teniendo que desempeñar los cargos delicados de priora y maestra de novicias!” A esto respondió la Madre Inmaculada: “Hija de mi Corazón, no temas. Tú no serás propiamente la maestra, sino Yo. Por tu medio transformaré a tus novicias en santas religiosas...” Mientras esto pasaba en el Cielo, ella escogió, humilde y resignada, la corona de azucenas rodeada de espinas, y volvió al mundo para ofrecerse.

En este momento el Padre Guardián, inspirado por Dios, se aproximó al lecho de Madre Mariana de Jesús y le dijo: “Madre Mariana de Jesús, te ordeno en nombre de la santa obediencia que, si estás muerta, tu alma vuelva al cuerpo para que viva y nos puedas contar lo que aconteció.” ¡Oh prodigio! En el mismo instante exhaló un suspiro, abrió sus ojos procediendo luego a relatarle al Padre Guardián todo cuanto

vivió en el Paraíso.

Llamado el doctor Sancho, volvió al convento, y Madre María de Jesús le dijo: “Madre Mariana de Jesús está viva.” —“¿Está muerta!”, replicó el doctor. Y entrando apresuradamente a la celda, la encontró viva con sus acostumbradas mejillas rosadas. Asustado dio dos pasos atrás, pensando que se trataba de una ilusión. Entretanto, los Frailes Menores le animaron diciéndole: “Madre Mariana de Jesús está viva. Acérquese y véala.” Él se aproximó y examinándola dice meneando la cabeza: “Padres míos, nada tengo que hacer. Esto no es natural...” Recetó a Madre Mariana una bebida fresca para la sequedad de la boca y respetuosamente se despidió presuroso.

Madre María de Jesús quiso seguir hablando con ella a solas, pero esta virgen prudente le dice: “Madre mía, antes de nada debemos dar gracias a Nuestro Señor a los pies del Santísimo Sacramento.” Acto seguido, se postraron delante de Jesús Sacramentado y, concluida la acción de gracias, Madre Mariana de Jesús se retiró a su celda para contar a su priora todo lo sucedido. Aclaremos que esta primera muerte de Santa Mariana de Jesús fue sólo la muerte clínica o muerte de su cuerpo accidental, ya que su alma quedó unida a su cuerpo esencial sin llegar al juicio particular ni a la muerte real, tras los cuales no es posible volver a la vida en este mundo.

Madre Mariana de Jesús es elegida Maestra de novicias

Llegado el tiempo destinado por Dios, las religiosas escogieron unánimemente a Madre Mariana de Jesús para maestra de novicias y, sin atender sus temores, pusieron sobre sus hombros la pesada Cruz. Parece que éste fue el mayor sacrificio a que Dios la sujetó. No teniendo otra voluntad que la de su Divino Esposo, debía someterse. La noche que recibió el noviciado en presencia de sus tres novicias y cuatro aspirantes, se prosternó delante de ellas, diciendo con suma humildad: “Mis Hermanitas: la comunidad me encargó este oficio, no porque tenga algún mérito, sino para que venga a aprender las virtudes con ustedes. Les ruego me traten como Hermana; soy una Hermana más antigua y como a tal ténganme confianza. Vengo a formar sus almas para que sean religiosas santas y llegará el día en que sabrán que no soy yo la maestra sino la Santísima Virgen. Soy un débil instrumento de Ella y sólo dispondré lo que Ella disponga.”

Con estas y otras razones de humildad comenzó a gobernar a las novicias, haciéndose toda para todas. A cada una dirigía conforme al grado de virtud a que Dios le llamaba. El número de jóvenes se multiplicaba prodigiosamente. Su noviciado fue sólo de almas escogidas, pues no permitía entrar sino a las que tuviesen vocación. Así la santa maestra formó una generación de religiosas de muy buen espíritu. Cuando las novicias iban a profesar, la santa maestra les preparaba dirigiéndoles pláticas conforme al espíritu de cada una. Les avisaba también, cómo y cuándo morirían.

A veces, cuando alguna Hermana le ocultaba las faltas cometidas en el día, le llamaba a solas diciéndole: “Hija mía, hoy cometiste tal falta, quebrantaste el silencio en tal lugar, diciendo tales palabras... hagamos ahora penitencia.” Y junto con la novicia se arrodillaba y pedía perdón a Nuestro Señor por esa falta. De este modo nada se le podía ocultar. La amaban como a madre y la veneraban como a santa. Y como Madre Mariana de Jesús notó que éstas comenzaban a estimarla, se afligió mucho rogando a Nuestro Señor que no le privase de sufrimientos e injurias para padecer unida a su Pasión, y su Divino Esposo le concedió el rico tesoro de las humillaciones, sufrimientos y desprecios.

Visión del infierno, estigmatización y noche oscura

Su noviciado era el primero en levantarse por la mañana, a las cuatro, a rezar el pequeño oficio en honor de Nuestra Señora. Cierta mañana en que las novicias no estaban preparadas, Madre Mariana salió sola para rezar el oficio. Tenía la costumbre de disciplinarse por las almas abandonadas antes de llegar al coro. Concluida la disciplina se encaminaba al coro y cuando iba a dar un paso se lo impidió una horrible y profunda depresión del terreno de cuyo abismo salían gemidos espantosos. Asustada Madre Mariana, pensó que no estaba en el convento. Vio salir la cabeza de un dragón terrible, tan grande como la casa del noviciado, que abriendo la boca mostraba una multitud de almas, diciendo: “Todas estas almas he engullido porque son mías y tú también serás mía.” Fue tal el susto que se desmayó, y cuando volvió en sí, sintió que le tomaban por los brazos y la llevaban. Era el Ángel de la Guarda que le dice: “Esposa del Señor, ¿por qué temes? ¡Viste el infierno! ¡Esto fue hecho por el demonio para impedir la recitación del pequeño oficio!” Y oyó otra voz que decía: “Vendrán tiempos amargos en que se irá dejando el pequeño oficio y se debilitará el espíritu. ¡Ay de aquellas que hayan tomado parte en eso!”

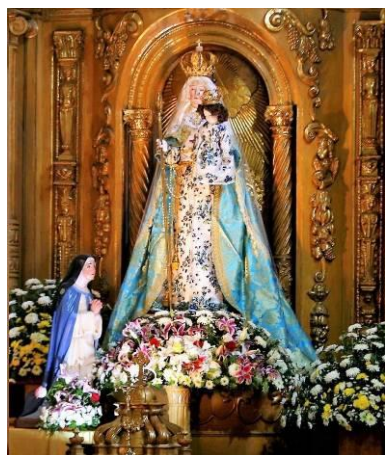
Vio que su Ángel la conducía en brazos levantándola del suelo y la condujo al coro. Oyó entonces una voz horrible que decía: “¡Con todo mi poder impediré el rezo de este maldito pequeño oficio, porque eso debilita mis fuerzas y me destroza!” Caminando algunos pasos vio una luz que iluminaba todo el convento, y elevando la vista en dirección al techo vio una estrella hermosísima con el nombre de María. Entró al coro y allí la Santísima Virgen le felicitó por el triunfo y la tranquilizó interiormente. Mientras tanto, las Hermanas llegaron para rezar el pequeño oficio.

En la noche del 17 de septiembre de 1588, estaba haciendo su oración ordinaria de la noche prosternada en su celda. Sintió un estremecimiento espantoso en todo el cuerpo y dio un grito. La Madre enfermera cogió las manos de Madre Mariana de Jesús y vio que tenía en las palmas y en las plantas de los pies marcas como de clavos. En la zona del corazón había una mancha roja y un círculo rojo como si fuese la herida de la lanza. Sus gemidos eran tan fuertes que se escuchaban a lo lejos. Por esto se cree que Nuestro Señor le imprimió, interiormente, sus Sacratísimas Llagas. Por entonces quedó durante meses su cuerpo inmóvil; sólo movía los ojos y la boca. Pasó la noche en un doloroso martirio.

Por la mañana se llamó al doctor Sancho, que dijo que por la vida de penitencia que ella llevaba, sólo tenía vida en el corazón. Poco a poco el cuerpo inmovilizado de Madre Mariana se transformó en una sola llaga. Ya no podía tragar los alimentos, siendo alimentada sólo con líquidos.

La Divina Majestad le retiró sus luces y consuelos celestiales. El demonio en figura de serpiente, viéndola sola, pues hasta su Ángel de la Guarda se ocultaba a su vista, la martirizaba diciendo: “Todas tus cosas fueron ilusión, engaño y mentira; tú eres mía.” En esa noche oscura de tribulaciones, mientras pasaban las semanas y los meses, Madre Mariana no abandonaba las oraciones de medianoche ni las de las tres de la madrugada, pero sufría cada día más intensamente las desolaciones interiores.

Los Frailes Menores entraban, celebraban la Santa Misa y la obligaban a comulgar, en nombre de la santa obediencia, que abriese la boca y comulgase, lo que hacía a duras penas. Ella se convencía de haber cometido un nuevo sacrilegio y la serpiente bailaba alegremente diciéndole: “Tienes otro sacrificio más para el infierno.” Y la víctima inocente sufría los mayores tormentos.



Un día de febrero, había rayado la aurora, pero la noche oscura de Madre Mariana de Jesús seguía. Permanecía inmóvil en su lecho de dolor, cuando escuchó un barullo terrible. En ese momento, las penas del alma de esta virgen aumentaron; la desesperación se apoderó de su espíritu. En ese triste estado interior se esforzó y gritó: “¡Estrella del mar, María Inmaculada, la débil embarcación de mi alma naufraga! ¡Las aguas de la tribulación me ahogan! ¡Sálvame, pues perezco!” En cuanto acabó de pronunciar estas palabras, se vio rodeada de una luz celestial y sintió que una mano cariñosa le tocaba la cabeza, oyendo una voz que le decía: “¿Por qué temes, hija mía? ¿No sabes que estoy contigo en la tribulación? ¡Levántate y mírame!”

La humilde religiosa, con sus propias fuerzas, se incorporó en la cama y vio a una Señora llena de Majestad y Grandeza que respiraba dulzura y amor. Le dijo: “Yo soy la Madre del Cielo a quien invocaste. Desaparecerán las oscuridades de tu mente. Viste lo que es el infierno. Sientes que ahora te saco de allí para colocarte en el Purgatorio a fin de que termines de purificar tu alma, porque tu Señor y tu Dios te destina para grandes y felices sucesos durante tu vida...”

“Comunico ahora vida a tus nervios, venas y arterias y apartando de aquí a la maldita serpiente, quedas en dulce paz como quedan las almas después de salir del lugar de expiación.”

Al decir estas palabras, la enorme serpiente dio un grito horrible de desesperación y se precipitó al infierno, con tan gran estruendo, que produjo un temblor de tierra en la ciudad y en el convento. Madre Mariana de Jesús quedó como muerta. Así la encontraron la enfermera y la priora, que corrieron para asistirle al sentir el temblor, y orando junto a ella, vieron que se volteaba, moviendo todos sus miembros, que habían estado secos, sin vida, durante

cinco meses, y abriendo sus hermosos ojos les dijo: “Madres, ya estoy con movimiento en todo mi cuerpo. ¡Qué bondadosa es la Reina del Cielo! ... ¡Recemos el Santo Rosario!”

Sin embargo, Madre Mariana de Jesús siguió muy débil en su cama sufriendo indeciblemente en su cuerpo y en su alma, pero con la paz de un alma justa y con el consuelo de poder moverse. Durante este Purgatorio fue ejemplo de cómo las religiosas deben recibir las pruebas interiores y las enfermedades corporales, animadas por el espíritu de sacrificio y ejercitando, para edificación de las demás, las virtudes de Fe, Esperanza y Caridad, Paciencia, Tolerancia y silenciosa Resignación, como verdaderos apóstoles de Jesús Crucificado.

Segunda muerte y resurrección

Sus fuerzas físicas se extinguían paulatinamente. Sin embargo, ella no perdía la tranquilidad de un alma abnegada y santa. Cuando la priora y las Hermanas le preguntaban cómo se sentía, respondía con una sonrisa celestial: “Bastante mal, creo que mi destierro ya termina, mas, Jesucristo, el Amado de mi alma, sufrió más que yo, y esto me hace feliz.” Madre Mariana permaneció en este estado grave de salud hasta principios de septiembre de 1589, cuando en el segundo miércoles de ese mes a las 9 de la mañana comenzó su agonía. En ese día, por la mañana, celebraron la Santa Misa en su celda.

Recibió la Extremaunción con edificante y admirable fervor y con la inmensa alegría de quien ve el término de sus sufrimientos. Al toque lúgubre de la campana la comunidad y los Frailes Menores, con lágrimas en los ojos, rodearon su cama. Así permaneció hasta la mañana siguiente en la misma agonía. Al mediodía del viernes comenzaron las convulsiones de su cuerpo. Su hermoso rostro se desfiguró apoderándose de él la palidez y el frío de la muerte. Madre María de Jesús y los frailes se pusieron a rezar encomendando su alma a Dios. A las tres y media de la tarde levantó sus ojos al cielo, bajándolos luego. Besó el Crucifijo que tenía en sus manos, lo estrechó contra su corazón, derramando sobre él algunas lágrimas, inclinó ligeramente su cabeza sobre el Cristo y dando un suspiro murió.

Llamaron al doctor Sancho que testimonió que ella estaba muerta. Salió del monasterio y las Hermanas amortajaron su cadáver helado, arreglando con flores las andas que tenían para el efecto, conduciéndola al coro inferior. El pueblo y la nobleza clamaban por ver a su Madre, diciendo a gritos: “¡Murió la Santa...! ¡Se fue nuestro Ángel...!” Velaron su cuerpo el viernes y el sábado. Las religiosas rezaban día y noche manteniendo encendidas las velas que la iluminaban.

La noche del sábado, Madre María de Jesús mandó retirarse a todas las Hermanas, para recuperar fuerzas y continuar a las 4 de la mañana con el pequeño oficio, que es el sustento de la vida regular, y dejar a la difunta Madre Mariana al cuidado de Jesús Sacramentado, a quien ella había amado con delirio. Las religiosas se retiraron tristes y llorosas, el sueño se apoderó de ellas y se durmieron profundamente.

Por la mañana se levantaron fervorosas para el oficio y se encaminaron al coro. Cuando llegaron allí vieron que Madre Mariana de Jesús estaba rezando y quería abrazarlas, dándoles el aleluya. Las Hermanas asustadas comenzaron a correr, fueron al dormitorio a avisar a Madre María de Jesús, y reunidas en comunidad volvieron al coro superior. La priora, pensando que fuese su alma, le dijo: “¡En nombre de Dios y de la santa obediencia, te mando que me digas lo que necesitas!” –“Madre, no tenga miedo”, respondió, “estoy viva y quiero estar con mis Hermanas y vivir con ellas.” Diciendo esto fue a abrazar a Madre María de Jesús, que la esquivaba por temor. Pero Madre Mariana de Jesús insistía: “Míreme, Madre, soy yo misma.”

Rezaron a continuación el pequeño oficio. Concluida la recitación fueron al coro inferior para ver si el cadáver se encontraba allí. Vieron solamente las andas vacías, las mortajas y las velas, convenciéndose entonces de que había resucitado. Avisaron a los frailes que la vieron expirar, y ellos llegaron asombrados por el portento. Esta su segunda muerte fue igual que la primera, sólo la de su cuerpo accidental, sin llegar a la muerte real.

Madre Mariana de Jesús fue a comulgar y después dio cuenta al director, Padre Antonio Jurado, y a Madre María de Jesús de todo lo ocurrido. Dijo que cuando ella murió Dios Nuestro Señor colocó su alma en otra purificación, y ella veía cómo estaba su cadáver, padeciendo un Purgatorio místico; que permaneció en ese sufrimiento hasta las tres de la madrugada del domingo, y que después su alma volvió a su cuerpo, comunicándole el vigor y la robustez de antes... Se levantó, se bajó de las andas... Liberada de las mortajas, fue al coro superior a esperar a sus Hermanas para darles el aleluya. Decía que Nuestro Señor le había concedido la vida para que, haciendo méritos, padeciese y sufriese por amor a Cristo.

Con este relato quedaron admiradas, pues veían ahora a Madre Mariana de Jesús robusta como antes, siendo que durante un año entero, desde sus sufrimientos de estigmatización y posterior parálisis, había estado postrada en cama extenuada y debilitada. Como Madre Mariana de Jesús estaba llamada a gracias y misiones extraordinarias, Nuestro Señor le había concedido un año entero de padecimientos.

Llamaron al doctor Sancho avisándole lo sucedido, mas él no quiso ir al convento, tachándolas de desequilibradas a causa del cansancio, y fue a los franciscanos para pedir a los frailes que entierren pronto el cadáver de Madre Mariana de Jesús, pues si no las religiosas se volverían dementes; pero como no encontró a los

frailes en el convento, fue al monasterio y vio a Madre Mariana de Jesús viva y robusta. Y declaró bajo juramento lo ocurrido, juntamente con los Padres y las religiosas.

Su vida de religiosa era excepcional, los fenómenos sobrenaturales que la acompañaron eran sorprendentes, sus visiones eran conmovedoras y llevaban a las almas a una mayor entrega a Dios; pero sus diversas muertes y resurrecciones, atestiguadas por eclesiásticos y médicos de su tiempo, fueron lo que más impresionaba a los quiteños. Madre Mariana de Jesús prosiguió su vida de penitencia, y no es fácil expresar lo que acontecería en esa alma santa, que retornó a la vida para padecer.

Nombrada priora es festejada con un manjar celestial

Corría el año del Señor de 1592 y Madre María de Jesús Taboada, agobiada por los dolores, había empeorado de su enfermedad del corazón. El doctor Sancho dijo que la Madre fundadora necesitaba tranquilidad y descanso. Reunida la comunidad, el provincial habló a las religiosas comunicándoles que Madre María de Jesús dejaría el priorato y que, al día siguiente, después de la Santa Misa sería electa la nueva priora.

Al día siguiente, después de la Santa Misa, con unanimidad de votos, salió canónicamente elegida la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres. El regocijo de las religiosas fue general al ver que Dios les daba por abadesa a una Madre tan digna, tan santa y sobrina de su Madre fundadora.

La humilde monja, confundida y avergonzada al confrontar su pequeñez con tan alta dignidad, no quería aceptar el cargo, llorando desconsolada. La santa fundadora consolándola, le dice con aire de autoridad: “Hija mía, ¿es esto ser religiosa?” Se sentó entonces en la silla abacial y recibió la obediencia de todas las religiosas.

En la tarde de ese mismo día, un desconocido llamó a las religiosas en la puerta. Madre María de Jesús lo atendió recibiendo este recado: “La Señora, sabiendo que Madre Mariana de Jesús fue elegida abadesa, le manda este manjar, diciendo que la tenga siempre presente.” Preguntando quién era la señora que enviaba tan exquisito regalo, no obtuvo respuesta y fue a presentarlo a Madre Mariana de Jesús diciendo: “Madre, mire este delicado presente que le mandan”, y dio el recado de la señora. “¿Qué señora?”, preguntó la nueva Madre abadesa. “No dio el nombre”, dijo Madre María de Jesús. “Sin duda será la marquesa”, prosiguió la santa abadesa. Distribuyó después el manjar entre las religiosas y a medida que repartía se iba multiplicando, dando a cada una gran cantidad como para saciarse. Las Hermanas aseguraban jamás haber comido alimento tan exquisito.

Al día siguiente Madre María de Jesús fue a la puerta a recibir los ricos presentes enviados por la marquesa, y algunos patacones, la antigua moneda, para el sustento de la comunidad. Ella se había enterado de que Madre Mariana de Jesús había sido elegida priora, y quiso felicitarla. Madre María de Jesús agradeció por todo lo que había enviado, en especial por el riquísimo manjar del día anterior. Avergonzada la marquesa dice: “Aún no me han llegado los alimentos de mis tierras y no pude preparar nada.” Y como Madre María de Jesús insistiese, la marquesa preguntó qué presente era. Recibiendo la explicación ella respondió: “Eso no fue preparado en mi casa, nadie ha servido eso en mi mesa.” Con esta muestra de amor y misericordia Madre María de Jesús comprendió cómo la Santísima Virgen amparaba a su sobrina y a la comunidad.

El gobierno de Madre Mariana fue de paz, dulzura y estricta observancia desde el momento que aceptó la cruz del priorato. Imitó a su Divino Esposo con suma diligencia y heroica fortaleza para celar por la honra de su Amado, promoviendo el Culto Divino. Dios Nuestro Señor quiso que el alma de esa joven priora subiese sola al Calvario y permitió que la dura prueba de la muerte de la Madre fundadora purificase su alma, a fin de que en soledad y desamparo fuese la víctima del monasterio de la Inmaculada Concepción. Efectivamente, Madre María de Jesús Taboada, fundadora del monasterio de Quito, murió el día 4 de octubre del año 1593 a la edad de 49 años, 16 años después de la fundación del monasterio.

Había en el monasterio de la Inmaculada Concepción un grupo de cuatro religiosas contrarias a la estricta observancia de la Regla, que se esforzaban para hacer que el convento fuese subordinado al Obispo de Quito y no a los franciscanos, pues éstos les imprimían una orientación conforme al espíritu de la vida monástica. Fue en razón de la fuerza de este grupo que los Frailes Menores juzgaron prudente consentir, contra su voluntad, en dejar el gobierno de las concepcionistas. Estos religiosos que gobernaban el monasterio de la Inmaculada Concepción eran de mucha ciencia, virtud y santidad, y no pudiendo contener la inobservancia de algunas religiosas, resolvieron prudentemente retirarse de la dirección de las concepcionistas, mas no quisieron renunciar internamente a la jurisdicción del monasterio, para tener la libertad de poder regresar.

El anuncio de la separación de los Menores partió el corazón de las religiosas observantes. En ese día hasta el cielo parecía acompañar el llanto de las concepcionistas, pues llovió todo el tiempo. Madre Mariana de Jesús parecía un cadáver, tal era su sufrimiento.

Una noche, la santa priora fue a rezar en el coro superior y escuchó un estruendo terrible que parecía que se derrumbaban los cimientos del templo. Asustada, corrió a prosternarse ante el Sagrario, y con la frente en el suelo clamaba a su Divino Esposo, pidiendo Misericordia. Nuestro Señor, desde el Sagrario le dijo: “Hija mía, esto que escuchas espiritualmente sufrirán materialmente tus sucesoras, pues llegará el tiempo en que los demonios querrán demoler este monasterio y se valdrán de buenos y malos para acabar con este lugar; pero no lo conseguirán mientras

exista espíritu de sacrificio. Para eso es necesario que haya víctimas dentro del monasterio, y tú, hija mía, prepárate a recibir la visita de mi Madre Santísima, con la que quiere favorecerte.”



La Santísima Virgen del Buen Suceso

En este tiempo el estado de la pobre colonia era de tristeza y aflicción, principalmente porque los gobiernos eclesiástico y civil daban mucho de qué hablar. Madre Mariana de Jesús padecía por las ofensas hechas a su Divina Majestad, por la perdición de tantas almas, y por el estado interno de su convento, donde no faltaban pocos miembros adversos a la familia franciscana, que trabajaban con mucha tenacidad y sin disfraces, para sacudirse de su obediencia.

Corría el año de 1594 y Madre Mariana de Jesús estaba a la cabeza de la comunidad de la Inmaculada Concepción, gobernándola con tanto tino, prudencia y caridad, como sería capaz de hacerlo una abadesa madura en experiencia.

El día 2 de febrero de 1594 a la una de la madrugada, en el coro superior de este bienaventurado monasterio, con el corazón repleto de amarguras y penas, Madre Mariana de Jesús se puso a rezar, prosternada con la frente hasta el suelo, pidiendo al Señor que por intercesión de su Bendita Madre terminasen las tantas pruebas por las que pasaba su convento tan querido, y pusiese fin también a tantos pecados en el mundo.

Después de largo tiempo, percibió a alguien delante de sí. Su corazón se turbó y una voz dulce la llamó por su nombre. Se levantó rápidamente y se encontró con una bellísima y hermosísima Señora, que tenía en su mano izquierda al Niño Dios y en la derecha un báculo todo de oro pulido, adornado con piedras preciosas, nunca vistas aquí en la tierra. Su corazón se encendió de indecible y santa alegría y de un amor tan intenso a su Dios que quería morir allí mismo. En esos santos transportes preguntó: “¿Hermosa Señora, quién sois y qué queréis? ¿No sabéis que soy una pobre monja, llena de amor a Dios, pero resignada y amargada hasta el extremo?” A lo que respondió la Señora: “Soy María del Buen Suceso, la Reina del Cielo y de la Tierra. Precisamente porque eres un alma religiosa, llena de amor a Dios y a tu Madre, que ahora te habla, vengo del Cielo a consolar tu corazón afligido. Tus oraciones, lágrimas y penitencias son muy agradables a nuestro Padre Celestial. Aquel que te infunde su Espíritu Consolador y sostiene a los justos en su tribulación, formó de tres gotas de Sangre de mi Corazón al más hermoso de los hijos de los hombres, [confirmando la doctrina palmariana] al cual, durante nueve meses llevé en mi seno purísimo, y lo di a luz en el portal de Belén, reclinándolo en las pajas frías y permaneciendo Yo, Virgen y Madre de Dios. Como Madre lo tengo aquí, en mi brazo izquierdo, para con Él sostener el brazo de la Divina Justicia, siempre pronto a descargar el castigo sobre el mundo infeliz y criminal... En el brazo derecho tengo el báculo que ves, pues quiero gobernar éste mi monasterio como Priora y Madre. Los Menores están para dejar el gobierno de este convento, el cual necesita, más que nunca, en esta dura prueba que durará siglos, de mi amparo y protección. Satanás comenzó a querer destruir esta obra de Dios valiéndose de hijas mías ingratas, mas, no lo ha de conseguir porque soy la Reina de las Victorias y la Madre del Buen Suceso, bajo cuya invocación quiero hacer prodigios en todos los siglos, en favor de la conservación de éste mi convento y de sus moradoras...”

Hasta el fin del mundo habrá hijas santas, almas heroicas, que en la vida oscura de su convento, sufriendo persecuciones y calumnias de las propias de su comunidad, serán objeto de las complacencias de Dios y de Mí, su Madre... Ellas sostendrán la comunidad en los tiempos amargos, como columnas fuertes y robustas. Sus vidas de oración, ascesis y penitencia serán de mucha necesidad en todas las épocas, y después de haber pasado desapercibidas en la tierra, subirán al Cielo para ocupar un alto trono de Gloria, empuñando la palma y corona de las vírgenes y mártires de penitencia, ascesis y Amor de Dios... Quiero que fortalezcas tu corazón y que el sufrimiento no te desaliente. Tu vida será larga para la Gloria de Dios y de su Madre que te habla. Mi Hijo Santísimo te presentará el dolor en todas sus formas, y para infundirte el valor que necesitas, tómallo de mis brazos, y recíbelo en los tuyos; estréchalo contra tu corazón tan débil e imperfecto.”

La Virgen Santísima colocó, entonces, al Divino Niño en los brazos de esta feliz religiosa. Ella lo estrechó contra su corazón y lo colmó de cariños, sintiéndose tan fuerte como deseosa de sufrir. La visión de la Reina de los Cielos duró hasta las tres de la mañana. Madre Mariana de Jesús se levantó, entonces, del lugar donde rezaba, a pocos pasos de la grada del coro alto, entró y directamente tomó su asiento de priora para aguardar a sus Hermanas que venían a rezar el pequeño oficio, tan agradable a María Santísima. Al llegar las religiosas y dar inicio a las oraciones matutinas, la notaron transformada. Sin saber por qué, sentían sus corazones abrazados en amor a Dios y a María Santísima, y rezaron con mayor fervor que de ordinario.

Desde el feliz día 2 de febrero de 1594, en que la Santísima Virgen se reveló como Nuestra Señora del Buen Suceso a su hija, Madre Mariana de Jesús, la santa religiosa quedó renovada e inflamada en amor a Dios, mostrando en su cuerpo y en su alma la grandeza del don que recibiera, gozando de una paz celestial inalterable. Estaba, entonces, para terminar su trienio como priora, cargo que ella iba a entregar sin haber cometido ningún desliz, pues

guardó irrepreensiblemente el más estricto silencio monástico, la puntual observancia de la Regla y los votos, especialmente la clausura perfecta.

Madre Mariana de Jesús estaba haciendo una novena al Espíritu Santo, rogándole que iluminase las almas para acertar en la elección. Estando en el séptimo día, en medio del fervor de su oración, sintió un viento impetuoso y vio refulgentes rayos de luz que entraban por las rejas del coro, iluminando todo el pavimento. Envuelta en esta luz, Madre Mariana oyó una voz que decía: “Yo soy Aquel que da los dones y los frutos. Soy descanso para las almas puras como un lecho de rosas y azucenas. Yo soy el que te da mis siete dones y mis doce frutos; y ahora, vengo con el don de fortaleza para dar nueva fuerza a tu alma, porque ya llegó el tiempo de tus sufrimientos, en que paso a paso deberás imitar la vida de tu Esposo Crucificado. Son tantos los padecimientos que te aguardan que si no te confortase con el don de fortaleza, tu vida se desvanecería. En breve los Frailes Menores dejarán el gobierno del monasterio de la Inmaculada Concepción y tú serás perseguida, calumniada y puesta en prisión.” Dicho esto desapareció el Espíritu Consolador y Madre Mariana cayó desmayada.

Madre Mariana entrega humildemente su cargo y los Frailes Menores se separan

En el año 1595 llegó el día de escoger a la nueva priora y, a pesar de que las religiosas reconocían los relevantes méritos de Madre Mariana de Jesús, se dejaron engañar por el demonio que oscureció su mente. Bajo la influencia de las religiosas inobservantes que deseaban un aflojamiento mayor del rigor monástico, y con el favoritismo de parientes de Madre Magdalena Valenzuela, que dirigían el gobierno eclesiástico, se llegó a la votación. Con pesar y lágrimas los Menores recibieron la noticia de que había sido elegida como abadesa Madre Magdalena Valenzuela. Desde entonces Madre Mariana de Jesús fue objeto de desprecio, mofa, persecución y calumnias en el monasterio. La acusaron de graves omisiones en su priorato, pero esta virgen prudente nunca se defendió.

Madre Valenzuela, a su vez, con la rapidez de un rayo trabajó para sacudirse de la obediencia a los Menores y sujetarse al Obispo de la diócesis, lo que obtuvo. La observancia comenzó a decaer, desapareció el silencio estricto y comenzaron los deslices en materia de clausura. Al ver esta relajación, Madre Mariana de Jesús, queriendo contener tal situación, como fundadora y ex priora, fue a Madre Magdalena Valenzuela, su abadesa, y con profunda humildad le hizo ver cómo debía frenar las inobservancias. El resultado fue que el prelado, conociendo este asunto, mandó un documento ordenando que se encarcelara a Madre Mariana por tres días; que le quitasen el velo, que fuese conducida esos días al refectorio, y otros castigos. En estos tres días se vio privada de la Santa Misa y de la Santa Comunión. Las fundadoras españolas no resistieron ese sufrimiento y fueron a desahogar sus penas con Madre Mariana de Jesús, hasta que vino una nueva orden del prelado para que se encarcelaran, por un mes, a todas las fundadoras juntas.

Una noche de esas, cuando Madre Mariana oraba en el humilde lecho de su prisión, una pequeña cruz que ella había pintado en la concavidad de la pared junto a su pobre cama se iluminó con fulgores celestiales, comunicando a la cárcel un resplandor más brillante que el sol. La Cruz fue creciendo hasta tomar el tamaño natural de aquella en que fue clavado Nuestro Señor. En ese momento entraron en éxtasis todas las fundadoras españolas y cada una vio algo diferente de las demás.



Madre Mariana de Jesús vio a Nuestro Señor Crucificado, como estuvo en el Gólgota, agonizante y manando Sangre de sus llagas, y se escuchaban los improperios y blasfemias de los judíos. Nuestro Señor, viendo que sus lágrimas causaban gran dolor a Madre Mariana de Jesús le dice: “Estas llagas me fueron abiertas por las religiosas inobservantes que rechazaron la obediencia a los Frailes Menores y este dolor lo sentiré durante todos los siglos venideros mientras el monasterio se conserve separado de la jurisdicción de los Menores, porque en todos los siglos habrá almas ingratas, contrarias a la Orden Seráfica. Mas, también habrá almas muy amantes de la Seráfica Familia que se esmerarán en el cumplimiento de su Santa Regla.”

Madre Francisca de los Ángeles vio a San Francisco indignado contra el monasterio: con un arco en sus manos iba por el claustro tirando flechas a diestra y siniestra. Una de esas flechas alcanzó el corazón de una Hermana, que murió instantáneamente sin causa aparente. Y dice el Seráfico Padre a Madre Francisca: “Esta Hermana es la principal causante de la separación de los Frailes Menores y del relajamiento del monasterio; sobre ella pesarán todos los sufrimientos y la inobservancia de los siglos futuros... Yo vigilaré para que haya en todos los tiempos almas amantes... las que con su vida penitente y abnegada, sostengan la observancia regular del monasterio.”

Por la mañana, cuando las felices cautivas fueron a la Santa Misa, oyeron un tumulto en la comunidad y vieron que entraban médicos y sangradores para examinar a la monja difunta, pensando que se trataba de un ataque, pues el rostro de la difunta estaba negro y amoratado. Los médicos declararon que estaba muerta...

Madre Ana de la Concepción vio a Nuestra Madre Inmaculada apagar la lamparita del Santísimo diciéndole: “Hija mía, así estará apagado el espíritu de mis hijas en todos los siglos hasta que vuelva el gobierno de los Frailes Menores, porque siempre tendré hijas ingratas: unas, por inexperiencia, otras, inducidas y otras por malicia. Pero también tendré hijas santas que amando mi Inmaculada Concepción, amarán a mi siervo Francisco, y serán columnas firmísimas que conservarán el monasterio... para aplacar la Divina Justicia...”

Por la mañana, cuando fueron a la Santa Misa, vieron apagada la lamparita del Santísimo. Por más que se empeñaron las monjas durante un día y una noche, y también las inobservantes, no pudieron encenderla. En vano cambiaron la lamparita, cambiaron el aceite, el pabilo, no lo consiguieron. Al segundo día, la lamparita se encendió por sí misma.

Una vez terminada la visión, todas las fundadoras se comunicaron las inefables visiones que al mismo tiempo habían tenido en esa noche feliz, y las declararon bajo juramento en los relatos que se conservan en los archivos del monasterio.

En esa misma noche, a Madre Mariana le fue revelado que la entonces abadesa, Madre Magdalena de Jesús Valenzuela, moriría de allí a pocos años, con enfermedad al corazón. La Madre abadesa, por su parte, no pudiendo soportar más los remordimientos propios y los sufrimientos de las santas prisioneras, envió una nota al gobernante eclesiástico, pidiendo entre otras cosas libertad para las presas y presentó su renuncia al priorato. Lo primero fue aceptado, pero ella tuvo que terminar el periodo prescrito por la Regla, antes de dejar el priorato. Ella había pecado por falta de carácter, mas no por malicia.

El día de la liberación de las inocentes prisioneras fue de regocijo para la comunidad. Les dieron algún descanso y llamaron al confesor, quien confesó a todas las prisioneras, ya libres, que comulgaron al día siguiente volviendo a su vida de fervor y observancia. Entonces, por algún tiempo, se terminaron los sufrimientos causados por sus perseguidoras.

Segundo priorato de Madre Mariana de Jesús y nuevo encarcelamiento

Transcurría el año de 1598 y Madre Mariana de Jesús sufría terribles tormentos, persecuciones y calumnias causadas por sus Hermanas, sin abrir sus labios para la menor queja, imitando así a su Divino Esposo.

Llegó por fin a término el priorato de Madre Valenzuela, tiempo tan nefasto para las Madres fundadoras, y se procedió a una nueva elección. Las religiosas inobservantes, con astucia, pusieron en juego todos los medios posibles para hacer elegir a una monja que les permitiese mayor libertad en su relajamiento de la vida monástica. Trabajaron tanto en ese sentido que ya estaban cerca de conseguir su intento. Pero cuál no fue su sorpresa al ver que la votación salía a favor de Madre Mariana de Jesús. Luego que ella fue elegida, Madre Magdalena Valenzuela, anticipándose a las ceremonias, se apresuró a prestar obediencia, deseosa de entregar el cargo en manos de aquella que tanto quería fuese su Superiora.

Madre Mariana de Jesús se vio confundida, desorientada e iba a presentar la renuncia. En ese instante vio una luz que salía del Sagrario, inundando e iluminando todo el Templo y el coro inferior. Conoció, entonces, todos los sufrimientos, calumnias y prisiones que la esperaban en su priorato; ella, entre tanto, insistía interiormente en renunciar al cargo. En eso vio a Nuestro Señor saliendo del Sagrario, cargando una enorme Cruz, coronado de espinas, cubierto de llagas y con los ojos llenos de lágrimas. Aproximándose a ella, Nuestro Señor le dice: “Yo no retrocedí en el camino del Calvario con esta Cruz grande y pesada, que cargué por tu amor y el de todos los pecadores, ¿y tú quieres dejarme ahora, ingrata?”

Nuestro Señor estaba amarrado con algunas cuerdas. Él se sentó junto a ella con una cuerda en el cuello, sosteniendo la Cruz. Esto reconfortó a Madre Mariana. Mientras tanto, las religiosas le prestaban obediencia besando su escapulario, pero ellas, sin percibirlo, besaban la cuerda del Señor.



Se realizó enseguida la procesión con la nueva priora y después la llevaron para los festejos. Todas estaban llenas de regocijo, a excepción de las inobservantes, y entre éstas especialmente una que había querido ser elegida priora. Madre Mariana de Jesús, que penetraba lo que pasaba en ese corazón, en medio del regocijo de sus Hijas, se aproximó a su perseguidora diciéndole con rostro maternal y mucha dulzura: “Mi Hermanita, ¿qué sufrimiento o tristeza interior tienes?” Ella le respondió con altivez y atrevimiento: “No tengo nada; goza tú de lo que tanto buscaste.” Madre Mariana se retiró con humildad sin decir palabra, pero Madre Valenzuela le reprendió diciendo: “¿Qué es esto, Hermana? ¿Cómo te portas así en esta reunión? Si te sientes mejor fuera, puedes retirarte a tu celda.” —“Sí, Madre”, replicó la monja muy agradecida. Y salió llevando tras de sí a las inobservantes.

Las religiosas continuaron festejando a su priora hasta que, llegada la noche, sin que hubiese ningún motivo, murió repentinamente la monja que había respondido insolentemente a Madre Mariana de Jesús, la misma que había querido ser

superiora del convento. Con la muerte de esa pobre monja terminaron los festejos en la comunidad y se realizaron los funerales.

Entre tanto, el conciliábulo de las inobservantes escribió al prelado una nota con calumnias, acusando a Madre Mariana de Jesús. Llegó enseguida la respuesta del prelado: "...Por haber faltado gravemente a vuestra Regla y haber estado en conversaciones con los Frailes Menores hasta tarde en la noche, quedáis suspendida del cargo de abadesa, la sede estará vacante hasta nueva orden y ordeno que seáis encarcelada inmediatamente."

Esta situación causaba a Madre Valenzuela grandes tormentos, pues veía que ella era la causa de tantas injusticias cometidas contra las Madres inocentes. La santa y angelical priora se consumía en la cárcel, y poco a poco fueron encarcelando a sus Hijas y Hermanas, las fundadoras españolas, y a otras monjas fieles. Con su humilde y silencioso sufrimiento y fervor sin igual, ellas continuaban todos los días en la cárcel con la recitación del pequeño oficio matutino.

La Santísima Virgen del Buen Suceso pide su Imagen

A medianoche, como era su costumbre que continuó en prisión, la santa priora se ponía en oración, mientras sus Hermanas dormían tranquilas. Postrada, con la frente en tierra, se humillaba en presencia de su Dios y Señor, y creyendo que sus muchas culpas eran la causa de la indignación divina sobre su querido convento, le pedía misericordia y perdón.

Fue así que en la madrugada del día 16 de enero de 1599, en la cárcel, a la una de la madrugada, en lo más profundo de la oración, Madre Mariana de Jesús oyó el canto de una voz melodiosa acompañado de una cítara como del Cielo, en tanto la cárcel se iluminaba con una Luz celestial. Cayó de rodillas, llamando repetidas veces a sus Hermanas que dormían profundamente, pero ellas no se despertaron.

Entonces apareció en una deslumbrante claridad la hermosísima Señora, que ya había visto cuatro años antes, en 1594, con su preciosísimo Niño en el brazo izquierdo y un báculo en el derecho. El báculo tenía una cruz de diamantes, que relucían, cada uno como un sol, y en el medio de la cruz una estrella de rubíes, teniendo grabado el nombre de María, que despedía un conjunto de luces, cada una más brillante que otra.

Nuestra Señora le dijo: "Hija mía muy amada, soy María del Buen Suceso... La tribulación con que hoy te prueba mi Hijo Santísimo es un don celestial con el que las almas se fortifican y contienen la Ira Divina, pronta a descargar un castigo tremendo sobre la ingrata colonia. ... En todos los siglos... Dios tendrá algunas [almas] contemplativas y Esposas dignas de su Majestad, las que, en oscuridad, en silencio, en humillación y en desprecio estarán en el propio seno de la comunidad, y serán poderosas para aplacar la Justicia Divina y conseguir grandes bienes para la Iglesia, la Patria y las almas."

"La separación de los Menores en este tiempo fue permisión Divina. ¡Ay de aquellas que directamente trabajaron para oscurecer la Luz de este monasterio! Mas, pasados pocos siglos ellos volverán a gobernar mi querida grey... Este día será cuando la corrupción de las costumbres en el mundo parezcan llegar al ápice, y cuando mi comunidad agonizante se encuentre desprovista de bienes terrenos, y saturada de dolores y amarguras..."

Esta profecía se cumplió en dos fechas: El 23 de diciembre de 1975, con la Fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, que resume en sí el espíritu de todas las demás órdenes religiosas, pues esta Orden guía con el verdadero espíritu del evangelio a todos los religiosos y religiosas que permanecieron fieles. El 6 de agosto de 1978, al no reconocer al Gran Papa Apocalíptico, San Gregorio XVII Magnísimo, todas las demás congregaciones religiosas cayeron oficialmente en apostasía. Pero esos apóstatas conservaron todos los bienes que habían sido propiedad de dichas congregaciones, despojando así a la verdadera Iglesia de lo que por Derecho Divino le pertenecía, dice 'agonizante' para resaltar lo reducido del número de almas fieles y la cruel persecución de que fue objeto, y esto ocurrió en medio de una corrupción de costumbres sin precedentes.

La Santísima Virgen le comunica entonces hechos futuros relativos a la colonia española en que vive.

"Dentro de poco tiempo la patria en que vives dejará de ser colonia y será república libre. Entonces será conocida con el nombre de Ecuador, y necesitará de almas heroicas para sostenerse en medio de tantas calamidades públicas y privadas..."



Esta profecía se cumplió doscientos años más tarde.

“En el siglo XIX vivirá un presidente verdaderamente cristiano, varón de carácter, a quien Dios Nuestro Señor dará la palma del martirio en la plaza donde está éste mi convento. Él consagrará la república al Divino Corazón de mi Hijo Santísimo. Esta consagración sostendrá la Religión Católica en los años posteriores, los que serán funestos para la Iglesia...”

Esta profecía se cumplió literalmente, en la persona de San Gabriel García Moreno. En efecto, el 25 de marzo de 1874, durante su segunda presidencia, Ecuador fue consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús. Un año más tarde, el 6 de agosto de 1875, primer viernes de mes, luego de comulgar en la Iglesia de Santo Domingo, San Gabriel García Moreno se dirigía al Palacio de Carondelet, cuando fue asesinado por orden de sectas masónicas extranjeras, pues el presidente mártir las había prohibido en Ecuador. Cuando agonizaba, consiguió mojar el dedo en su propia sangre y escribir en el suelo: DIOS NO MUERE.

El mensaje de María Santísima del Buen Suceso concluye, pidiendo la realización de su imagen: “Es Voluntad de mi Hijo Santísimo que tú misma mandes a ejecutar una estatua mía, tal como me ves, y la coloques sobre la silla de la Priora para que Yo desde ahí gobierne mi monasterio, ... para que los mortales entiendan que soy poderosa para aplacar la Justicia Divina y alcanzar piedad y perdón a toda alma pecadora que a Mí acuda con corazón contrito, porque soy Madre de Misericordia y en Mí no encontrarán sino bondad y amor. Y segundo, para que todos los siglos, mis hijas comprendan que Yo les muestro y les doy como modelo de su perfección religiosa a mi Hijo Santísimo y su Dios; cuando las tribulaciones del espíritu y los ardores del cuerpo las opriman y parecieran naufragar en ese mar sin fondo, una mirada a mi Santa Imagen será para ellas como la estrella del naufrago; siempre me tendrán pronta a escuchar sus gemidos y calmar sus llantos. Diles que acudan siempre a su Madre, con fe y amor, y para esto yo quiero vivir con ellas y en ellas; con sus sufrimientos de toda especie conservarán su monasterio para siempre. Diles que imiten mi humildad, mi obediencia, mi espíritu de sacrificio y mi absoluta dependencia a la Voluntad Divina...”

La humilde religiosa dijo a María Santísima: “Hermosa Señora, ninguna persona humana podrá trabajar en madera vuestra encantadora Imagen, con todos los detalles, porque yo no sabría explicar ni dar vuestra talla.” A lo que la visión respondió: “Nada te atemorice, hija mía,... En cuanto a la altura de mi talla mídela tú misma con el cordón que traes a tu cintura... trae y pon en mi mano derecha tu cordón, y tú, con la otra extremidad toca mis pies.” La feliz religiosa hizo lo que María Santísima le ordenaba, temblando de júbilo, de amor y reverencia, y la Santísima Virgen prosiguió, indicando a Francisco del Castillo como el artífice que debía realizar la imagen. Dichas estas palabras, la visión se ocultó y la feliz priora encendió su luz terrena llamando a sus Hermanas. A la voz de su priora todas despertaron, eran las 4:00 horas de la mañana.

Libertad y nueva reclusión

Por entonces Madre Valenzuela escribió una nota muy formal al Obispo de la diócesis reivindicando la inocencia de su priora y sus Madres fundadoras. Le pedía la libertad para las santas e inocentes prisioneras, y que dispusiera que Madre Mariana de Jesús Torres continuase gobernando hasta concluir su tiempo. La petición de Madre Valenzuela fue atendida y despachada como ella pedía. Además, ordenaba el prelado que la cabecilla de las inobservantes, la capitana, fuera recluida en un cuarto inferior y oscuro, con un Cristo y una calavera.

La santa priora, Madre Mariana de Jesús, visitaba muy seguido a la capitana, que estaba encarcelada. Y, como ésta estuviera padeciendo cólicos, fue trasladada del cuarto oscuro a la enfermería. Restablecida de sus dolencias, esta monja no se enmendó. En la visita pastoral regular las monjas inobservantes repitieron las graves acusaciones contra Madre Mariana de Jesús que no se defendió. El prelado, que no conocía detalles de la vida del convento, se dejó orientar por las monjas inobservantes y ordenó que le quitasen el velo y quedara como reclusa en su celda. El gobierno del convento pasó a la vicaria.

En ese instante, Madre Mariana vio en visión Cristo Nuestro Señor, atado y preso por los bárbaros judíos después de la traición de Judas. Ella percibió su profundo dolor por la perdición de tantas almas, y por la ingratitud de sus Ministros y de sus Esposas en el transcurso de los siglos hasta el fin del mundo. Vio cómo el Divino Maestro sufría su Pasión, interior y exteriormente, y Él le dice con amorosa ternura: “Esposa mía, no me dejes con tanto dolor y amargura; si me amas de veras, te pido que... me acompañes durante toda la vida. Te hago saber, que este sacrificio y generosidad será germen y simiente para que en este convento, tan querido de mi Corazón, haya en todos los siglos almas víctimas por el sufrimiento y el dolor, las que solamente bajo mi mirada vivan en la práctica



de mi sublime perfección, siendo columnas de tu comunidad y pararrayos que detengan la Ira Divina en los tiempos aciagos por los que atravesará la Iglesia...”

Como en muchas profecías y mensajes, la Santísima Virgen le habla del convento, pero en su profundo sentido, se ve la referencia a la Iglesia Santa de Dios y la importancia de la reparación.

En aquel tiempo, un encargado del Obispo fue en visita secreta al convento. En esa ocasión, Madre Valenzuela, que era la vicaria, y las observantes le hablaron de su digna priora y le manifestaron que todo lo que pasaba era por un sinnúmero de calumnias de unas pocas religiosas. Al escuchar opinión tan general y veraz, expuso todo al Obispo que mandó una nota formal a la Madre vicaria para que pusiese en libertad a la perseguida priora, y la repuso en su cargo de priora y Madre de la comunidad. Al día siguiente por la mañana, el mismo encargado del Obispo quiso hablar en secreto sacramental con Madre Mariana de Jesús y quedó admirado al comprender la profunda virtud de esta religiosa.

El Obispo sufrió al ver que él mismo había oprimido a un alma justa por injustas maledicciones y ordenó que ella fuese siempre y en todo tiempo la que gobernase en este monasterio, sobre todas las prioras.

Las inobservantes, que se mantenían en su rebeldía, organizaron una procesión con las Hermanas legas, a las que habían podido ganar para su causa, para ir a pedir al Obispo la dimisión de Madre Mariana de Jesús y el nombramiento de la capitana como superiora. Ellas habían podido conseguir una llave para salir del convento, y cogiendo cada monja una vela se dirigieron a la puerta. Con el alboroto llegaron las demás monjas y sorprendidas al ver hasta a las legas con velo y preparadas para salir en procesión, no acertaban a entender la situación. Madre Valenzuela las increpó, sin que ellas dejaran su intento, pero no pudieron salir; entonces Madre Valenzuela exasperada arrebató las velas una a una y las arrojó lejos. Madre Mariana de Jesús dispuso que las observantes recogiesen las velas y las guardasen juntas.

Entonces ocurrió algo insólito. Justamente por los graves problemas que había en el convento habían llevado a la clausura una imagen de Nuestra Señora de la Paz, a la que llamaban cariñosamente la Patronita, que habían traído las fundadoras de España y normalmente se encontraba en la iglesia adjunta. Esta imagen cobró vida y dando la espalda a las inobservantes les dijo: “Infelices, ¿qué hacéis? Iros, si queréis, en hora buena, mas no tendréis adónde regresar... Tarde lloraréis vuestras locuras, y para perpetua memoria, quedaré así volteada de espalda a vosotras, para escarmiento...” A cuyas palabras las culpables cayeron desmayadas, siendo atendidas con gran bondad por Madre Mariana de Jesús y las fundadoras.

En el convento, con todo, siguieron los problemas e intrigas, sin que se pudiera llevar a cabo una nueva elección, como señalaban las reglas. Después de muchas vicisitudes causadas por las inobservantes, que seguían a su capitana, hubo un altercado con el Obispo, en el que esta monja inobservante y malagradecida pidió que las fundadoras regresaran a su tierra y dejaran a las demás monjas libres y tranquilas. Con esta impertinencia el Obispo quedó enterado del mal espíritu que la animaba y de su falta de virtud. Y a ella la hizo encarcelar y mandó a las otras inobservantes retirarse del capítulo, pues sus votos no serían contados.

Caridad heroica en grado sumo

Por su parte la santa concepcionista, en ese momento supo por una visión que esa pobre capitana no se salvaría, así como muchas de sus seguidoras, arrastradas por su mal ejemplo. Vio cómo se precipitarían de abismo en abismo, el resto de su vida, poniendo en peligro, en cierto modo, el convento, arrastrando con su mal ejemplo a otras religiosas, siendo un hábil y sutil instrumento de la serpiente infernal. Madre Mariana de Jesús pedía sin cesar su salvación. Entonces se le apareció Nuestro Señor Jesucristo como estuvo en el Huerto de los Olivos en su dolorosa y fervorosa oración. Y vio ella que los mayores tormentos del Sacratísimo Corazón de Jesús eran la ingratitud y la indiferencia de las almas que, escogidas entre millares para ser sus Esposas y sus Ministros, lo dejaban en la más absoluta soledad.

Inmediatamente esta heroica concepcionista dijo: “Mi Amado, nunca hasta el presente Vos me habéis negado nada y estoy resuelta a no negaros nada, hasta el último suspiro, ¿qué queréis de mí?...”

El Señor le respondió: “No es la vida, lo que quiero de ti, mi amada Mariana, sino el sufrimiento por el período de cinco años consecutivos por las penas del infierno que el alma de esta pobre Hermana tendría que sufrir por

toda la Eternidad. Te señalo cinco años en memoria de las cinco Llagas de mi Humanidad dolorida durante mi Pasión. Ve que durante este tiempo Yo me ausentaré de tu vista material y no te daré el menor consuelo, ni alivio para tus dolores, así como el alma de esta pobre Hermana no lo hubiera tenido en el infierno. Interiormente Yo estaré contigo, fortaleciéndote, porque, de otro modo, ni tú, ni ningún mortal podría tolerar siquiera un minuto tantas penas. Dime: ¿aceptas mi pedido?” Y el Divino Maestro le mostró los sufrimientos de los cinco años, en los que Madre Mariana de Jesús no vio cinco años sino toda una eternidad. Se estremecieron su carne y sus huesos y se comprimió el corazón de tal modo que allí mismo hubiera muerto por la violencia de dolor, si Dios no le hubiese conservado la vida milagrosamente, pero Madre Mariana aceptó.

Mientras tanto en la sala del capítulo se llevaba a cabo en tanto la elección regular, sin las inobservantes, y Madre Valenzuela fue elegida, siendo confirmada con mucho agrado por el prelado. Acto seguido se procedió al solemne acto de prestar obediencia a la nueva priora. Para principiar, Madre Valenzuela pidió al prelado, que les fuese levantada la excomunión en que habían incurrido la capitana y sus seguidoras. El prelado accedió satisfecho y ordenó a Madre Mariana de Jesús, Madre Francisca de los Ángeles y Madre Lucía de la Cruz, que sacasen sólo para esto a la culpable de la cárcel y la trajesen a su presencia, haciendo lo mismo con las demás.

Debería haber vuelto la paz al convento, pero no fue así. No es posible describir la situación que se vivía en aquel todavía joven monasterio. Las pocas inobservantes alteraban con sus intrigas el clima de la comunidad de tal manera, que hasta a Madre Valenzuela, otra vez le infundían dudas y recelos. Le dijeron días más tarde que en una nueva caja de zinc sellada que había sido colocada en el coro inferior, Madre Mariana de Jesús guardaba dulces y licores para su paladar, mientras fingía mortificación. Madre Valenzuela no pudo aguantar mucho y estando un día a solas con Madre Mariana de Jesús en el coro inferior, le pidió ver el contenido de dicha caja. “Bien, Madre”, respondió la obediente religiosa, “mas pida al Señor fortaleza y valor.”

Y llegando junto a la caja le dice: “Madre, ¿se acuerda de la indigna procesión que nuestras pobres Hermanas hicieron con velas encendidas?” –“Me acuerdo”, respondió la Madre Abadesa, “y tomé las velas y las lancé lejos. Pero, ¿qué tiene que ver con esto?”

“Madre”, volvió a decir la humilde Madre Mariana, “todas esas velas se transformaron en huesos de muertos y están aquí con los respectivos nombres de las religiosas que las llevaban. Por esto las recogí cautelosamente, con Madre Francisca de los Ángeles y Madre Lucía de la Cruz, y los guardé sigilosamente; y sin pérdida de tiempo mandé a hacer esta caja para guardar estos huesos, donde están los nombres de las religiosas que querían terminar con este querido monasterio.” –“Veremos, Madre,” dice emocionada la Madre abadesa. Y abriendo la tapa de la caja, dio un grito y palideció, con los ojos fijos en los huesos, quería hablar y no podía.

Una vez recuperada Madre Valenzuela mandó llamar al coro inferior a toda la comunidad, incluida la capitana de las inobservantes, que fue traída de la prisión. Ubicadas por dignidad, con la presa en el suelo, en el último lugar, tras las legas, Madre Valenzuela comenzó a hablarles de cómo Dios reivindicaba la inocencia de Madre Mariana de Jesús, tan calumniada e injustamente perseguida. Llamó a algunas monjas para que con las inobservantes y la presa trajeran al centro del coro la caja de zinc, para que todas pudieran ver su contenido y les dijo: “Ved, Hermanas, las velas que llevabais en las manos durante la procesión hace pocos días. Se convirtieron en vuestros propios huesos y con vuestros propios nombres. Leed cada una...”

Todas dieron un grito de horror que retumbó en la iglesia y las religiosas culpables lloraban con miedo. La Madre Valenzuela fue poniendo cada hueso en las manos de la culpable; la calumniadora y la presa quisieron hablar, pero no pudieron y cayeron desmayadas. Poco a poco, con los maternales cuidados y fricciones que les daba Madre Mariana de Jesús, volvieron en sí, excepto la presa, que tardó mucho más y la creían muerta. Cuando se repuso, se encontró en los brazos de Madre Mariana, asustada, se hizo a un lado con un gesto de desprecio y, para escándalo de todas, le dijo: “¡Embustera!” La abadesa, Madre Valenzuela, hizo constar todo por escrito y conservarlo para eterna memoria.

Cuando Madre Mariana fue al día siguiente al coro inferior para la oración mental de costumbre, sintió algo extraordinario en su corazón. Oyó la melodiosa voz de su Madre Santísima que le decía: “Hija de mi Corazón, soy la Reina de la Paz y la Madre del Amor Hermoso. Prepara tu corazón y dilata tu espíritu para que salves el alma de tu Hermana que está en la cárcel. Ya es tiempo que te sacrifiques por ella, o el alma de ella se perderá.” Y grandes lágrimas corrieron por las encantadoras mejillas de la Reina de la Paz. Continuando su oración, Madre Mariana vio a Jesús Crucificado lleno de mortal angustia, coronado de espinas. Gruesas gotas de Sangre corrían sobre su nobilísima frente y descendían por sus mejillas. Nuestro Señor dio un suspiro y le dice: “Esposa mía, ya es tiempo de cumplir el ofrecimiento que me hiciste para salvar el alma de tu Hermana... sufriendo los cinco años de penas del infierno para que ella no sufra eternamente. O cumples tu palabra o la Divina Justicia caerá sobre esa alma culpable. Decide en este momento.”

Madre Mariana vio que la encarcelada estaba fuera de sí, desesperada, descontenta con la vida en razón de los terribles remordimientos de su conciencia, y que procuraba encontrar algo para matarse. Y se sometió a la pena de los cinco años de infierno en su alma.

El Señor aceptó tan generoso amor y le dice: "... No temas nada, Yo seré tu secreta fortaleza. Tú sufrirás los cinco años de infierno y en cambio ya está salvada el alma de tu Hermana. Ella sufrirá primero fuerte dolencia, la que tú aprovecharás para conquistarla y convertirla, sufriendo la dureza de su genio, y cuando ella sane, después de presentarse al Juicio y conocer su mala vida, comenzará tu infierno."

En tanto, presa de un ataque, la capitana llorando gritaba que se moría y sería condenada; Madre Mariana fue a consolarla y también lloraba, y sus lágrimas bañaban la cabeza, la frente y la cara de la pobre presa, que de cuando en cuando era agitada por fuertes convulsiones hasta que dio un grito y se extendió por completo. Madre Mariana vio a los demonios que la rodeaban y los echó con un exorcismo. ¡Cosa admirable! No bien la humilde religiosa había acabado de pronunciar la última palabra de su exorcismo, se escuchó un estruendo espantoso: la tierra tembló, y se oyeron aullidos horribles. La presa estaba como muerta, sostenida por Madre Mariana de Jesús. Por fin abrió los ojos y se sentó de súbito.

Se hizo necesario ayudarla y sacarla de la cárcel por unas horas al aire libre, pero batallaba contra sus propios remordimientos y en su corazón estaba tan arraigado el odio, que no podía pedir perdón ni querer bien a Madre Mariana de Jesús, de quien recibía sólo bienes.

Efectivamente, a la mañana siguiente la capitana enfermó y fue llevada a la enfermería y atendida por Madre Mariana de Jesús con entrañable amor, pero sólo recibía en pago desdenes e insultos. No es posible narrar todos los vejámenes y padecimientos de Madre Mariana de Jesús y de las fundadoras, que la ayudaban, en este período de treinta días. Sería demasiado largo.

En el trigésimo día la enferma estaba muy mal y parecía morir. El rostro pálido, desfigurado y aterrado como de una agonizante desesperada. Gritaba, se retorció y decía: "Ya es tarde para mí. No puedo quererla ni perdonarla. Quiero salvarme, mas así, no puedo. ¡Ayudadme, españolas, que los demonios me llevan!" Y abrazaba a Madre Mariana, que en silencio vertía un caudal de lágrimas sobre la cabeza y rostro de la enferma. Con este aliento saludable se calmaba un tanto y decía: "Continúe aplicándome esa cosa fresca que me alivia."

Llamaron al confesor, que asustado no quiso permanecer mucho tiempo, diciendo: "Esta pobre monja muere impenitente. Ella debe confesarse y reparar sus faltas en vida. ¡Pobre! ¡Cuánto trabajo en vano!" Por fin la enferma dio un grito, abrió los ojos y la boca, de la que salió espuma, y se extendió. Y Madre Mariana aun la sostenía en sus brazos, entonces las fundadoras le dijeron que ya no había remedio. Pero Madre Mariana de Jesús replicó: "Rogad al Señor por ella. Está ahora delante del Juicio de Dios y ya está comprendiendo todo el mal que hizo. Ella volverá a vivir, después se enmendará. Después morirá, pero se salvará y su Purgatorio durará hasta el día del Juicio Final. Esto me reveló el Señor."

Esto dicho, la enferma se estremeció y volvió en sí. Miró todo el aposento, pareciendo que buscaba a una de las Madres. Finalmente fijó su mirada en Madre Mariana de Jesús, que la sostenía en sus brazos, y apretándole la mano quiso hablar pero le faltó la voz. Sus ojos eran caudales de lágrimas. La cariñosa Madre Mariana las enjugaba con amor de madre y le infundía gran confianza en la Bondad de Dios. Parecía avergonzada, pero la cariñosa Madre le dice: "No te agites, enfermita. Necesitas tranquilidad para hacer tu confesión general con un Padre Menor. Mucha confianza y amor en nuestro Buen Dios. Ánimo, todas tus Hermanas te aman y quieren tu salud física y moral."

La enferma desde ese momento no dio ningún trabajo; su docilidad era como de una niña. Recibía todos los remedios con agradecimiento y santa vergüenza, y manifestaba su profundo reconocimiento a Madre Mariana de quien no quería apartarse ni un solo instante, como de las otras Madres que la atendían y curaban. La mejoría progresaba y al cabo de un mes estaba restablecida. Todas estas cosas sucedieron en el primer año del segundo priorato de Madre Valenzuela.

Las penas del infierno por cinco años

Al fin del primer año de este segundo priorato de Madre Valenzuela, Madre Mariana rezaba, como de costumbre en el coro inferior, donde también estaba la feliz convertida, cuando fue arrebatada en espíritu y vio a Jesucristo que mirándola le dice: "Esposa y querida mía, ya es tiempo de que sufras por cinco años las penas del infierno que aceptaste para salvar el alma de tu pobre Hermana. Prepárate con el don de fortaleza, pidiendo con insistencia a mi Divino Espíritu. Desciende a lo profundo de tu alma y con confianza, enciérrala en la Llagla de mi costado, asilo de mis almas predilectas, colócala bajo el maternal cuidado de mi hermosa Virgen Madre. Purifica más tu alma con la absolución que recibirás, con aumento de fe y humildad, y mañana, después de permanecer contigo en la Comunión comenzará tu infierno." Y, bendiciéndola, el Señor se escondió en su Sagrario, cárcel de Amor.

Llamó al Padre Menor que tenía para sus consultas íntimas, y le comunicó todo, se confesó de una manera extraordinaria para recibir la absolución. Se preparó todo el día para recibir a Dios en la Eucaristía, como si fuera la última vez. Sentía afectos ardentísimos de amor, de gratitud, de fe. Fue un día lleno de júbilo.

Cuando a la mañana siguiente se aproximó a la Mesa de los Ángeles para despedirse, por el largo período de cinco años, de la íntima unión y trato familiar que tuviera con su Dios, a quien amaba con todas sus fuerzas, fue

como si le arrancasen el corazón. No se cansaba de estrecharlo contra su pecho, queriendo si posible fuese, retenerlo por algunos momentos más. Mas su hora había llegado.

Después de haber comulgado, Madre Mariana sintió un fuerte dolor en su corazón, y quedó insensible a su Dios..., sintió tedio hacia Él, y como una especie de odio, una desesperación en la cual no había vislumbre de esperanza... Procuraba reflexionar sobre el sacrificio que había hecho por aquella alma para salvarla, y en lugar de encontrar alivio, sentía rabia, desesperación y total desconfianza en Dios. Quería olvidarse del Divino Corazón que le amó hasta entregarse por ella a crueles tormentos y a humillaciones infinitas, sentía sobre sí el peso de la Sangre de Dios derramada en vano por un alma condenada. Ella recordaba bien todos los sublimes Misterios del Dios humanado, de su Virgen Madre, Pura e Inmaculada desde su Concepción, mas, estos recuerdos constituían para ella fuente perenne de incesante rabia y desesperación; ella se sentía una hija de la Inmaculada Concepción, pero ahora, condenada. De su mente había desaparecido la noción de cinco años y únicamente podía discernir una



eternidad de aflicciones. Quería animarse pensando que algún día terminaría su infierno, pero oía unas voces roncadas y terribles que le decían: “Eternidad... eternidad... Para siempre... para siempre... ¡En el infierno ninguna Redención! ¡Monja que desperdició el tiempo, que dispuso tantas gracias, merece los tormentos inauditos y el más horrible padecimiento de pena de perdición...!”

Su cuerpo era como una brasa viva que ardía sin consumirse, en medio de ardores inauditos e indecibles. Después del calor pasaba a un frío imposible de ser expresado o descrito. Su respiración era oprimida por un peso inmenso que venía ya por el fuego, ya por el hielo... Ante sus ojos surgían horribles visiones infernales; sus oídos eran fustigados atrozmente con las blasfemias de los condenados y de los demonios; le inundan el olfato olores repugnantes más intensos que las inmundicias de todo el mundo; el tacto era atormentado como lleno de puntas afiladas que la penetraban hasta las entrañas; el paladar era torturado por un sabor horrible, completamente desconocido para ella, que a la fuerza, los demonios le hacían tragar, dándole duros golpes que le volteaban el cerebro, removiéndole los sesos e incitándole a la rabia, a la desesperación, a la blasfemia.

Todos los tormentos que dejamos descritos, y cuantos otros más que esta criatura experimentó, los sufría día y noche, a toda hora, en todo tiempo y lugar.

Durante este período de dura expiación, ella fue modelo de dulzura y humildad, de mansedumbre y de exacta observancia de la Regla. Grave, digna y dulcemente amable, manifestaba en su semblante una mortal y profunda tristeza. Atraía los corazones, el afecto y las miradas de su comunidad, pero nadie se atrevía a preguntarle el origen de su dolor. Durante este tiempo, nunca abrió los labios para proferir la menor palabra que pudiera transparentar sus amarguras en la comunidad. Sólo lo sabía el Padre Menor que la dirigía.

Con ese grande padecimiento, Madre Mariana se debilitaba rápidamente. Perdió el color rosado de su rostro, ahora ya amarillo; los ojos hundidos y tristes, toda ella expresaba un dolor íntimo y profundo.

A propósito de la recepción de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, su director garantiza que en esta época, como en ninguna otra, era admirable la pureza de su hermosa alma y no había materia para absolverla. Ella, con todo, estaba convencida de que era la mayor de las pecadoras, por haber desperdiciado las gracias tan singulares que la Bondad Divina le había concedido. Comulgaba, mas no sentía ni el amor, ni la dulzura de otros tiempos, ni la presencia de su amoroso Creador. En esos momentos, en verdad, cesaban toda rabia y desesperación, pero ella continuaba en indecible oscuridad de espíritu que ocasionaba increíbles sufrimientos interiores a esta alma seráfica, en cuyo fondo ardía muy vivo el fuego del Amor divino, siendo su aparente situación espiritual como ceniza que lo mantenía oculto.

Liberación de las penas del infierno

Pasaron los cinco años de padecimientos y otra vez, por ese tiempo, había habido otra elección regular siendo elegida abadesa nuevamente Madre Magdalena Valenzuela. Madre Mariana, como siempre, entretuvo a su comunidad en las fiestas comunitarias; mas no cesaba aún su infierno. Quince días después de la elección, cuando la comunidad se encontraba en la oración mental cotidiana, Madre Mariana, de repente dio un grito y cayó desmayada. Madre Valenzuela la recogió en sus brazos, atendiéndola para hacerla recobrar el sentido. Cuatro horas pasaron, y viendo que no volvía en sí, llamaron al médico, el cual, después de haberla examinado, meneó la cabeza y dijo: “¡Qué lástima! ¡Haré lo imposible, mas si dentro de una hora no vuelve en sí, es un hecho que ella se nos fue!”

Después de algo de cinco horas de estar inconsciente, lentamente abrió los ojos y se encontró en los brazos de su priora. Se reclinó, por sí misma, en su cama y viendo llorar tanto a la Superiora le dice: “Madre, siento haberos dado disgusto”, y apretando la mano de la abadesa junto a su pecho exclamó: “¡Cuán bueno y digno de amor es nuestro Dios!” Y a Madre Francisca de los Ángeles le dice: “Madre, hacedme la caridad de traerme un poco de

infusión de anís, pues este es un remedio para todo.” La humilde religiosa, Madre Mariana de Jesús, pidió entonces la bendición a su priora y licencia para tomar la infusión, que bebió con una alegría nunca vista.

Después a solas, las Madres fundadoras fueron a abrazar a Madre Mariana de Jesús para darle la enhorabuena por haber sido liberada de su infierno, pues así se lo había comunicado Nuestro Señor en la Santa Comunión a cada una de las fundadoras. Madre Mariana respondió al abrazo diciéndoles: “¡Ah, mis Hermanas! ¡Cuán horrible es el infierno! No hay palabras para expresarlo y sólo pasándolo se puede saber en qué consiste. Mas, también, cuán inefables son los gozos de la Gloria del Cielo, a donde fui llevada por manos de Nuestra Madre Santísima, la Virgen María, y donde estuve toda la mañana de hoy. Os confiaré un secreto, pues a vosotras no os lo puedo ocultar. Y es que nuestra Hermana... por quien expié, morirá al cabo de un mes...”

En la mañana del otro día, Madre Mariana se acercó a la Santa Comunión radiante de alegría. En la tarde del día anterior había hablado con su director, el Padre Menor, narrándole todo lo que había pasado en su largo desmayo. En la Santa Comunión de ese primer día de su gloria, vio que Cristo Nuestro Señor sacaba de su Corazón Santísimo, el suyo propio bien purificado. Nuestro Señor, juntamente con su Madre Purísima, volvió a colocar el corazón de Madre Mariana en su pecho y tomaron nuevamente posesión como de algo que, en absoluto, les pertenecía. Con él, retornaron todos los afectos tiernos y amorosos de antes y aún más abundantes.

Notó también, la santa religiosa, que los demonios temblaban, con todo el infierno, al ver que había escapado de sus garras esta criatura inocente, a quien habían atormentado como a una condenada; y queriendo arremeter contra ella, no lo conseguían, pues su simple presencia bastaba para ponerlos en vergonzosa desbandada. Además, se les había prohibido hacer grandes males al convento donde ella vivía, donde iba a morir y donde se conservarían sus restos.

A partir de ese día, Madre Mariana de Jesús comenzó a restablecerse, su rostro recobró la antigua alegría y volvió el color rosado de sus mejillas. La capitana, no mucho después, amaneció en cama con muchísima fiebre y en su delirio llamaba a Madre Mariana de Jesús. Finalmente la capitana se puso a las puertas de la muerte. Se confesó muy bien, recibió con devoción los últimos Sacramentos, pidió perdón de sus desvíos y malos ejemplos, y teniendo a Madre Mariana de Jesús a su cabecera, murió un viernes a las tres de la tarde.

Madre Mariana vio el Juicio de esta Hermana. Y como la capitana vio que Madre Mariana había sufrido las penas del infierno durante cinco años, siendo un alma inocente, y ese había sido el precio de su salvación, ella llevó a la eternidad esa profunda gratitud y frecuentemente en el Purgatorio se acordaba del heroico sacrificio hecho en su favor.

Tercer Priorato de Madre Mariana de Jesús

Entre tanto, el mal del corazón de Madre Valenzuela, la abadesa, se iba agravando. El gobierno del monasterio pasó a Madre Mariana de Jesús, y cuidada y asistida día y noche por ella, ya en sus últimos instantes, recibió los Sacramentos y cerró sus ojos a la luz material y los abrió a la eterna claridad, en 1610, tras tres meses de priorato. Con afecto filial, Madre Mariana lloró a Madre Valenzuela, pues se querían mucho.

Madre Mariana notificó la muerte al Prelado. Él entonces envió una nota a Madre Mariana de Jesús Torres, constituyéndola Abadesa por tres años. Pero la humilde religiosa le hizo ver la conveniencia de que el convento escoja la nueva priora, para evitar causas de agitación en la comunidad. El Prelado aceptó las justas razones de esta religiosa y fue a presidir la elección. Madre Mariana obtuvo la mayoría, que él confirmó con agrado, exhortando a las monjas a amarla y obedecerla como cabeza y Madre de la comunidad.

Cuando veía algún relajamiento o falta contra la Regla, Madre Mariana de Jesús inmediatamente, sin dejar pasar la ocasión, llamaba a su celda o lejos de las Hermanas a la culpable, y con una encantadora dulzura le hacía ver la felicidad temporal y eterna de las religiosas observantes, cumplidoras de su Regla hasta en los mínimos detalles. Decía enseguida a cada una en particular la falta cometida, la abrazaba con ternura, rogándole con humilde exigencia que no vuelva a cometer tal falta y rezaba con la culpable un avemaría, después de lo cual le besaba los pies. Le daba así ejemplo de sólida humildad y atraía a las almas de sus hijas por medio de la dulzura propia que caracteriza a las suaves Esposas del amadísimo y humildísimo Jesús, con quien viven unidas por los fuertes e indisolubles lazos de divina y heroica caridad.

Nuestra Señora del Buen Suceso pide con insistencia su Imagen

Por este tiempo, en los primeros días del año 1610, María Santísima amonestó repetidas veces a su predilecta hija por la tardanza en mandar a trabajar su estatua, que le había pedido hacía ya tiempo. Mientras rezaba por la noche en el coro, pasada la medianoche y entrado el 21 de enero de 1610, Madre Mariana de Jesús vio a la Santísima Virgen, hermosísima, adornada de atractivos y encantos celestiales, aureolada por una luz fulgurante como si estuviese en medio del sol. Traía a su preciosísimo Hijo en el brazo izquierdo, y un lindo y vistoso báculo en la mano derecha, tal como en las otras apariciones. En el brazo que llevaba el báculo, había también algunas palomas raquílicas que querían dejar el brazo de María Santísima, mas el Divino Niño las detenía y entretenía, agarrándolas, acariciándolas y dándoles el Maná Eucarístico. Ellas con todo se volteaban a un lado para no recibir el Maná. La Santísima Virgen María, les hablaba con maternal cariño, pero ellas no querían prestarle atención.

Permanecían junto a la Señora, a la fuerza, y cada vez se hacían más débiles. Después de tanto desdén y de agotar los medios de caridad y de amor, el Divino Niño las tomó y las lanzó lejos, al mar tempestuoso del mundo, donde, haciendo inútiles esfuerzos para mantenerse en la superficie, sucumbían en lo profundo del abismo. Se escuchaba apenas el eco de un lamento desesperado, por haber reconocido tarde que por negligencia habían perdido un bien que pudieron gozar en completa posesión, a cambio de un poco de esfuerzo, sufrimiento y sacrificio.

La Reina del Cielo le dijo así: “Querida hija,... soy también Madre de todos los mortales, tanto justos como pecadores. Tú no puedes comprender cuánto amamos a las almas, Dios y Yo. Todas fueron creadas para el Cielo, una multitud de ellas, entre tanto, se pierden por no padecer y violentarse un poco. ¿Viste con cuánto mimo y cariño hemos tratado a estas palomas raquílicas mi Hijo Santísimo y Yo? Así obraremos siempre, atrayéndolas y alimentándolas con el Pan Eucarístico. Mas, ¡ay! ¡Qué ingratas! Nos voltearon la cara. Cansadas de la Misericordia y Paciencia de mi Hijo Santísimo, fueron abandonadas al turbulento mar del mundo, donde, oprimidas por sufrimientos y dolores, atormentadas por el gusano roedor de sus conciencias, ¡cuántas de ellas no acabarán sus vidas miserablemente y se perderán!...”

Madre Mariana de Jesús, con maternal caridad quiso intervenir y rogó por ellas, mas la Reina del Cielo prosiguió de esta manera: “Hija, ni Yo ni tú podemos impedir tal desgracia, puesto que Dios mismo respeta el libre albedrío en sus criaturas. No les faltan luces, gracias, inspiraciones, los avisos caritativos y reprensiones, ni el ejemplo de tantas otras que por ellas oran y amonestan con dulzura. Ellas, entre tanto, se hacen sordas y ciegas a todo...”

“Mas, modera tu dolor, hija querida, considerando este enorme número de almas fieles que vivirán y morirán olvidadas de sí mismas y abandonadas, practicando las sólidas virtudes en heroica y oculta santidad...”

Entonces la Santísima Virgen comienza sus revelaciones sobre los tiempos futuros para esa colonia española, pero declarando con extraordinaria claridad los males que afligirían a la humanidad del siglo XX.

“Porque te hago saber que, al término del siglo XIX hasta un poco más de la mitad del siglo XX... se levantarán las pasiones y habrá una total corrupción de costumbres por las que Satanás reinará en las sectas masónicas, y dañará principalmente a la infancia, a fin de mantener con esto la corrupción general...”

La Santísima Virgen, hablando de la terrible crisis, dice que durará “hasta un poco más de la mitad del siglo XX”, aludiendo claramente a la fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, cuya fundación marca el comienzo del proceso de Purificación de la Santa Iglesia.

Asimismo, la Virgen María, bajo la advocación del Buen Suceso, se lamenta por los niños de esa época, a quienes les será robada la inocencia, y hace una relación detallada de la lucha que los enemigos de Dios darán contra los Sacramentos de la Iglesia.

“Aumentados, así, los efectos de la educación laica, disminuirán las vocaciones sacerdotales y religiosas. El Sacramento del Orden Sacerdotal será ridiculizado, oprimido y despreciado, porque, al atacar este Sacramento, se oprime y denigra a la Iglesia de Dios y a Dios mismo, representado en sus Sacerdotes. El demonio procurará perseguir a los Ministros del Señor y trabajará con cruel y sutil astucia para desviarlos... corrompiendo a muchos de ellos. Estos que así escandalizaren al pueblo cristiano harán recaer sobre todos los Sacerdotes el odio de los mismos cristianos y de los enemigos de la Iglesia Católica... Este aparente triunfo de Satanás atraerá sufrimientos enormes a los Buenos Pastores de la Iglesia y ... al Pastor Supremo y Vicario de Cristo en la tierra, que, prisionero en el Vaticano, derramará secretas y amargas lágrimas en Presencia de su Dios y Señor, pidiendo luz, santidad y perfección para todo el Clero del Universo, del cual es Rey y Padre.”

El Papa San Pablo VI vivió real y físicamente prisionero de la logia judeomasónica vaticanista, a la que pertenecían sus verdugos: los más altos cardenales y obispos de la Iglesia Católica todavía con Sede en Roma.

Ejecución de la imagen de Nuestra Señora del Buen Suceso

Entonces la Santísima Virgen volvió a pedir la ejecución de su imagen, que ya había pedido en enero de 1599, hacía once años, cuando había señalado a Francisco del Castillo, como el artífice que debía realizarla. Y la mandó hablar con el Obispo para comenzar la obra: “El Obispo deberá consagrar mi Imagen con el nombre de María del Buen Suceso de la Purificación o Candelaria... Entonces, en ese momento Yo tomaré posesión completa de ésta mi casa y me obligaré a guardarla ilesa y libre de todo atropello hasta el fin de los tiempos, exigiendo de mis hijas continuo espíritu de caridad y sacrificio...”

Nuevamente la Santísima Virgen usando el cordón del hábito de Madre Mariana de Jesús, le dio su medida y con ternura y amor bendijo a la hija de su Corazón. Pero los días pasaban y crecían sus temores, de que el Obispo no le creería y ella pondría en peligro la existencia del monasterio, y ella, además, temía que, por su propensión a la idolatría los habitantes de la colonia, no entenderían bien la veneración a la sagrada imagen. Esto le impedía cumplir la orden de María Santísima. Y no tenía claridad en esta cuestión, permaneciendo en luchas y recelos desde el día 21 de enero hasta el amanecer del 2 de febrero de 1610.

El día 1 de febrero de 1610, Madre Mariana de Jesús se preparó para celebrar dignamente la fiesta de la Purificación, nombre con que debería ser bautizada la futura



Santa Imagen. Como de costumbre, Madre Mariana oraba en horas de la madrugada del día 2 de febrero de 1610, en el coro superior próximo a la grada.

Conforme reveló más tarde a su confesor, su meditación versaba sobre la humildad de María Santísima, en el soberano Misterio de la Purificación. Mas, sin intervenir su voluntad, el hilo del pensamiento recaía en la consideración de la obediencia de Nuestra Señora, como inseparable de su humildad. En eso, se vio en presencia de nuestra Madre María Santísima del Buen Suceso. Estaba Ella cercada de luces, que esparcían innumerables y preciosas estrellas en forma de un vistoso arco, enmarcando a su Soberana Reina. Fijó sus ojos en el rostro de su Madre que la miraba con severidad amable y sin decir nada.

Tras la turbación de Madre Mariana de Jesús, tomó la palabra la Reina del Cielo increpándola: “Criatura tarda y dura de corazón, ¿acaso no sabes que soy Reina Poderosa y te di una orden conociendo bien todas las cosas? ¿Por qué temes? El convento es fundación mía, y aun cuando se reuniesen todas las potencias de la tierra, no serían capaces de destruirlo. Con mi Imagen favorezco al pueblo en general, a través de los siglos... ¡Cuántas conversiones habrá! ¿Y quieres hacerte responsable de tantas almas?”

Madre Mariana de Jesús pidió perdón, prometiendo enmienda, pero pidió que ocultara su nombre. Respondió la Reina de los Cielos: “Hija querida de mi corazón, me agrada tu humildad, está ya perdonada tu falta contra la obediencia. Ve, cuanto antes, a hablar con el Obispo. Apresúrate a mandar a esculpir mi Imagen porque el tiempo vuela... Con relación a tu nombre, me complazco en el pedido, haré como pediste... porque en el tiempo actual conviene que nadie se dé cuenta de cómo y de dónde vino la idea de hacer la Imagen, porque este conocimiento está reservado al público en general para el siglo XX. En aquella época la Iglesia se encontrará combatida por las hordas de la secta masónica, y la pobre patria ecuatoriana, agonizante por la corrupción de las costumbres, el lujo desenfrenado, la prensa impía, la educación laica; campearán los vicios de la impureza, la blasfemia y el sacrilegio en aquel tiempo de depravada desolación y callando quien debía hablar...”

Nuevamente con su cordón midió milagrosamente a Nuestra Madre del Buen Suceso y vio al Divino Niño, de pie, sosteniendo la extremidad del cordón que tocaba la frente de su Divina Madre, y abrazándola con Amor de Hijo, complacido por la belleza de esta Criatura, a la que había adornado con todas las Gracias, dones y virtudes para hacerla su Madre. Extendiendo Él su gentil manito, entregó el cordón a Madre Mariana, diciendo:

“Amada Esposa mía, aquí tienes la tan deseada medida de mi Madre Santísima. Quiero que en todos los siglos se midan con este cordón todas las hijas que estarán aquí. Esta es la medida. ¿Sabes de qué modo quiero que se midan? Escucha: medirán su humildad, su silencio, su caridad, su tolerancia, su amor a Mí y a mi Santísima Madre, en cuyo espejo deben todas mirarse, y como cristianas, mejor como religiosas quiero que tengan mi espíritu en todos los actos de su vida. Mi espíritu es de paciencia, mansedumbre, abnegación y de entrega total al Divino Querer, sirviéndome a Mí con aplicación y desinterés, dejando, aun, su felicidad eterna entregada a la Voluntad amorosa de mi Corazón Divino. Para que Yo tenga mis delicias con las almas religiosas, mis Esposas tan queridas, vivo oculto bajo los accidentes de Pan, en el Sacramento de la Eucaristía, expuesto a irreverencias y profanaciones de mis enemigos. Si ellos me atormentan muchas veces, me doy por satisfecho con los desagrazos amorosos de estas almas tan queridas con las que vivo bajo el mismo techo, recibiendo sus cariños y viviendo con ellas a través del dolor, en todas sus modalidades. ¿Qué les importa vivir aquí en la tierra en oscuro abandono y abyección, cuando en el Cielo brillarán sus nombres entre el inmenso número de hijas de mi Madre Inmaculada? En estos primeros siglos quiero que tu nombre permanezca oculto...”

“Quiero darte a ti, y en ti a todas las religiosas fieles que vivirán en este monasterio hasta el fin de los siglos, esta pequeña cruz de oro, símbolo de los padecimientos interiores y exteriores, insignia con que se presentarán al Juicio en el día final de su vida. Entonces, Yo las reconoceré como propiedad mía y las introduciré en el Cielo, su patria y lugar de eterno gozo.”

Y diciendo esto, el Divino Infante descendió del brazo de su Madre Santísima a los de su Esposa, Madre Mariana, y abriéndole el corazón le introdujo una cruz de oro muy pequeña, adornada con perlas y piedras preciosas, cada una reluciente como el sol. Y lleno de complacencia regresó al brazo de su Santísima Madre, la que, después de abrazar a Madre Mariana, desapareció.

Quedó el corazón de la humilde religiosa inundado de Amor de Dios y de alegría. Animada por la visión, Madre Mariana de Jesús habló con el Obispo, quien la reprendió por no haberlo informado antes y allanó el camino para la realización de la imagen. La Santa abadesa mandó llamar al señor Francisco del Castillo, quien sin tardanza se presentó a órdenes de ella; diez días después comenzó su trabajo, que se prolongaría por un año.

El día 10 de enero del año siguiente, 1611, el Obispo fue a ver la obra y la encontró prácticamente concluida. El escultor dijo a las Madres que para dar la última mano de pintura a la escultura, iría a buscar las mejores y más finas tintas. Y volvería para ejecutar esa operación el día 16, después de comulgar.

El día 16 de enero, de madrugada, como de costumbre, se levantaron las fervorosas religiosas para rezar el pequeño oficio; al aproximarse al coro comenzaron a escuchar melodiosas armonías, presurosas entraron al coro, y... ¡Oh prodigio!, el coro se encontraba bañado por una luz celestial, resonaban voces de Ángeles, que al son de una música celestial entonaban con suave y arrebatadora armonía la “Salve Sancta Parens.”

La Santa Imagen estaba concluida por los Ángeles. De su rostro partían rayos de vivísima luz, los que se difundían por todo el coro y la iglesia, volviéndose poco a poco más suaves para que las religiosas pudiesen acercarse y contemplar muy de cerca el prodigio obrado por Dios. Aureolada por esa luz vivísima, la fisonomía de la Santa Imagen no era severa, sino majestuosa, serena, dulce, amable y atrayente, como convidando a sus hijas a que se acercaran con confianza. El Divino Niño era un primor. Su semblante expresaba amor y ternura para con las Esposas tan favorecidas de su Corazón y tan amadas de su Madre.

Los corazones de esas felices religiosas se derretían con el fuego del amor, y no sabían cómo dar gracias a Dios por tantos favores. Progresaron todas en la vida espiritual, y se empeñaban en amar más y más a Dios, y en el cumplimiento exacto de la Regla, de la observancia regular y de las obligaciones particulares.

A la hora concertada Francisco del Castillo llegó al convento para dar la última mano a su gran obra. Sin decirle nada le introdujeron en la clausura. Llegando al coro, exclamó emocionado: “¡Madres! ¡Esta primorosa Imagen no es obra mía! ¡No sé lo que siente mi corazón; esta obra es angélica!... Ningún escultor, por hábil que sea, podrá jamás imitar tanta perfección y tan extraordinaria belleza.” Y cayó a los pies de la Santa Imagen inundado en lágrimas. Se levantó enseguida, pidió papel y tinta para hacer un testimonio escrito, jurando no ser aquella Bendita Imagen su obra, sino de los Ángeles, porque se encontraba acabada de otra manera que la dejada seis días antes.

Francisco del Castillo salió del convento todo emocionado, y presuroso fue al Obispo y le contó todo, quien quiso verificar con sus propios ojos la realidad de los hechos. Encontró de hecho la Bendita Imagen modificada, pero mucho más perfecta de lo que se desprendía del relato de Francisco del Castillo. El corazón del Obispo se conmovió ante de la prodigiosa Imagen de Nuestra Señora.

Y le pidió una explicación a Madre Mariana de Jesús, en confesión. Ella le contó que cuando terminó el Santo Viacrucis vio que el coro y la iglesia se iluminaron con luces celestiales. Enseguida se abrió el Sagrario y vio que en la Santa Hostia estaban el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Entonces, conoció el Amor infinito de las Tres Divinas Personas a María Santísima, Señora Nuestra, presente allí, muy hermosa, bella y atrayente.

Sigue Madre Mariana de Jesús: “Los nueve Coros Angélicos la aclamaban y le rendían homenaje, como a su Reina y Señora. A un gesto de la Santísima Trinidad vi que, con una profunda reverencia, se dirigieron al Trono de la Reina de los Cielos. San Miguel, saludándola sumiso, le dice: ‘María Santísima, Hija de Dios Padre’; San Gabriel dice: ‘María Santísima, Madre de Dios Hijo’; y San Rafael dice: ‘María Santísima, Esposa Purísima del Espíritu Santo.’ Y convidando a la milicia celestial cantaron todos juntos: ‘María Santísima, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.’

“En esto apareció mi Seráfico Padre, de sus llagas salían rayos celestiales. Acompañado por los tres Arcángeles, San Miguel, San Gabriel y San Rafael, seguidos de la Milicia Celestial, se aproximaron a la Imagen casi concluida del señor Francisco del Castillo, y en un instante la rehicieron...”

“La Reina de los Ángeles, en medio de estas alegrías, se acercó a la Imagen y penetró en ella, a manera de rayos de sol, que inciden en hermosos cristales. En aquel momento, la Santa Imagen adquirió vida y cantó con celestial armonía el ‘Magnificat’. Eran las tres de la mañana.

“El documento [de Francisco del Castillo] junto con otros tesoros, será escondido en un armario, embutido en alguna pared de mi convento, con ocasión de los tumultos, cuando esta colonia procure hacerse república libre. Temerán perder esos tesoros, porque no saben que a mi convento nadie podrá hacerle daño. Por una parte, Excelencia, esto será conveniente, porque mi vida deberá salir a luz en el siglo XX. Las otras cosas serán conocidas cuando vuelvan los Frailes Menores, a no ser que, con humildad se haga violencia al Cielo para encontrarlas y guardarlas como preciosos tesoros en este mi convento. Sin esa intención, ningún recurso humano será bastante para descubrirlos.”

El Obispo escuchó todo el relato con lágrimas en los ojos y con santas emociones. Preguntó a la Madre: “¿Por qué dice usted que escribirán su vida y la conocerán en el siglo XX?”

“Porque mi persona y nombre”, respondió Madre Mariana, “son inseparables de la aparición de Nuestra Señora del Buen Suceso, y esto debe constar para certificar la verdad en aquellos tiempos de decadencia de la fe. ¡En el momento actual no conviene traslucir nada en vista de la propensión del pueblo a la idolatría!”

El día 2 de febrero del año 1611, la imagen fue consagrada solemnemente.

Participación en la dolorosa Pasión de Cristo

Felices y tranquilos transcurrieron los tres años de gobierno de Madre Mariana de Jesús Torres, desde 1610 hasta 1613. Hacia el final de su abadiato, Madre Mariana de Jesús sufrió una fuerte caída de la escalera, se golpeó gravemente el brazo izquierdo. Al llegar el tiempo del capítulo, la dejaron en descanso y eligieron a otra religiosa para abadesa.

Llegó el año de 1616, Madre Mariana de Jesús nuevamente fue elegida abadesa del monasterio, por cuarta vez, para regocijo general de las religiosas. Realmente Nuestra Señora del Buen Suceso regía el convento y desde su silla abacial le hablaba de todo lo que concernía a la dirección de las religiosas.

Al final de su cuarto periodo de gobierno, en el año de 1619, Madre Mariana de Jesús rogaba insistentemente a Dios Nuestro Señor y a su Madre Santísima que la liberasen de la enorme cruz del priorato llena de tantas responsabilidades. Nuestro Señor la oyó y apareciéndose como se mostraba en su vida mortal, le dice: “Mi dilecta Esposa, tu humilde e insistente petición llegó a mis oídos, y por el inmenso Amor que te tengo no puedo negarte lo que me pides... Pero, en estos tres años que descansarás del gobierno del monasterio, quiero presentarme con la preciosa cruz de los padecimientos interiores. En el primer año, mi hija querida, me acompañarás en la Oración del Huerto, sufriendo lo que allí sufrí; en el segundo año, me acompañarás en la prisión; en el tercero, en los sufrimientos tan grandes y profundos cuanto ignorados por los hombres, que padecí cuando me presentaron en casa de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, como si Yo fuese un vil malhechor. Yo estaré siempre contigo. Tu humilde y afligida oración subirá hasta el Trono de mi Padre Celestial, como olor de suavidad y todos tus padecimientos serán presentados por mi Madre Santísima y Madre tuya. Ya pocos años pasarás en esta tierra de llanto y dolor. Y en el decurso de ellos, me acompañarás en algunos pasos más importantes de mi dolorosa Pasión, hasta entregar tu alma en mis manos, como Yo entregué la mía en manos del Padre Eterno. Únete a mi Corazón dolorido, y en compañía de mi Madre Santísima y Madre tuya, soporta estas tribulaciones y lleva con valor y firmeza la cruz que pongo en tus hombros durante estos años. Necesito en todos los tiempos almas valerosas para salvar a mi Iglesia y al mundo prevaricador, o sea, salvar las almas por las que tanto sufrí, y como tantos se pierden, quiero que tú me ayudes como buena Esposa.”

Madre Mariana de Jesús conoció, como en un rayo de Luz celestial, la intensidad de los padecimientos interiores que le aguardaban, y Nuestro Señor Jesucristo, el Maestro Divino, el Esposo de su alma, el Varón de Dolores, silencioso esperaba la respuesta de su amada Esposa, para comunicarle sus dolores.

Madre Mariana de Jesús tembló como criatura ante la magnitud de los padecimientos, y reflexionando un instante, titubeó en aceptarlos, temiendo que le faltasen fuerzas y manchase el alma así con pecado. Ante esto, el Señor replicó: “¿No sabes mi querida niña, que Yo soy la fuerza de los débiles?... ¿Y que no solamente no pecarás, sino que obtendrás grandes méritos? ¡Ánimo! ¡Valor!”

Acto continuo, Madre Mariana de Jesús se prosternó en tierra y aceptó, pidiendo fuerza, audacia y amor.

Se levantó de su postración. Su alma estaba llena de Dios. Su corazón desbordaba de alegría y ella se sentía feliz, muy feliz al considerarse asociada a la Pasión del Divino Salvador, para salvar las almas de sus hermanos, los pecadores, a quienes tanto amaba.

En el tercer día de festejo de la nueva abadesa, Madre Mariana de Jesús estaba orando, a eso de las diez, en el coro inferior, cuando salió del Sagrario un rayo luminoso que le penetró en el corazón y le dio fuerzas. Inmediatamente se apoderó de ella una tristeza mortal: era el principio de sus padecimientos internos participando en los sufrimientos de Jesús – Cristo en el Huerto de los Olivos.

Esta ínclita criatura padeció, año por año, todo cuanto le hiciera saber Nuestro Señor, pero sin nunca perder aquella santa paz, dulzura y compostura de su espíritu, el que, entre tanto, conforme a las circunstancias, se veía ahogado en un mar de dolores, porque las aguas de la tribulación anegaban su alma.

Desde esta ocasión, hasta su muerte, la vida para ella se constituyó en una continua agonía. Acompañando a nuestro Divino Redentor, año por año, en su dolorosa Pasión, con muy pocas treguas que el Salvador concedía a su espíritu, hasta que, en su lecho de muerte, participó en la gloriosa Resurrección del Señor.

Nuevo priorato y favores celestiales para Madre Mariana de Jesús

Transcurrido el trienio, las monjas volvieron a reunirse en capítulo para escoger nueva abadesa y eligieron a Madre Mariana de Jesús Torres, por quinta vez, con complacencia general.

En el año de 1622, era abadesa esta santa religiosa, la que, año tras año, iba acompañando a Nuestro Señor Jesucristo en su dolorosa Pasión. Durante estos años de gobierno, recibió siempre muchos favores celestiales en la noche de Navidad, que ella conmemoraba con indecible ternura y fervor. Daba gusto verla llena de esa santa alegría contagiante, pues durante estos años de dolor, Nuestro Señor le daba tregua durante el santo tiempo de Adviento, Navidad y Epifanía, para después volver a introducirla en el mar de sus dolores. Y las monjas cantaban y bailaban ante el pesebre con santa alegría, manifestando su júbilo de Esposas por el nacimiento del Hijo de Dios.

Muchas veces, en el tiempo de Navidad y Epifanía, Madre Mariana de Jesús recibía el privilegio de tener en sus brazos al Niño Jesús. En una de estas ocasiones, contempló a la Santísima Trinidad en este Misterio inefable y divino; estuvo inmersa en esta Luz Increada, y las Tres Personas Divinas le manifestaron que el fervor en la celebración del misterio y fiesta de Navidad, así como de las Cuarenta Horas y de la Semana Santa es lo mejor para la conservación del convento, porque en estas tres devociones se compendian todas las que realizaba un alma religiosa, que dejando al mundo se enclaustró para vivir sólo en Dios, por Dios y para Dios.

Terminadas las fiestas de Navidad y Epifanía, a mediados de enero, esta sierva de Dios volvía a sumergirse de lleno en su amarga tribulación, acompañando a su Dios y Señor en los dolorosos pasos de su Santísima Pasión. Se redoblaban sus dolores, angustias y tribulaciones en la Semana Santa.

El día de Corpus Christi de 1623 Madre Mariana de Jesús Torres oraba en el coro inferior, al pie del Sagrario, y entre humildes lágrimas rogaba al Señor el remedio para las necesidades de su convento y del pueblo en general. Pedía también, que le quitase la pesada cruz de abadesa.

De repente, vio abrirse el Sagrario, y surgir de dentro una Cruz magnífica, adornada con perlas y piedras preciosas, y que iba creciendo y alargándose hacia lo alto hasta perderse en las nubes, conservando su tronco posado en la tierra. Mas, ella reparó que en varios puntos de la Cruz faltaban perlas y piedras preciosas; ella notaba visiblemente los vacíos y anhelaba que la Cruz estuviese toda adornada, sin que le falte nada.

Pensativa, contemplaba esta hermosa Cruz, no atinando su significado, cuando salió del Sagrario su Divino Esposo, tan hermoso y bello, dulce y atrayente, y le dirigió la siguiente pregunta: “¿Ves, amada mía, esta Cruz tan preciosa, que teniendo su raíz en la tierra, sus brazos se remontan hasta el Cielo? Sabe, pues mi niña querida, que ésta es tu cruz, cargada por ti en la vida. Mas, como ya es corto el tiempo que permanecerás en la tierra, los brazos de la cruz están ya en el Cielo. Mira, entre tanto, los puntos vacíos: son los años que te faltan de vida, para ser llenados con buenas obras en el ejercicio, sin más quejas del duro cargo de abadesa, que después ocuparás otro tiempo, y será el último...”

Ya eran las cinco de la tarde del jueves de Corpus Christi de 1623, cuando Madre Mariana de Jesús, que no daba señales de vida desde las nueve de la mañana, volvió en sí en los brazos de las Hermanas que la lloraban pensándola muerta. Quiso hablar, levantarse, caminar, pero no lo consiguió por más esfuerzos que hacía, porque su cuerpo se caía solo. Sufría sin consuelo. En ese desfallecimiento, cayó otra vez en éxtasis y vio esta vez la no correspondencia de los Ministros del Altar a su santa vocación, y la manera indigna con que algunos se acercaban al Santísimo Sacrificio. Pesó las causas, y su alma se ahogó en un profundo dolor, desconocido en la tierra. Pasó así toda la noche, y todo el día viernes, hasta las seis de la tarde.

Las monjas, temiendo hubiese llegado la hora de la despedida de Madre Mariana de Jesús, lloraban desconsoladas. El médico, que había agotado todos sus recursos, decía: “Madres, si no se tratase de la persona de Madre Mariana de Jesús, les diría que se preocupasen por amortajar este cadáver, de hacerle las exequias y enterrarle. Pero, como se trata de esta criatura singular, bien podemos esperar hasta tres días.”

A las seis de la tarde del viernes abrió sus hermosos ojos y los fijó en el Crucifijo que tenía en su cama. Su mirar triste, acompañado de copioso llanto, era la expresión muda del amor en que su alma estaba penetrada.

No podía articular palabra, cuando el médico le preguntaba si estaba mejor con la cabeza le hacía señal que sí. Las Hermanas la rodeaban. Cada una se esmeraba en servirla y atenderla. Madre Mariana de Jesús pasó más de una semana muy débil y sin fuerzas, pero después de esto retornó a la vida monacal con el vigor de siempre. Su fisonomía en estos tiempos era triste, sin alterar, sin embargo, la simpatía de sus facciones y el color de su tez. Era una tristeza que elevaba su alma a las altas regiones.

La Semana Santa

Los días de la Semana Santa, desde el Domingo de Ramos, eran para esta santa religiosa, días muy llenos de tristeza y profundo dolor. Su alma amante y pura, penetraba en lo más íntimo del Corazón de Dios-Hombre, atribulado y muerto en afrentoso patíbulo para salvar a sus ingratas criaturas, y pedía a su Divino Esposo que durante estos días le retirase todo consuelo espiritual y que le dejase desamparada, para poder participar del desamparo y agonía que Él padeció en la Cruz; esto le era concedido, y ella pasaba esos días aniquilada y desfallecida por la violencia del dolor que su Señor le comunicaba.

Diariamente, por la mañana y por la noche, tomaba una disciplina sangrienta. Madre Mariana de Jesús quedaba toda penetrada en Dios, sin faltar, entre tanto, a ninguno de los actos de comunidad y sin omitir el menor de sus deberes. Llevaba su cuerpo forrado con penetrantes cilicios. En su frente, un cilicio para imitar a su Divino Esposo en la coronación de espinas. Los ojos fijos en el suelo. Su rostro era lleno de gravedad y dulzura, inspirando veneración y amor a Dios.

Tomaba parte en las comidas con su comunidad y se sentaba a la mesa para comer su frugal alimento, después de besar los pies de todas las religiosas que, edificadas, contemplaban semejante espectáculo.

Los Jueves Santos, después del canto de las ‘Tinieblas’, que Madre Mariana de Jesús entonaba enternecida y llena de amor, se ponían todas una cuerda al cuello, y rezando el ‘Miserere’ entraban a la cárcel por el claustro inferior y allí se prosternaban. Entonces tenía lugar, cada Jueves Santo, el acto de flagelación comunitaria. La abadesa conmovida leía el pasaje de la cruel y humillante flagelación de Nuestro Señor Jesucristo. Terminada la lectura, les invitaba a imitar en algo al Esposo Divino tomando parte en sus dolores, y llevaba a cabo la flagelación de sus hijas religiosas. Luego mandaba a dos novicias que la flagelasen a ella, primero una con ramas de ortigas maduras y después la otra con un látigo de cuero. Todas las abadesas confesaban con simplicidad que lo de esta noche era lo más duro de todo el abadiato. Con este acto tiernísimo, estas santas criaturas desarmaban la Ira Divina.

Terminada esta ceremonia, las Hermanas iban a tomar una ligera refección, después de la cual quedaban libres para permanecer con Nuestro Señor Jesucristo o retirarse a descansar.

Madre Mariana de Jesús tocaba en su ‘arpa de falda’, una música triste y tierna que elevaba el alma y la remitía al Huerto de los Olivos para allí acompañar a Nuestro Señor en su oración. Era siempre ella la encargada de dirigir la Hora Santa del convento, porque era tal el fervor y el amor con que hacía la lectura de los puntos de meditación cada cuarto de hora, que los comunicaba a sus Hermanas.

Los Viernes Santos, Madre Mariana de Jesús se aplicaba tres flagelaciones sangrientas, una de ellas a la hora de la flagelación del Divino Redentor, y pasaba el día unida a su Divino y Doloroso Señor. Y realmente ella sentía en sí, según la hora del día, aquello que sufrió Nuestro Señor en aquel Viernes de Dolores.

A partir del mediodía ella padecía en su cuerpo la Crucifixión del Señor. Sus brazos como dislocados, sufrían dolores inauditos. Sus pies y sus manos tomaban colores rojo oscuro en los lugares que correspondían a los clavos. La lengua se reseca, quedándose pegada a su boca. No conseguía articular sino pocas palabras, cuando por motivo urgente debía contestar algo. Sus tormentos interiores crecían de tal modo que su alma y su cuerpo se desprendían de las realidades terrenas, cayendo en un arrebato, en el que contemplaba a Nuestro Señor Jesucristo, muerto en afrentosa Cruz, y el llanto y la soledad de su Reina y Madre María Santísima. Este arrebato duraba hasta las cinco de la tarde.

Después del Oficio de las Tinieblas, la comunidad tomaba la disciplina que esa noche no era larga. Se dirigían enseguida al refectorio, para una alimentación ligera.

A las ocho de la noche comenzaba la Soledad de María, con triste y dulce canto, y silenciosa meditación, precedida de la lectura de un devoto libro. Terminada la Soledad de María, todas iban a descansar. Madre Mariana de Jesús se recogía más tarde, después de flagelarse una última vez. Causa admiración ver tanta penitencia hecha en esos días por una débil mujer. Después de todo esto, se conservaba bien dispuesta, de modo que no faltaba a ningún acto comunitario. Tras un breve reposo en la noche del sábado, se levantaba presurosa y se dirigía al coro.

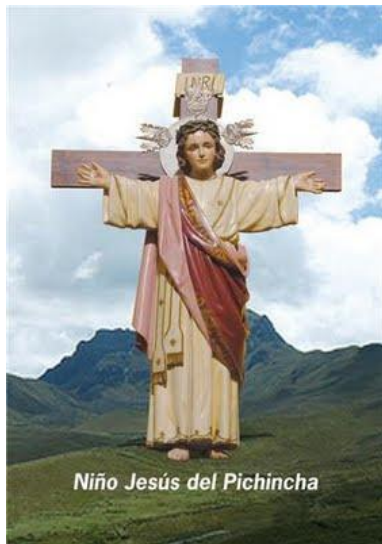
A las tres de la mañana, con santa alegría, iba al dormitorio a despertar a sus Hermanas para prepararse a celebrar al Divino Salvador, su Esposo, en su gloriosa y triunfante salida del sepulcro por su propia Virtud y Poder. Le parecía a ella, que su propia alma volvía al cuerpo. En este día Madre Mariana de Jesús tocaba la campana a las tres y media de la mañana, porque la comunidad cantaba los Maitines de la Resurrección a las cuatro en punto. No había pequeño oficio en ese día.

Este espíritu de penitencia es para ser admirado, y Dios Nuestro Señor debe ser alabado en él, pero no es para imitar, porque sin un llamado explícito de Dios sería caer en grave temeridad. Lo que debemos imitar, en esta santa religiosa, es su humildad profunda, su amor a Dios y al prójimo, su observancia regular y su espíritu de ininterrumpida mortificación. Hay que tener presente que el alma camina segura por el camino ordinario y sencillo, sufriendo y amando a Dios, y al religioso le basta el exacto y fiel cumplimiento de su Santa Regla, votos, constituciones y observancias monásticas, para elevarlo a una sublime santidad, sin que jamás en su vida tenga visiones, éxtasis ni revelaciones.

Visión del Niño Jesús del Pichincha

Corría el año 1628 y Madre Mariana de Jesús era abadesa por sexta y última vez en el monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito. Pero al fin de ese año, cuando estaba por terminar su trienio, tuvo varias visiones. Primero conoció los castigos particulares y públicos que en el futuro sufriría Ecuador, como figura del mundo. Y vio que siempre habría almas heroicas y justas, tanto en su convento, como en la Iglesia y en el mundo en general. También vio como el demonio, con apariencia de bien y valiéndose de miembros de la misma Iglesia, introducía sutilmente el relajamiento, del cual se darían cuenta cuando el mal ya haya echado profundas raíces, y el mal fuera irremediable a la vista humana. Pero vio enseguida, con regocijo de su corazón, que por la devoción a María Santísima y a costa de enormes sacrificios de las almas religiosas, que atraían la ayuda del Cielo, Dios acabaría siendo glorificado... Después Madre Mariana de Jesús vio retornar la tierra a la calma. La atmósfera y el sol resplandecían con luminosidad más clara.

Entonces Nuestra Señora del Buen Suceso se le apareció con su Dulce Niño en brazos, y le dice: “¡Pobre hija de mi Corazón!, con visión tan formidable desfallecen tus fuerzas naturales. Pero, aún no es tiempo de dejar la tierra, siete años más, en memoria de mis siete dolores y alegrías, peregrinarás en la tierra, sufriendo y gozando en tu espíritu.” Profecía cumplida: siete años más tarde, Madre Mariana de Jesús dejaría la vida mortal. La Santísima Virgen continúa su mensaje: “Ver la estima de tus Hermanas y de los devotos durante este tiempo, será el mayor de los sufrimientos de tu corazón que desearía, sin poderlo conseguir, desprecios, burlas y calumnias, porque ya pasó para ti ese tiempo de oro. Después tu larga vida parecerá haber durado un día, y te reirás de tus grandes sufrimientos de esta vida, y sentirás deseos de volver a vivir para sufrir y merecer el doble.” Y prosiguió la Reina de los Cielos: “Levanta ahora la vista y mira hacia el Monte de Pichincha, donde será crucificado este Divino



Infante que traigo en mis brazos. Lo entrego a la Cruz a fin de que Él dé siempre buenos sucesos a esta tierra... pues... esta invocación será prenda de salvación.”

Enseguida tres Santos Arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael, tomaron al Divino Niño de los brazos de su Santísima Madre y lo condujeron con reverencia al Monte de Pichincha, cuyas cumbres dominan el paisaje de Quito. El Divino Niño entonces parecía tener la edad de doce a quince años, hermoso y lleno de Divinidad, oculta en su santa Humanidad. Se prosternó en tierra, con los brazos en Cruz y oró a su Eterno Padre, diciendo: “Padre mío y Dios Eterno... quiero orar en este monte como oré en Getsemaní, pidiéndooos para Mí todas las almas que poblaren esta tierra, librándolas de la ira diabólica...” Todo el monte se envolvió en una Luz celestial. El Niño Jesús, levantándose de la tierra, encontró delante de sí, una cruz de madera, lisa y achatada, no redonda, con la inscripción INRI en lo alto; del brazo izquierdo pendía una corona de agudas espinas, y del brazo derecho una estola blanca.

Aparecieron otra vez los tres Arcángeles. San Miguel, traía una blanca Hostia. San Gabriel, una larga túnica blanca salpicada de estrellas. San Rafael, un manto de un color rosado precioso nunca visto. El Niño Jesús, lleno de contento, se vistió la túnica blanca, sobre la cual, el Arcángel le ajustó la estola del brazo derecho de la Cruz según el uso de los diáconos (cruzada en el cuerpo de los hombros a la cintura en diagonal). Por encima de la túnica el Niño Jesús se puso el precioso manto. Así vestido, se aproximó a la Cruz, fijándose a ella con amor, y por las mejillas le corrieron gruesas lágrimas con las que los Arcángeles San Miguel y San Rafael aspergearon la tierra. Tomando con amor la corona de puntiagudas espinas, la colocaron en su Sacratísima Cabeza. Jesús se apegó a la Cruz y extendió sus manos, quedando crucificado, sin verse los clavos.

Ordenó enseguida al Arcángel San Gabriel que pusiese la Hostia por detrás de la nuca, a media altura de su Divina Cabeza. Hecho esto, aparecieron sobre lo blanco de la Hostia tres rayos de luz, que brillaban, lo que confería un extraordinario realce, porque la aureola era de oro pulido y labrado con verdes y finísimas esmeraldas. El Niño Jesús, tomó un semblante majestuoso y un tanto triste, como reflejando el dolor que intensamente sufrían sus tiernos y Divinos Miembros. Mas, al mismo tiempo, se mostraba complacido en sufrir porque amaba tanto. De las heridas que le provocaba la corona de punzantes espinas salían gruesas gotas de Sangre que corrían por su frente; de sus manos, las heridas de los clavos también vertían Sangre, al igual que de sus pies, que pisaban el suelo de aquel monte. Pero no aparecían clavos, ni en las manos ni en los pies.

Su cabeza no se movía y permanecía un poco inclinada a la derecha, y sollozando decía: “No puedo hacer más por ti, para demostrarte mi Amor. Almas ingratas, no me paguéis con desprecio, sacrilegios y blasfemias, tanto amor y delicadeza de mi Corazón. Por lo menos vosotras, mis muy amadas y escogidas Esposas, sed mi consuelo en mis soledades eucarísticas, velad en mi compañía, lejos de vosotras el sueño de la indiferencia con relación a Dios que tanto os ama. Sed continuamente las heroínas de vuestra patria, en medio de las amarguras y funestos tiempos que sobrevendrán. Vuestra humilde, secreta y silenciosa oración, juntamente con vuestra penitencia voluntaria, la salvará de la destrucción adonde la conducen sus hijos ingratos, pues éstos, humillando y despreciando a los buenos, exaltarán y alabarán a los malos advenedizos satélites de Satanás.”

En torno a la cruz había un conjunto de arbustos de espinos con graciosas flores. El Niño Jesús estaba crucificado delante del gran macizo del Monte Pichincha.

Posteriormente, el Padre confesor mandó a Madre Mariana de Jesús que tratase con el Obispo, porque era necesario pintar cuadros de la mencionada visión que serían de gran provecho para los tiempos venideros, cuando el culto de Nuestra Señora del Buen Suceso sea propagado, y fuera conocido también el nombre de la religiosa favorecida con las visiones.

La Santísima Virgen le dice: “Esas estampas del Niño Jesús de Pichincha volarán por el mundo entero y a todos impresionará santamente, sin saberse en el transcurso de los tiempos su procedencia...”

Nuevos favores y revelaciones del Niño Jesús

Así llegó el año 1634, Madre Mariana de Jesús cumplía los setenta y un años de edad; su espíritu, entre tanto, se conservaba siempre joven, y su salud, ahora un poco quebrantada, no le impedía las penitencias, la observancia de la santa Regla y la vida austera. De las fundadoras quedaban en este destierro sólo ella y Madre Francisca de los Ángeles, que era más anciana que Madre Mariana de Jesús; las demás ya se habían ido santamente a la gloria eterna.

El día 2 de febrero de 1634, a medianoche, Madre Mariana de Jesús rezaba en el coro superior de su tan querido convento. Estaba profundamente impresionada por la visión de que el mal se introduciría en la Iglesia propagando la disipación y la voluntad propia, que conduce a tantos mortales a los infiernos. Temía que el mal ejemplo se extendiese como una peste mortífera y pedía que Dios le alargara la vida para luchar contra ese mal, si era esta su Voluntad. Poco después cayó en éxtasis, y vio abrirse el Sagrario e inundarse el recinto de una claridad celestial, trascendente a esta miserable y tenebrosa tierra, cerca de la cual la luz del sol era oscuridad.

Le fueron mostradas, también, todas las instituciones piadosas, congregaciones y comunidades religiosas que deberían fundarse hasta la consumación de los siglos, también las que se irían destruyendo, sea por la decadencia

de sus miembros, sea por el relajamiento resultante de la recepción indiscriminada de religiosos indignos, por su falta de correspondencia a la gracia. Y supo que no era la Voluntad de Dios alargar su vida.

Ella había visto anteriormente, el día de Corpus Christi, en siglos futuros, fervorosas procesiones públicas y solemnísimas del Santísimo Sacramento, con la participación de comunidades religiosas. Y vio la fe y la piedad de los fieles y se le mostró la complacencia con que Nuestro Señor recibía los homenajes. Esta visión describe exactamente la solemnidad de los cultos eucarísticos celebrados, por ejemplo, en Dublín a principios del siglo XX. Pero también le fue manifestada la furia de Satanás, y cómo trataría de derribar por tierra la sólida piedad cristiana, valiéndose de hijos ingratos que se pasaban al bando de Satanás, inscribiéndose en las logias. Y, que llegaría un tiempo de llanto y dolor para todos los hijos fieles de la Iglesia, que numéricamente serían pocos, con sus Prelados y Pastores. Se le mostró la viña de la Iglesia florida y hermosa, en la cual entrando el jabalí pestífero y horrible de la masonería, y la dejaría arrasada y en completa ruina.

Volvemos a la visión del día 2 de febrero de 1634. Esta vez, tuvo conocimiento y se dio cuenta exacta e inequívoca de los tiempos funestos que atravesarían la Iglesia y el mundo, sobre todo a mediados del siglo XX. En 1959 fue anunciado el Vaticano II, que se llevó a cabo de 1962 a 1965. Fue nefasto para la Iglesia y el mundo, pues, por medio de manipulaciones, los enemigos de Dios infiltrados en la jerarquía eclesiástica pervirtieron sus fines, transformándolo en conciliábulo.



Fue manifestado a Madre Mariana de Jesús, que el Poder Divino y el amor de Nuestra Señora podrían mantener la fundación y el convento, si se elevasen al Cielo las oraciones de las almas religiosas justas que en ese período, como en todos, existirán... Como siempre, la Santísima Virgen le habla de la situación de ese momento para el convento en esa colonia española, pero su palabra celestial se dirige a todos sus hijos de todos los tiempos, especialísimamente a sus hijos del siglo XX, que es objeto de las oraciones y penitencias de Madre Mariana de Jesús, a pedido de la Virgen María.

Nuestra Señora tomó entonces la palabra y le dijo: “Hija querida y predilecta de mis amores,... Hoy que la Santa Iglesia celebra el Misterio de mi Purificación en el Templo y la Presentación de mi Divino Niño, quiero ponerlo en tus brazos...” Y estrechando la Virgen Inmaculada al Divino Niño contra su Corazón virginal, lo puso complacida en brazos de Madre Mariana de Jesús, que lo recibió con presteza inimaginable y gozo inefable.

El Niño Jesús en los brazos de Madre Mariana de Jesús, la acaricia y da testimonio de ella, diciéndole: “Mi Esposa querida, ¡cómo eres de hermosa a mis ojos! En tu larga vida solamente Yo fui tu único amor, amaste la Cruz como Yo la amé, y la cargaste en paz, haciendo de ella tu tesoro y tu riqueza. Justo es que, luego de esto, te dé en el Cielo el gozo eterno que tengo preparado para mis elegidos que me siguieron muy de cerca...”

“Esta Iglesia tan querida, la conservaré hasta la consumación de los siglos. Ella será fuertemente combatida, pero jamás vencida, porque si faltaren hombres, traeré del Cielo legiones de Ángeles para su conservación, hasta su triunfo.

En épocas funestas, Yo la gobernaré a mi gusto y Voluntad, por medio de mis Vicarios en la tierra... Al Papa deben obedecer y reconocer como mi representante en la tierra, a él deben prestar obediencia ciega; bendito será de mi Padre Celestial y reinará conmigo en el Cielo.”

“El Dogma de Fe de la Inmaculada Concepción de mi Madre, será proclamado cuando más combatida esté la Iglesia, y se encuentre cautivo mi Vicario.”

Y la Santísima Virgen, bajo la advocación del Buen Suceso, en su aparición del 8 de diciembre de 1634 a Santa Mariana, agregó: “La Infalibilidad Pontificia será declarada Dogma de Fe por el Papa que es destinado a declarar Dogma el Misterio de mi Inmaculada Concepción, quien será perseguido y encarcelado en el Vaticano, por la injusta usurpación de los Estados Pontificios, por la maldad, envidia y avaricia de un monarca terreno.”

En 1848, debido a la invasión de Roma por las tropas revolucionarias, el Papa San Pío IX Magno tuvo que refugiarse en Gaeta. En medio de la tormenta y ante un mundo ya decidido a alejarse de Dios, proclamó, el 8 de diciembre de 1854, el Dogma de la Inmaculada Concepción. Este mismo Vicario de Cristo, que había definido el Dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, declaró en 1870 el Dogma de la Infalibilidad Papal, cumpliéndose así también la predicción de Nuestra Señora.

Continuó después el Niño Jesús, aquel 2 de febrero de 1634, diciéndole a Santa Mariana: “Del mismo modo [será declarado] el Dogma de Fe del Tránsito y Asunción en cuerpo y alma a los Cielos de mi Madre Santísima... Esto me da mucha alegría, porque es un acto de reconocimiento a mi Poder y a mi Amor de Hijo a la Inmaculada Virgen Madre...” El 1 de noviembre de 1950, el Papa San Pío XII Magno proclamó como dogma de Fe “que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue Asunta en Cuerpo y Alma a la Gloria Celestial.”

“Ya para ti se termina el destierro; de aquí a un año estarás en el Cielo, pues cerrarás tus ojos a la luz material para abrirlos a la Luz eterna, el día 16 de enero del próximo año.” Efectivamente, el 16 de enero de 1635, como Jesús le anunció, murió Santa Mariana de Jesús Torres.



“Quiero que sepas y transmitas a tus sucesoras – como tradición – que la devoción al Niño Jesús será siempre, en todo conflicto, la salvaguardia del convento. Si faltara esta devoción, desaparecerá el bello espíritu de infancia espiritual en el que se complace mi Padre Celestial. Mientras él exista, no habrá poder humano capaz de destruir este convento mío, tan querido. ¡Felices, mil veces, las almas religiosas que... me amen y me den culto! Yo las llenaré de luces y gracias para que sus almas sean preciosas ante mi Padre Celestial y la Santísima Trinidad, en ellas nos deleitaremos. Yo las asistiré en la última agonía, y volveré suave su Juicio, menor el tiempo de su purificación y grande el grado de Gloria que tuvieren en el Cielo.”

Así terminó esta maravillosa visión del Niño Jesús a esta santa abadesa concepcionista.

Cruciales mensajes sobre la Iglesia y la humanidad en los siglos XX y XXI

El mismo día 2 de febrero de 1634, a las tres de la madrugada, Madre Mariana de Jesús oraba en el coro alto del convento; en eso vio que la lamparita que ardía delante de Jesús Sacramentado se apagó, quedando el Altar Mayor a oscuras. Madre Mariana quiso levantarse, para encender una vela que sustituyese a la lámpara, pero cayó en éxtasis. Vio una Luz Celestial que iluminó toda la iglesia y apareció la Reina de los Cielos, que, encendiendo la lamparita, se puso delante de ella diciendo: “Hija querida

de mi Corazón, soy María del Buen Suceso, tu Madre y Protectora...”

A continuación Nuestra Señora le explicó el significado de haberse apagado la lámpara.

Primer significado: La propagación de herejías en los siglos XIX y XX.

“El primer significado es que al fin del siglo XIX, y hacia buena parte del XX, varias herejías se propagarán en estas tierras... y reinando ellas se apagará la luz preciosa de la Fe, por la total corrupción de costumbres. En ese período habrá grandes calamidades físicas y morales, públicas y privadas. El pequeño número de almas que conservará oculto el tesoro de la Fe y de las virtudes, sufrirá un cruel, indecible y prolongado martirio. Muchas de ellas descenderán a la tumba por la violencia del sufrimiento y serán contadas como mártires... Para la liberación de la esclavitud de estas herejías, aquellos a quienes el Amor Misericordioso de mi Hijo Santísimo destinará para la restauración, necesitarán gran fuerza de voluntad, constancia, valor y mucha confianza en Dios. Para poner a prueba esta fe y confianza de los justos, habrá ocasiones en que todo parecerá perdido y paralizado. Será, entonces, el feliz principio de la restauración completa.” La fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, el 23 de diciembre de 1975 aparece admirablemente señalada por la Santísima Virgen, como ‘el feliz principio de la restauración completa’ ocurrida ‘hacia buena parte del siglo XX’.

Segundo significado: La catástrofe espiritual en la Iglesia.

“El segundo significado es que mi comunidad, ya con reducido número de personas, será sumergida en un mar de insondables e indecibles amarguras, y parecerá ahogarse en estas tribulaciones. ¡Cuántas vocaciones auténticas perecerán por falta de discreción, tino y prudencia de parte de las maestras de novicias! Ellas deberían ser almas de oración y conocedoras de las diversas vías del espíritu. Mas, ¡ay de aquellas almas que volverán a la Babilonia del mundo, después de haber estado en el puerto seguro de este bendito monasterio!

En estos aciagos tiempos, aun en éste mi huerto cerrado entrará la injusticia, la que revestida con el nombre de falsa caridad, hará estragos en las almas. El demonio, envidioso, procurará sembrar la discordia valiéndose de miembros podridos que, revestidos con el aparente ropaje de las virtudes, no serán sino sepulcros blanqueados de quienes saliendo la pestilencia de la putrefacción en unos causará la muerte moral, en otros la tibieza y languidez, y en mis fieles hijos, en mis almas ocultas, clavarán una espada de dos filos, la que les causará un continuo y lento martirio. Ellos llorarán en secreto,... pidiendo a Nuestro Padre Celestial que por amor al Divino Prisionero acorte tan aciagos tiempos.”

Tercer significado: La impureza dominará el mundo.

“El tercer motivo es, porque en esos tiempos estará la atmósfera saturada del espíritu de impureza, que a manera de un mar inmundo correrá por las calles, plazas y sitios públicos con una libertad asombrosa, de manera que casi no habrá en el mundo almas vírgenes. La delicada flor de la virginidad, lucirá lejos refugiándose en los claustros. En ellos encontrará terreno adecuado para crecer, desarrollarse y vivir, siendo su aroma el encanto de mi Hijo Santísimo y el pararrayo que detenga la Ira Divina. Sin virginidad, sería necesario que sobre estas tierras cayese fuego del Cielo para purificarlas.

El envidioso y pestífero demonio intentará, en su maliciosa soberbia, introducirse en estos huertos cerrados de los claustros religiosos, para hacer marchitar esta hermosa y delicada flor, mas Yo le haré frente y destruiré su

cabeza, poniéndola bajo mis pies. Mas, ¡ay dolor! Habrá almas incautas que voluntariamente se entregarán a sus garras, y otras, volviéndose al mundo, serán instrumentos del diablo para perder almas.”

Cuarto significado: La corrupción de la inocencia infantil.

“El cuarto motivo es que habiéndose apoderado la masonería de todas las clases sociales, tendrá tanta sutileza para introducirse en los hogares, que, perdiendo a la niñez, se gloriará el demonio de alimentarse con el exquisito manjar de los corazones de los niños. En esos aciagos tiempos, apenas se encontrará inocencia infantil, de esta manera se irán perdiendo las vocaciones al Sacerdocio; será una verdadera calamidad...”

Incluimos aquí parte del mensaje del 21 de enero de 1610, en el que la Santísima Virgen detalla la profundidad de la crisis espiritual del siglo XX y el satánico ataque contra los Sacramentos: “Además habrá en esos infelices tiempos un lujo desenfrenado, que conquistará a las almas frívolas. Casi no se encontrará inocencia en los niños ni pudor en las mujeres y, en esa suprema necesidad de la Iglesia, callará quien debería hablar a tiempo. La Iglesia será atacada por la secta masónica... Difícilmente recibirán los niños el Sacramento del Bautismo y el de la Confirmación. Lo mismo sucederá con la Sagrada Comunión... ¡Habrá muchos sacrilegios públicos y ocultos, profanaciones de la Sagrada Eucaristía! ... Por este tiempo el Sacramento de la Extremaunción será poco considerado, porque faltará el espíritu cristiano. Muchas personas morirán sin recibirlo, por descuido o negligencia de sus familias o por un falso sentimiento de afecto para con sus enfermos; otros, también, por contrariar el espíritu de la Iglesia Católica, empujados por el maldito demonio, privando de esta manera a las almas de innumerables gracias, consuelos y fuerzas para dar el gran salto del tiempo a la eternidad. Con todo, algunas personas morirán sin recibirlo, por justos y secretos castigos de Dios... En cuanto al Sacramento del Matrimonio, que simboliza la unión de Cristo con la Iglesia, será atacado y profanado en toda la extensión de la palabra. La masonería, que en aquel tiempo estará en el poder, impondrá leyes inicuas con el fin de extinguir este Sacramento, facilitando a todos el vivir en el pecado, generalizándose la procreación de hijos mal nacidos, sin la bendición de la Iglesia. Irá decayendo rápidamente el espíritu cristiano; se apagará la luz preciosa de la Fe hasta llegar a una casi total y general corrupción de las costumbres. Así aumentarán los efectos de la educación laica, y por esto no habrá vocaciones sacerdotales y religiosas. El Sacramento del Orden Sacerdotal será ridiculizado, oprimido y despreciado, porque al atacar este Sacramento se oprime y denigra a la Iglesia de Dios y a Dios mismo...” Entonces fue cuando Nuestra Señora del Buen Suceso señaló a Santa Mariana: “Este aparente triunfo de Satanás atraerá sufrimientos enormes a los Buenos Pastores de la Iglesia y a la excelente mayoría de los buenos Sacerdotes y al Pastor Supremo y Vicario de Cristo en la tierra, que, prisionero en el Vaticano, derramará secretas y amargas lágrimas.”

El mensaje que esta santa religiosa recibió el 2 de febrero de 1634 continúa y dice: “... Habrá [en este tiempo también] santos Ministros del Altar, almas ocultas y bellas en quienes mi Hijo Santísimo y Yo nos recrearemos con las exquisitas flores y frutos de santidad heroica, a quienes los impíos harán cruda guerra llenándoles de vituperios, calumnias y vejaciones para impedirles el cumplimiento de su Ministerio. Ellos, como firmísimas columnas, permanecerán inmovibles, haciendo frente a todo, con ese espíritu de humildad y sacrificio del que serán revestidos en virtud de los infinitos méritos de mi Hijo Santísimo, que los ama como a las fibras más delicadas de su Santísimo y tiernísimo Corazón. En el clero secular, habrá en esa época mucho que desear, porque los Sacerdotes se descuidarán de su sagrado deber; perdiendo la brújula divina se desviarán del camino trazado por Dios para el Ministerio Sacerdotal y se apegarán al dinero, en cuya obtención pondrán demasiado empeño. Entonces padecerá esta Iglesia la noche oscura de la falta de un Prelado y Padre que vele con amor paterno, con suavidad, fortaleza, tino y prudencia. Muchos de ellos perderán su espíritu, poniendo en gran peligro sus almas.

Ora con insistencia, clama sin cansarte y llora con lágrimas amargas, pidiendo a Nuestro Padre Celestial que por Amor al Corazón Eucarístico de mi Santísimo Hijo, por la Preciosísima Sangre vertida con tanta generosidad y por las amarguras y dolores de su acerba Pasión y Muerte, Él se compadezca de sus Ministros y ponga término, cuanto antes, a tiempos tan nefastos, enviando a esta Iglesia al prelado que deberá restaurar el espíritu de sus Sacerdotes. A este hijo mío muy querido le amamos, mi Hijo Santísimo y Yo, con amor de predilección, pues, lo dotaremos de una capacidad singular, de humildad de corazón, de docilidad a las divinas inspiraciones, de fortaleza para defender los derechos de la Iglesia y de un corazón tierno y compasivo, para que, cual otro Cristo, atienda al grande y al pequeño, sin despreciar a los más desafortunados, y que les dé luz y consuelo en sus dudas y amarguras. Y para que, con suavidad divina, guíe las almas consagradas al servicio de Dios en los claustros, sin hacerles pesado el yugo del Señor, que dice: ‘Mi yugo es suave y mi carga ligera.’ En su mano pondré la Balanza del Santuario para que todo se haga con peso y medida, y Dios sea glorificado. La tibieza de todas las almas consagradas a Dios en el estado Sacerdotal y religioso retrasará la llegada de este prelado y Padre.” En medio del caos espiritual, anuncia al ‘prelado que deberá restaurar el espíritu de sus Sacerdotes’ refiriéndose a Clemente Domínguez y Gómez, Padre fundador de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, fiel y amado hijo suyo, de quien después dice: ‘en su mano pondré la Balanza del Santuario’, es decir, que en su momento recibiría el Papado de la Iglesia Universal.

En un mensaje anterior, que su biógrafo pone sin fecha, dice la Santísima Virgen refiriéndose también a este periodo: “Tiempos funestos sobrevendrán, en los que, apagando la propia claridad, aquellos que deberían defender en justicia los derechos de la Iglesia, sin temor servil ni respeto humano, darán la mano a los enemigos de la Iglesia para hacer lo que éstos quisieren.” Esta profecía se ha cumplido a lo largo de los siglos desgraciadamente en más de una ocasión, como en la apostasía de muchas almas religiosas, cuando la Sede Apostólica se encontraba aun en Roma.

Sigue Nuestra Señora dándole a conocer las terribles amarguras que conocería la Iglesia de Dios: “Pero, ¡ay del error del sabio, el que gobierna la Iglesia, del Pastor del redil que mi Hijo Santísimo confió a sus cuidados! Mas, ... cuando la autoridad abuse de su poder cometiendo injusticias y oprimiendo a los débiles, está próxima su ruina. ¡Caerán por tierra!” Asombrosamente, en el Apocalipsis de San Juan, cuando dice en el quinto sello, “Yo, Juan Apóstol, vi que se desprendió del cielo un gran astro, cuyo nombre es Ajenjo, el cual ardía como una tea. Él cayó sobre la Tierra...”, se simboliza entre otras cosas, la tercera guerra mundial, la apostasía de la iglesia romana... Cuando dice ‘Él cayó sobre la Tierra’, es similar al mensaje de Santa Mariana, cuando dice ‘caerán por tierra’.

Entonces anuncia el resurgimiento de la Iglesia y el Papado de Pedro III: “Y alegre y triunfante, cual tierna niña, resurgirá la Iglesia y se adormecerá blandamente en brazos del hábil corazón maternal de mi hijo elegido, muy querido de aquellos tiempos, el cual dócilmente prestará oído a las inspiraciones de la gracia, siendo una de ellas la lectura de las grandes misericordias que mi Hijo Santísimo y Yo hemos usado contigo, lo hemos llenado de gracias y dones muy particulares, lo haremos grande en la tierra y más aún en el Cielo, donde le hemos reservado un asiento muy precioso, porque sin temor a los hombres combatió por la verdad y defendió impertérrito los derechos de su Iglesia, por lo que bien lo podemos llamar mártir.” El lema de Su Santidad Pedro III, de Glória Ecclesiæ, alude precisamente al resurgimiento de la Iglesia; en su Papado le ha correspondido defender la Santa Iglesia de Dios, incluso en los tribunales civiles; durante su Pontificado comenzaron las llamadas públicas a la humanidad, todavía sumida en la corrupción y en el pecado; y en su Papado serán dadas a conocer las gracias recibidas por Santa Mariana de Jesús Torres, por él solemnemente canonizada.

Volvemos a la visión del 2 de febrero de 1634. Nuestra Madre continúa hablando de la terrible corrupción en la que se halla la humanidad: “Para disipar esta nube negra, que impide a la Iglesia gozar el claro día de libertad, habrá una guerra formidable y espantosa en la que correrá sangre de nacionales y extranjeros, de Sacerdotes seculares y regulares, y también de religiosas. Esta noche será terriblemente horrorosa, porque, humanamente, el mal parecerá triunfar.

Será llegada, entonces, la hora en que Yo de forma maravillosa destronaré al soberbio y maldito Satanás, colocándolo debajo de mis pies y sepultándolo en el abismo infernal. Así la Iglesia y la Patria estarán por fin libres de su cruel tiranía.”

La Santísima Virgen promete también el triunfo final, como en Fátima, el buen suceso de la restauración moral de la humanidad. Cabe pensar que con la fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, se anunció el buen suceso del siglo XX, que fue la purificación de la Iglesia Católica, y que marcaría el comienzo de la Era de María, la cual culminará con el buen suceso del triunfo final, cuando Ella venga como Precursora de Nuestro Señor Jesucristo en su gloriosa Segunda Venida.

Quinto y último significado: La indiferencia de los ricos frente a la Iglesia oprimida.

“El quinto motivo de que se haya apagado la lámpara se debe a la dejadez, al descuido de las personas que poseyendo cuantiosas riquezas, verán con indiferencia a la Iglesia oprimida, perseguida la virtud, triunfante la maldad, sin emplear santamente sus riquezas en la destrucción del mal y la restauración de la fe, y a esa indiferencia del pueblo en dejar que poco a poco se borre el Nombre de Dios, adhiriéndose al espíritu del mal, entregándose con libertad a los vicios y pasiones. ¡Ay, querida mía! Si te fuese dado vivir en esa temerosa época, morirías de dolor... Tal es el amor que mi Hijo Santísimo y Yo tenemos a estas tierras, heredad nuestra, que queremos desde ahora la aplicación de tus sacrificios y oraciones para acortar el tiempo de duración de tan terrible catástrofe.”

Madre Mariana supo de la gran cantidad de almas que se perderían en esos tiempos y quedó sin sentido; así la encontraron sus Hermanas cuando llegaron a rezar a las cuatro de la mañana. Fue llevada a su celda y trataron de reanimarla, pero sin resultado. También llamaron al médico, pero todo fue inútil, ella no reaccionaba ni respondía cuando la llamaban. Así pasó dos días. El 5 de febrero se incorporó en su lecho, levantó sus hermosos ojos hacia la Madre abadesa y agradeció todas las atenciones recibidas. Eran las cinco de la mañana. Su corazón estaba gravemente afectado. La Madre enfermera quiso saber qué le había pasado. “Hija”, le respondió Madre Mariana, “los designios del Señor sobre sus criaturas son inescrutables y profundos, ellos abarcan todos los tiempos. Pide, hija mía, no sólo para el tiempo presente, sino más por el futuro. ¡Ay, si supieras las amarguras profundas que tienen que apurar, en amargo cáliz, nuestras pobres sucesoras...! Sus futuras lágrimas caen en mi corazón y lloro con ellas...”

Por ese tiempo, Madre Francisca de los Ángeles murió santamente y las religiosas veían que la vida natural de Madre Mariana de Jesús declinaba poco a poco. Se preocupaban pensando que la existencia del convento se vería amenazada. Ella les dijo: “Hijas de mi corazón, ... cuando en el plano humano hubiere llegado la extinción de la

Orden, después de purificar los espíritus en el siglo XX, traeremos jóvenes aptas para la nueva fundación.” Profecía de la llegada de vocaciones religiosas a la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en la Iglesia Palmariana. Más adelante, con ocasión de su testamento, Madre Mariana de Jesús reveló otra profecía a sus religiosas: “Sabed, hijas queridas, que el Señor quiere glorificar a vuestra Madre [refiriéndose a ella misma], subiéndole al honor de los Altares, y cuando esto suceda, ya mis conventos serán lo que deben ser y lo que Dios quiere de ellos...”

Otras visiones y revelaciones

Visión de la Santísima Trinidad; Jesús enaltece a su Santísima Madre

El día 10 de agosto del año 1634, a las tres de la mañana, Madre Mariana de Jesús oraba en el coro alto de su convento, cuando vio una luz bellísima que salió del Sagrario y se inflamó su corazón, cayendo en éxtasis y encendiéndole más en las abrasadoras llamas del Divino Amor, lo cual no hubiera podido soportar con los sentidos corporales, porque el corazón humano no posee tanta fortaleza para incendios tales. Entonces vio cómo en la Hostia Consagrada estaban las Tres Divinas Personas, realmente distintas y cómo eran un sólo Dios Verdadero...

Después se le manifestó el Verbo Eterno Humanado siendo Dios y Hombre al mismo tiempo por la unión hipostática. Jesús le reveló a Madre Mariana detalles de la vida de su Santísima Madre, quien debía vivir con los Santos Joaquín y Ana, sus padres, sólo tres años para honrar el misterio de la Santísima Trinidad, al cabo de los cuales, generosa y valiente, esta hermosa y celestial Niña dejaría el hogar paterno, el mundo en que vivía y se acogería a vivir en las soledades del Templo, siendo desde este momento de su santa vida, el modelo de las doncellas llamadas por Dios a la vida religiosa. También le reveló la vida de grandes sacrificios, penalidades y los sufrimientos que tuvo su Santísima Madre en el Templo con las criaturas, por permisión divina, y las virtudes sublimes y heroicas que Ella poseía, a las que ningún mortal podría llegar, y ni todos los Santos juntos podrían asemejarsele, pudiendo ser imitadores de su Santa Madre, mas igualarse jamás.

Visión del Purgatorio

El 2 de noviembre de 1634, Madre Mariana oraba desde la medianoche, y con humildes, a la vez que exigentes oraciones, pedía al tiernísimo Corazón de su Divino Esposo, que aliviase las penas de las Benditas Almas que estaban purificándose en el lugar de expiación, y que a un número considerable de ellas las llevara por fin al Cielo. Con este fin pasó toda la noche en oración y austera penitencia. A las cuatro de la mañana dio principio al rezo del oficio en honor de la Santísima Virgen con su comunidad, y durante la oración, sin dejar de rezar, le hizo ver el Señor las penas de las Benditas Almas del purgatorio.

Vio las penas de daño y sentido que padecían los Sacerdotes y las almas religiosas en mayor intensidad y profundidad que los seglares del mundo, manifestándole al mismo tiempo que la Justicia Divina era así glorificada, porque a los primeros da más luces, gracias e inspiraciones por la sublimidad de su vocación sacerdotal y religiosa y que por lo tanto “a quien mucho fue dado, mucho le será exigido”, y a los segundos menos, porque la vida secular tiene sus gracias sublimes pero nada semejante al estado perfecto.

Conoció las particulares penas de las almas de los Sacerdotes que, siendo religiosos, dejaron sus conventos y se afiliaron al clero secular, sólo y tan solo por no estar firmes en la sólida humildad; única virtud que sostiene a frailes y monjas en la vida religiosa. Lo demás son vanos pretextos conformes a las máximas del mundo, perdiendo para la eternidad muchísimos grados de gloria. También le fue revelado el número de Sacerdotes que habían de condenarse, unos por apostasía, y otros porque, degradándose de su divina vocación, se mancharían y morirían en pecado. Vio también el Purgatorio y la menguada gloria de esta clase de Sacerdotes, que se arrepintieron, enmendaron su vida y se salvaron.

Todo esto constituyó para esta alma seráfica un profundo y amargo penar; nueva espina que Jesús clavó en el corazón de esta alma grande, para que con su dolor constante, desagradiase al Señor por los pecados de sus Ministros y almas religiosas. Pero la Infinita Misericordia de Dios, compadecida del dolor de su amada Esposa, también le dio a conocer cómo su Divina Providencia daría a todos un ejemplo de referencia, un modelo por el que se podrían guiar. En la visión del 8 de diciembre de aquel mismo año 1634, la Santísima Virgen le dijo, entre otras cosas: “Los Sacerdotes desde el siglo XIX deberán amar con toda su alma a San Juan Bautista María Vianney, un siervo mío, que la Bondad Divina prepara para hacer un regalo con él en esos siglos, dándoles un ejemplar modelo de abnegado Sacerdote. No será de familia noble, para que el mundo sepa y entienda que en el aprecio de Dios no hay otra preferencia sino la virtud profunda. Ese siervo mío, que como te dije, vendrá al mundo al finalizar el siglo XVIII, me amará con todo su corazón, y en su vida pastoral me obsequiará con su oración y enseñando a sus compañeros a conocerme y a amarme...” Con nombre y apellido, en esta profecía, más de ciento cincuenta años antes de que naciera, señaló al Santo Cura de Ars, San Juan Bautista María Vianney (8-5-1786 al 4-8-1859). Fue beatificado por el Papa San Pío X Magno en 1905, y canonizado por el Papa San Pío XI Magno. Su Santidad el Papa Pedro III lo declaró Doctor de la Iglesia, Magno y Patrón de los Sacerdotes en 2017.

Consejos y pensamientos de Santa Mariana de Jesús

Para la Novena de la Navidad del Señor del año 1634, Madre Mariana llamó a todas sus religiosas y les encareció la devoción al Niño Jesús, porque en esta devoción, les dijo, se encuentra la garantía de la conservación

del monasterio. Y finalmente las exhortó a adornar el nacimiento principalmente con el fervor de sus corazones: “¡Oh, hijas mías, amad al Niño Jesús y vivid siempre en la infancia espiritual!”

El día del Año Nuevo de 1635 repartió gustosa a sus monjas ropa nueva, diciéndoles que así deben cada año vestir las Esposas de Jesucristo: vestir sus almas con nuevas virtudes para agradar al Celestial Esposo quien quiere y ansía corazones renovados por el amor y la mortificación. “Tened paciencia y ofreced a Jesús la flor de la resignación, tan hermosa y tan del agrado del Celestial Esposo. ¡Cuánto vale un alma resignada al Divino Beneplácito!” Les enseñó la manera de ofrendar al Divino Niño el Oro del Amor, el Incienso de la Oración y la Mirra de la Mortificación incesante y de la voluntaria penitencia, pero ésta con conocimiento y bendición del Padre confesor, para que sea meritoria y agradable al Señor. Y añadió: “¡Ay, hijitas mías, cuán necesaria es la santa penitencia para las religiosas! Ya para precaver enfermedades del alma como la tibieza, cuyo microbio penetra sin sentirlo, ya para convertir pecadores y salvar esas almas hermanas que valen tanto como las nuestras. ¡Amad la santa penitencia y haced de ella vuestra virtud favorita, porque ella es la joya y el adorno con el que se adereza la Esposa de Jesús, para aparecer siempre hermosa a su Divino Esposo, cuyo Santísimo Cuerpo fue destrozado por inhumanos corazones precisamente por salvar nuestras almas! Como religiosas debemos llevar siempre en nuestros cuerpos las insignias de la Cruz. En cualquier calamidad pública o privada, acudid a la santa penitencia, unida a la Dolorosa Pasión de Nuestro Divino Redentor, y veréis que se remedia más pronto de lo que podéis esperar. ¡Oh, cuán dulces y sabrosos son los frutos de la penitencia!”

Su vida era más y más fervorosa, como quien ya se despide de esta tierra de llanto y dolor y tiende su vuelo hacia la Patria Celestial, morada segura de paz y dicha inalterables. Sus Hermanas e hijas notaban en ella así como un algo de celestial alegría, como quien se prepara a partir muy presto. Cada una hacía continuas visitas al Prisionero de Amor, rogándole que revocara para ella la sentencia de muerte, y que dejase por más tiempo a la Esposa fiel que tanta gloria le daba con su santa vida y era el consuelo y consejera del convento y de la gente de la ciudad que acudía a ella. Estas plegarias no fueron oídas por estar aquel árbol ya cargado de flores y maduros frutos de santidad; debía ser transplantado por el Divino Jardinero a los jardines del Cielo para gloria de la Virgen Inmaculada.

Por mandato de Nuestra Señora del Buen Suceso, poco antes de morir, comenzó a escribir el testamento que dejó a sus Hijas y que, con sus últimas fuerzas, les leyó personalmente una hora y media antes de morir. De este precioso documento entresacamos algunos consejos sobre la vida religiosa, la práctica de la caridad – en el convento, con los pecadores y especialmente con las enfermas, que son almas muy queridas de Dios – porque refleja la belleza de esta noble alma, que se hizo toda para todos. Da asimismo valiosas reflexiones para las enfermas, que ayudan a sublimar los sufrimientos, dirigirlos a Dios y usarlos como moneda preciosa para la conversión de los pecadores. También incluimos las recomendaciones a las superiores y maestras de novicias, por ser observaciones válidas y útiles para los padres y madres de familia.

Escribió Madre Mariana de Jesús: “El Divino Maestro pendiente del afrentoso patíbulo de la Cruz, en el que expiraba entre dolores y tormentos casi infinitos, legó a su discípulo amado, y en él a la Iglesia, su Santísima Madre, diciéndole a Ella: ‘¡Mujer, he aquí a tu hijo!’”, y dirigiéndose al discípulo amado, le dijo: ‘¡He aquí a tu Madre!’ Apropriadome de esta cuarta Palabra de mi Esposo moribundo, yo, vuestra moribunda Madre, os digo, hijas mías de todos los tiempos hasta la consumación de los siglos: ‘Aquí tenéis a vuestra Madre del Cielo, a María Santísima del Buen Suceso, Ella os dará siempre buenos sucesos.’

Amad mucho a la Virgen Santísima, imitad sus virtudes, sobre todo su humildad profunda, su ardiente amor a Dios y a los pobres pecadores, su sencillez y su candor infantil. Que no haya dobleces ni hipocresías en vuestras almas; conservad y propagad su culto bajo la tierna advocación del Buen Suceso, que con ella conseguiréis cuanto pidáis a Jesús y a María.”

Consejos para la vida religiosa: “Mirad cómo procede la Divina Providencia: ¡Cómo congrega en los monasterios y conventos personas de distintos países, linajes y condiciones, junto con la diversidad de gracias espirituales, prendas físicas y morales! ¿Para qué esto? Para que así las felices almas a quienes Dios Nuestro Señor hermosea con el don gratuito y sublime de la vocación religiosa, ejerciten toda clase de virtudes y las hagan sólidas, hermanando el más puro amor a Dios con el de sus semejantes. Sólo cuando estén en el Cielo ellas conocerán en toda su grandeza el don que recibieron, porque aquí en la vida mortal ningún viador, por más santo y sabio que sea, tiene un entendimiento capaz de conocer cosas tan sublimes y grandes.

Faltando la oración y vida en común, falta todo; en tal caso, las religiosas son como soldados sin armas en lo más recio del combate. Recio es el combate de la vida presente y no basta vivir en los claustros para asegurar la salvación. Es absolutamente indispensable trabajar en el campo del espíritu, cumplir los santos votos y las austeridades de la vida monástica; ir quitando diariamente las malas hierbas que crecen en el alma sin sentirlo y sin quererlo, y esto se ve claro a través de la oración.

Acudid a Nuestra Señora del Buen Suceso en todas vuestras necesidades espirituales y temporales. Cuando vuestras almas se hallaren sufriendo tentaciones, amargas y si la estrella de la divina vocación, por permisión

divina, se esconde de la vista de vuestra alma, recurrid a Ella con confianza y decidle: ‘Estrella del mar turbulento de mi vida mortal, alúmbreme con tu luz para no errar el camino que me conduce al Cielo.’

Los mendigos, allá en el siglo, ¡cuánto carecen de lo muy necesario, cuánto! ¿Y yo en la vida religiosa habiendo hecho voto de pobreza, querré que nada me falte y que todas me adulen? ¡Oh, no, mil veces no! ¿Qué me dirá mi Celestial Esposo el último día de mi vida si yo no procuro asemejarme a Él llevando con paciente amor mis pequeños dolores, privaciones y carencias?”

La práctica de la Caridad: “El Apóstol del Amor, el preferido en el cariño de Jesús y de María, que bebió en las fuentes puras del Santísimo Corazón de Cristo Nuestro Señor, la hermosa y tan necesaria virtud de la caridad, cuando ya era anciano y sus discípulos lo llevaban apoyado en sus brazos para que les predicara e instruyera, no hablaba sino de la santa caridad. Cansados ya de oír siempre lo mismo sin variación de tema, le dijeron un día: ‘Maestro, ya nos cansa y fastidia oírte siempre la misma predicación; dinos y enséñanos otras cosas.’ Y con esa calma y sabiduría de un Santo que estaba poseído de Dios, les contestó: ‘Precepto es del Señor, y si esto lo guardáis, os basta. Hijitos míos, amaos los unos a los otros.’

Así yo, vuestra Madre, en mi ancianidad y en los momentos más sublimes en los que voy a dejar la vida mortal, haciendo mías estas palabras del Santo Apóstol Juan, os digo: ‘Hijitas mías de todos los tiempos, amaos las unas a las otras como Cristo ama a cada una, tanto en lo material como en lo espiritual; quered y procurad para vuestras Hermanas lo que para vosotras queréis; amaos como yo os amo. Sacrificaos por vuestras Hermanas y preferid a las demás sobre vuestra propia conveniencia.’”

En el convento: “Practicad, hijas queridas, la santa caridad entre vosotras; amaos las unas a las otras como cada una quisiera ser amada, guardaos mutuas consideraciones, prestaos esos pequeños servicios diarios que cautivan los corazones y los unen con el lazo indisoluble del santo amor fraterno; guardaos con esmerado cuidado de deciros jamás palabras hirientes, injuriosas, menospreciadoras; disimulaos las flaquezas propias de la vida mortal, teniendo presente que sólo los Ángeles y los Bienaventurados son impecables y que, para merecer muchos grados de gracia y de gloria, es menester saber llevar el genio y carácter de las Hermanas.”

Con los pecadores: “No olvidéis a los pobres pecadores, vuestros hermanos. Temblad ante el Juez Soberano si os desentendéis de un asunto tan vuestro como éste, porque el Divino Redentor y su Madre Santísima así me lo han manifestado en las repetidas y frecuentes apariciones que se han dignado hacerme. No seáis, pues, egoístas y tacañas con nuestro Buen Dios: olvidaos de vosotras mismas, interesaos por los pobres pecadores.

¡Oh, cuánto valen las palabras dulces e insistentes de una religiosa en el ánimo de los seglares! Muchas almas se han vuelto al Señor con estas reflexiones, a las que Dios, nuestro Amoroso Padre, da unción en las palabras de sus Esposas, y aun cuando no produzcan en el momento su efecto, van quedando grabadas con caracteres indelebles en el fondo del corazón de quienes las oyen. Repercute su eco en su soledad y nunca quedan sin fruto.

Si os encontráis con almas dóciles que pronto se vuelven a Dios, agradecedle a Dios tamaño favor; y si os encontráis con almas duras, a quienes parece imposible la conversión, entonces, más que nunca, redoblad vuestras plegarias y sacrificios, ofreced vuestros dolores, y sin dejar de insinuarles, esperad contra toda esperanza en el Amor Misericordioso que Dios tiene a las almas redimidas con su Sangre Redentora, y pedid e insistid en la conversión de los pecadores y la salvación de las almas, poniendo por intercesora a Nuestra Madre Santísima del Buen Suceso para que les dé feliz suceso, convirtiéndolas, dándoles la perseverancia y por fin salvándolas.

Vosotras, las contemplativas, amad a los pobres pecadores, reprobando el pecado, el desliz en vuestros hermanos, pero amad sus personas, amad sus almas, y en vuestra vida de continuo dolor no los olvidéis. No toméis parte en la vana palabrería de muchas personas que tratan de piedad y no se cuidan de refrenar sus lenguas, que cual espadas de dos filos despedazan a sus culpables hermanos, los pecadores, abriendo en sus almas heridas profundas, difíciles de cicatrizar durante la vida mortal, proviniendo de esto secretos odios y venganzas que ofenden y contristan al Corazón pacientísimo y caritativo de Nuestro Divino Maestro.

Ofreced por su conversión y vuelta a la casa paterna vuestras privaciones, dolores y sacrificios, teniendo en cuenta que si Dios Nuestro Señor no os tuviera de su mano, vosotras seríais peores que ellos, mucho más culpables y más escandalosas.

Vosotras sois apóstolas incógnitas para convertir almas con vuestra oración y sacrificio heroico. Lejos de vosotras el desprecio personal, los odios, las injurias, las venganzas, porque esto es propio sólo de almas mezquinas, sin ninguna virtud interior y penetradas de una soberbia secreta que les hace creerse buenas y mejores que aquellos hermanos extraviados. Junto con la insistente y humilde oración, en una religiosa debe permanecer la suavidad, la dulzura, la bondad, en el trato con los pecadores para ganarlos. ¡Oh, aprended a ser mansas y humildes de corazón como fue el Divino Maestro, modelo de los elegidos y en especial de las almas religiosas!”

A las enfermas: “Vosotras, queridas enfermas, hijas predilectas de Nuestro Divino Salvador, padeceréis dolores, enfermedades agudas, privaciones, sacrificios, amarguras, vergüenzas, carencia de cosas indispensables para vuestro estado de salud, añadiéndose la desolación y penas del espíritu. Cuando así os encontréis, levantad vuestros ojos al Cielo y, contemplando un momento el azulado o nublado firmamento, pensad: ‘Tras ese aire frío está mi amada Patria Celestial, allí me espera mi Divino Esposo, mi Madre Inmaculada, mi Madre fundadora, alma tan

sufrida y amada de Dios, y mis Madres de este convento que es antesala del Cielo. Desde el Reino Celestial tienen fijos en mí sus ojos para ver mi conducta en este tiempo de dura prueba en la que mi cuerpo y alma padecen lo indecible. Jesucristo, el Santo de los Santos, padeció mucho más que yo, y Él, inocente, yo culpable.’ Entonces elevad vuestro corazón al Cielo y rezad: ‘¡Oh Dios, cuántas traiciones e infidelidades en el tiempo que gocé de salud! ¡Qué Bueno eres! ¡Cómo me manifiestas tu Amor enviándome lo presente para con ello satisfacer y merecer, cuando en el Purgatorio tendría que satisfacer sin merecer nada! Pues Tú, Amor mío, padeciste muchísimo más que yo sólo por mi amor; yo acepto por tu Amor este cáliz tan amargo y quiero beberlo hasta el final para agradarte, asemejarme a Ti, darte pruebas de mi amor, satisfacer y merecer por mis desvíos e ingratitudes; para irme, cuanto antes, a gozar en el Cielo sin pasar por el Purgatorio, porque me es duro estar separada de Ti por más tiempo. Ya en la vida mortal misma es cruel esta separación y ansío el momento en el que, desatándose mi alma de las ligaduras de la mortalidad, pueda tender ligero mi vuelo hacia la dichosa eternidad y allí darte el abrazo eterno, perdiéndome en tu Divina Inmensidad como se pierde una gota de rocío en el océano. Como frágil y débil criatura, sin virtud ninguna, ya naufraga la débil barquilla de mi alma en el tormentoso mar de mis penas; dame fuerza, valor y constancia para hacer frente a todo con ánimo varonil, teniendo en cuenta que el Reino de los Cielos se conquista con violencia. Este tiempo actual ya pasará, todo terminará y de mí no quedará memoria. A la eternidad sólo llevaré mis buenas o malas obras, y presentándome en el tremendo tribunal recibiré sentencia favorable o desfavorable, según ellas. ¡Oh, Dios de mis amores, no permitas que tu pequeña y pobre criatura reciba sentencia desfavorable de Cristo!’

Para evitar ser además enfermas del alma, os prescribo que jamás dejéis la oración mental, la mortificación interna sin interrupción, y la externa siempre que podáis, porque jamás debe la Esposa de Jesús vivir sin castigar su cuerpo. Fuera de esto, sed humildes, pacíficas, pacientes, tolerantes en el tiempo de enfermedad, teniendo en cuenta que ella es el termómetro que marca con toda verdad la virtud de una religiosa y el grado de amor a Dios, porque aun cuando dijerais: ¡Dios mío, os amo!, no sería creíble si no diereis las pruebas inequívocas de amor, que se dan con preferencia en el tiempo de la enfermedad, cuando la criatura vive penetrada del dolor. Aceptad con ánimo sereno y tranquilo vuestros grandes padecimientos, sonreíd al dolor, obedeced con la docilidad, el candor y la sencillez de un niño al médico que Dios os provea; yo misma desde el Cielo veré quiénes os asistan para curar vuestras dolencias. Edificadles con vuestra conducta irreprochable, con vuestras sólidas virtudes, con vuestra paciencia heroica, manifestando vuestro íntimo amor a Dios y hablándoles siempre de la nada de las cosas de la tierra en la que todo es transitorio y que todas las criaturas, hechuras de Dios, deben servirlo y amarlo para gozarlo en el Cielo, siendo la eterna salvación el único negocio por el cual todas las criaturas deben trabajar incansables. Habladles de la eternidad feliz y de la desgraciada, del valor de una sola alma.

¡Oh, amad la penitencia! Ella es un antídoto contra las malas pasiones y aun saludable al cuerpo; no debe faltar a una fervorosa religiosa, a un alma que desprendida de todo, y aun de sí misma, vive considerándose desterrada en el árido desierto de la vida mortal y caminando presurosa al Cielo. Esto vale aun para mis hijas enfermas que no tengan alguna gravedad, porque la religiosa enferma no deja de ser religiosa y está en el estricto deber de cumplir sus obligaciones monásticas en la medida de sus fuerzas.

Con las enfermeras sed dóciles, asequibles, blandas, cariñosas y agradecidas. Si alguna vez os faltare asistencia por parte de ellas, si se olvidan de daros los medicamentos (que serán muchas veces por permitirlo el Señor para probar vuestro paciente amor a Él), si os regañan y si os muestran cansancio y ceño fruncido, ¡oh, elevad vuestros sufridos corazones a vuestro Dios y llevadlo en silencio por amor a Él! Disimuladlo todo como si no os dieseis cuenta de ello, y decid interiormente: ‘Mi Hermana tiene razón, porque una larga y penosa enfermedad cansa y sólo la heroica caridad puede tolerarme.’

¡Santificad vuestra vida de enfermedad, no seáis pretenciosas queriendo que todas os sirvan sin faltaros nada ni nadie! No seáis gravosas mortificando a las enfermeras con quejas, exigencias y mal genios, exagerando vuestras dolencias, resistiéndoo a tomar las medicinas prescritas. Tened en cuenta que las enfermeras sufren, más aún que las mismas enfermas, porque poniendo todo su esmero para curarlas no consiguen su deseo, siendo éste un sufrimiento secreto para ellas, un continuo dardo que les traspasa el corazón. ¡Sólo Dios es el único testigo de las privaciones, sacrificios, vencimientos y amarguras de las enfermeras, quienes no tienen otro recurso que Dios, su Madre Santísima y sus santos protectores! Las enfermeras se sacrifican por vosotras, sufren y lloran a solas con su Dios. Amadlas como a vuestras tiernas Madres, manifestadles confianza y cariño, que esto será para ellas la mejor paga que podéis darles por los solícitos cuidados que os prestan. Sed agradecidas y jamás murmuréis, no os quejéis de ellas. Sabed que la ingratitud le disgusta muchísimo al Corazón Santísimo de vuestro Divino Esposo, quien desea ver en sus Esposas enfermas una fiel copia de Él mismo. Miradlo en su dolorosísima Pasión, estudiadlo en vuestra oración, penetrad en ese sufrido y atormentado Corazón y veréis un modelo de humildad, paciencia, tolerancia, silencio y generosidad heroica.

A semejanza del Maestro Divino, que próximo a exhalar su último suspiro nos dio por Madre a la suya, y nos encomendó a Ella en la persona de San Juan, el discípulo amado, vosotras en el abismo de dolores en que os veáis sumidas, olvidándoos de vosotras mismas, a imitación del Amor Crucificado, dad a vuestros hermanos, los

pecadores, vuestros padecimientos poniéndolos en manos de María Santísima del Buen Suceso, nuestra tierna Madre.

De esta manera, enfermas queridas, pasaréis con provecho y mérito los días amargos de vuestra enfermedad, daréis almas a Jesucristo, quien complacido de vosotras os sonreirá desde el Cielo, os llenará de aquellos íntimos y dulces consuelos, con los cuales sólo Dios sabe regalar a sus almas queridas y unidas a Él, que padecen clavadas con Él en una misma Cruz. Lo tendréis siempre propicio a oír vuestras peticiones, a remediar vuestras necesidades y las de las almas a vosotras encomendadas, y cumpliendo vuestra misión en la tierra cerraréis tranquilas y gustosas vuestros ojos a la luz material para abrirlos a la luz eterna. Y una vez en la eternidad, si Purgatorio tenéis, será muy corto, porque ya lo tuvisteis en vuestra vida de sacrificio, de dolor prolongado. Las religiosas en general, y las enfermas durante la enfermedad, tienen obligación de conciencia de dar buen ejemplo sufriendo con paciencia y paz inalterables ese cúmulo de dolores y amarguras. Lejos, pues, de vosotras la inquietud, la cólera y la desesperación. Si la enfermedad se prolonga, considerad que sólo la eternidad no se acaba y que por más penosas, dolorosas y largas sean las enfermedades que se padezcan en esta vida mortal, nada son, pues allá en la eternidad no parecerá sino un suspiro la larga y penosa vida de dolor.”

A las Hermanas con salud: “Amad la santa observancia, el recogimiento interno y externo, el santo silencio que constituye el más bello y rico adorno de los monasterios. Sed caritativas y compasivas con vuestras Hermanas enfermas considerándolas como miembros sufrientes del Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh, amad a las enfermas con exquisita ternura, disimulad sus impertinencias y no oséis agravar sus dolencias proporcionándoles pesares! Sabed que el Celestial Esposo las ama con Amor particular, y el más pequeño padecimiento que se les cause, lo recibe como hecho a su misma Divina Persona, reservando el castigo para el último día de la vida.

Tenedles una santa envidia, considerando que aquellas almas, tan amadas del Señor, poseen un cúmulo de virtudes superiores a las vuestras y que por este motivo fueron dignas de que les confiara sus más cuantiosos tesoros de la Cruz: los dolores, para coronarlas un día no muy lejano en el Cielo con corona y palma de mártires. Veneradles y prestadles los servicios que podáis; complacedles en todo, procurando distraerlas para aligerar su pesada cruz, hablándoles de los goces del Cielo, los cuales serán a medida de los padecimientos soportados por amor a Jesucristo.”

Cómo las superiores deben dirigir el convento y a las almas: “Mirad en cada una de vuestras Hijas un alma privilegiada y muy amada de Dios que, oyendo el Divino Llamamiento, valerosa, dio un ¡adiós! a padres, casa, familia y haberes, y prodigadles vuestros cuidados, así en lo temporal como en lo espiritual.

Cuidad con solícito esmero que nada les falte para los trabajos manuales que hagan para beneficio de la comunidad y que todo lo sepan todas, que entre vosotras no exista jamás egoísmo; enseñaos de generación en generación todo cuanto sepáis; porque una religiosa contemplativa no debe, ni puede ser persona ociosa, ignorante, ni incapaz de las delicadas y primorosas labores propias de su sexo: costuras, bordados, hilados con hilo, lino y lana, pinturas, etc. Sed dulces y amables en el trato; enseñadles con prudencia y ejercitad mucho la prudencia en las reprensiones que tuviereis que hacer.

Cuidad de que ninguna tome el descanso por la noche sin haberse reconciliado con alguna Hermana; si algo hubiese habido en el día, como frágiles criaturas, proporcionadles alguna dádiva para que mutuamente se regalen después de abrazarse. Esto es un hermoso medio de proporcionarles la paz del corazón, de conservar la caridad fraterna que debe lucir en gran esplendor en las Esposas del Dios de caridad infinita.

Arduo es el cargo de las Madres abadesas, lleno de grandes responsabilidades, ¡ay, de vosotras si por indiscreción desviáis del buen camino a vuestras hijas tratándolas con severidad y disgusto, alejándolas de Dios! Y, ¡ay, de vosotras también, si consentís en la relajación, sin dar a tiempo oportuno acertada y suave corrección desviándolas del mal! Sed verdaderas madres, amad a vuestras hijas y llevadlas a todas al Cielo por el camino trillado de la vida ordinaria, haciendo que se practique la sólida virtud mediante el esmerado cuidado de hacer con perfección las obras ordinarias, con la recta y pura intención de agradar al Celestial Esposo.

Cuidad del santo silencio, que es el ornato de los conventos observantes, junto con la mutua caridad, y de velar por su práctica diaria. En la vida mortal sólo conoceréis la excelencia de esta virtud, mientras más y más crezcáis en santidad y os unáis con Dios, y en la eternidad cuando gocéis de Dios en el Cielo, o cuando lloréis amargamente en el Purgatorio por haber faltado a ella, abriendo heridas incurables en los corazones de vuestras pobres e inofensivas Hermanas.

Cuidad de las enfermas con desvivido afán y esmero, proporcionando a la enfermera todo lo que necesite para la curación de las enfermas durante su enfermedad, aun cuando se prolongara muchos años. No os canséis de ellas porque, sabed que son el tesoro de la comunidad y los pararrayos de las ciudades. Alentadles con vuestros consejos y prodigadles caricias, como verdaderas madres que sois, suavizando su vida llena de indecibles sacrificios, los cuales son comprendidos solamente cuando se los sufre. Si os piden un alivio para su espíritu por medio de un Padre espiritual, haced lo posible para proporcionarlo.

Estudiad el carácter de cada una y adaptalos a ella, eso sí, sin el menor detrimento de la Santa Regla y Constitución. Jamás las oprimáis con una imprudente mal entendida observancia; hacedles sentir que el yugo del Señor es suave y su carga ligera. Los muchos mandatos fuera de la Regla y de la Constitución debilitan el ánimo más esforzado, contristan el corazón y en los incesantes vencimientos viene a perderse la salud e incapacitarse para la verdadera y suave observancia regular. Este proceder es ajeno al espíritu y al deseo de Nuestro Señor Jesucristo.

Recordad constantemente lo que el gran Apóstol de los gentiles enseña a los cristianos acerca de sus obligaciones y deberes en su vida doméstica; dirigiéndose a los padres dice: ‘Padres, amad a vuestros hijos y no les exasperéis, sino educadles, instruidles y corregidles según la doctrina del Señor’, y también: ‘Padres, amad a vuestros hijos, y no les corregáis con ira, para que confíen en vuestras directrices, y por ellas sean virtuosos.’ Estas enseñanzas y doctrinas del Santo Apóstol Pablo, debéis tomar vosotras para regiros según ellas en vuestro gobierno con cada una de las religiosas, teniendo en cuenta que no todas tienen un mismo carácter, virtud y temple.”

Consejos para las superiores y maestras de novicias: “Inculcad siempre a vuestras religiosas la práctica de la caridad mutua. A las novicias, sobre todo, inculcadles con esmero esta verdad en sus corazones. Si no hubiere caridad, acabaréis con la fundación. ¡Nunca hacer acepción de personas! No tengáis preferencia con ninguna de vuestras hijas espirituales. Amadlas a todas en igual grado, y si alguna vez os encontráis con almas angelicales, cuyo carácter suave y cuyo corazón humilde y sencillito os lleva al cariño, guardaos de hacerlo notar a ella, ni a las demás si no queréis caer en la maldición de Dios; porque mientras el alma esté en el cuerpo, criaturas son y en la vida religiosa es necesaria la solidez de la práctica de la vida monástica, que debéis enseñarles desde sus rudimentos basados en una profunda humildad. Si ésta faltara, nunca podrán ser virtuosas, menos santas, y luego como procedente de esta humildad, debéis enseñarlas en la santa caridad, sin la cual no serán bendecidas de Dios a ninguna hora.”

Consejos para las maestras de novicias: “Deben esmerarse en darles instrucciones prácticas a cada momento con la palabra y sobre todo con el ejemplo; el ejemplo es poderoso en los corazones tiernos, como son los de las novicias, las que ordinariamente son lo que son las maestras. La maestra es el espejo de sus novicias; ejercítelas en los actos de humildad, y de vez en cuando, ella misma hágalos con sus novicias; esto impresiona santamente y eleva el corazón a Dios.

Deberán leerles y explicarles a menudo el Evangelio que trata de la caridad para su práctica diaria. Tienen que estudiar cuidadosa y solícitamente el carácter e inclinación de cada una de sus hijas y conducir a cada una según el camino por el que Dios la lleva; es bueno tomar, a menudo, a cada una en particular, y hacerle notar sus faltas, decirle, como mensajera de Dios, lo que Dios quiere de ella, el sacrificio o sacrificios que le pide y enseñarle prácticamente a vencer y dominar el carácter para que después no sea insoportable en la comunidad, aumentando sus pecados con el mal ejemplo público.

Es importante dar, también, las instrucciones a todas reunidas, y preguntarles cómo las han entendido para la práctica. Todo esto deberá ser hecho con dulzura, con suavidad, con el mejor buen modo a semejanza del Maestro Divino que dijo: ‘Aprended de Mí que soy manso y humilde de Corazón.’

Es necesario que la maestra sea amada y respetada de todas sus hijas en general, y que siendo toda para todas, les haga santas. Esa es su sublime delicada misión y de enorme responsabilidad.”

Su santa muerte

Al rayar el día 14 de enero de 1635 gran tristeza oprimía a las monjas del Real Monasterio de la Inmaculada Concepción: su amada fundadora, la Madre Mariana de Jesús Torres, estaba a las puertas de la muerte. Ese año cumpliría los setenta y dos años de edad.

La comunidad se retiró al coro, quedando con Madre Mariana sólo la Madre enfermera, que era muy amada de la santa fundadora por su carácter angelical, humildad y docilidad. Esta religiosa era hija de una destacada familia de la colonia. Cuando estaba para venir al mundo, su madre estuvo a las puertas de la muerte, desahuciada por los médicos; el último recurso de la familia en ese tiempo fue pedir a Madre Mariana de Jesús oraciones y su ‘agua de anís del país’. Tranquila y sonriente, Madre Mariana les dio el medicamento diciendo a los familiares que esperaban en la portería: “Llevad el remedio a la señora... diciéndole que nada tema, pero que sepa que la niña que nacerá está destinada a ser religiosa de este convento, y será la que amortaje mi cadáver.”

Pasado el tiempo, la niña llamada Zoila Blanca Rosa ingresó en el convento. Se esforzó siempre por pisar en las mismas huellas de santidad de su maestra; fue novicia ejemplar, religiosa fervorosa y no perdió hasta la muerte la gracia del Bautismo. Por entonces Madre Rosa era la enfermera del convento y atendió con especial amor filial a Madre Mariana de Jesús. Viéndola ya muy mal, le preguntó si deseaba recibir los Sacramentos y Madre Mariana respondió con toda serenidad: “No, aún no es hora. Los recibiré con fervor y gozo el día 16, último día de mi vida, después de daros mi testamento.” Apenada la joven religiosa la dice: “Madre llévame y no me dejes, que no tengo fuerzas para resistir esta dura prueba”, a lo que la Madre le respondió: “Pide al Señor esta gracia, si le place concedértela, prepárate para irnos.” Y ella así lo hizo: pidió permiso a la Madre abadesa para morir, el hábito más viejo para su mortaja y un hoyito en la huerta para su entierro, y después de pedirle perdón por no haber servido

como debía a las Esposas de Jesucristo, llena de alegría se fue a los pies de Jesús Sacramentado y se deshizo en lágrimas de felicidad. Pero la abadesa, aunque le dio su bendición, pensaba que era una ingenuidad más de Madre Rosa.

Mientras tanto, así en la salud como en la enfermedad se veía a Madre Mariana de Jesús con la sonrisa en los labios, con esa admirable tranquilidad e imperturbabilidad de ánimo, propias tan solo de un alma santa, cuya vida se había deslizado tranquila a la sombra de la Cruz, pasando por inauditas pruebas, así físicas, como morales.

En la mañana del día 16, Madre Mariana de Jesús pidió que llamaran a su confesor, el Padre Angüita, para que le administrara los últimos Sacramentos. El Obispo había dado instrucciones de que le avisaran cuando Madre Mariana se encontrara en trance de muerte para asistirle personalmente, pero precisamente ese día amaneció enfermo. De modo que la Divina Providencia dispuso que asumieran esas funciones los Padres franciscanos, que eran tan cercanos a Madre Mariana. Su confesor no tardó en acudir, acompañado del Padre Guardián del convento franciscano. Tras depositar en un improvisado altar el copón con la Sagrada Hostia, el Padre Guardián le dijo a la ejemplar monja: “Madre Mariana de Jesús, ha llegado el gran momento de vuestra partida. No debéis temer, pues cumplisteis el encargo que os dio el Padre Celestial. Sin embargo, cometer errores y pecados es propio de la naturaleza humana. Por eso, para que sea más meritorio este último acto de humildad, os ordeno en nombre de la santa obediencia que pidáis a vuestras Hermanas aquí presentes perdón por las faltas que hubiereis cometido, dando algunos malos ejemplos.”

Ayudada por Madre Rosa, la santa fundadora se arrodilló y poniéndose una soga negra de cerda al cuello, juntó las manos en el pecho y dijo: “Madres, Hermanas e Hijas queridas, os pido que me perdonéis caritativamente todos los malos ejemplos que os di durante mi larga vida.” Conmovido, el Padre Guardián respondió: “Madre, vuestras Hermanas e Hijas os perdonan, os aman y os ruegan que no las olvidéis en el Cielo. Tampoco olvidéis a vuestros Hermanos, los frailes franciscanos.” Poco después, añadió el Padre Guardián: “En virtud de la santa obediencia, os mando que nos digáis a qué hora vais a morir, porque es muy justo que nosotros, vuestros Hermanos, os ayudemos en este último trance.” –“Mi alma saldrá del cuerpo hoy a las tres en punto de la tarde”, respondió Madre Mariana de Jesús. Entonces los frailes volvieron a su convento.

Llegó, finalmente, el postrer momento. Un toque de campana congregó a la una y media de la tarde a las religiosas para la última reunión con Madre Mariana de Jesús, poco después regresaron el Padre Angüita y el Padre Guardián de los franciscanos menores, quienes entraron en la celda de la santa enferma y hablaron a solas con ella por última vez; después entraron las religiosas, que se sentaron en filas para escuchar a su moribunda Madre.



Madre Mariana, después de dar una mirada a las suyas, dijo en alta voz: “Madres y Hermanitas queridas de mi alma, llegó por fin para mí el suspirado momento de concluirse mi destierro tan largo y penoso...”, dando personalmente lectura a su testamento espiritual, tras lo cual dio la bendición a sus hijas, y agregó: “Jesús, María, José, Francisco, grabad en los corazones tanto el testamento como los consejos que dejo. ¡Adiós, hijas del alma!”, y pidió en voz muy baja a los Sacerdotes que hicieran la recomendación de su alma, agradeciéndoles por todo. Terminadas estas palabras el Padre Angüita se quitó del pecho un Crucifijo pequeño que siempre llevaba consigo como misionero, y después de hacerlo besar a la Santa moribunda, lo puso en sus manos. Ella lo estrechó fuertemente contra su corazón. Dio un profundo suspiro y, sin agonía ni estremecimiento alguno, su alma se separó del cuerpo y partió hacia el Cielo mientras sus labios esbozaban una dulce sonrisa.

En ese instante sonaban las campanadas de las tres de la tarde del 16 de enero de 1635. Las religiosas y los Padres habían quedado sin habla, fijos los ojos en el santo cadáver que no parecía tal. Quedó la boca y los ojos bien cerrados, su color era blanco y sus mejillas sonrosadas, con una dulce sonrisa en los labios; tan apacible y atrayente que parecía estar en un éxtasis dulcísimo. Sólo verla causaba respeto, cariño y elevaba el alma a Dios.

Madre Mariana recibió la muerte con serenidad y una sonrisa en los labios, de la misma manera como había aceptado en su vida, a lo largo de sus casi sesenta años de vida monacal, todos los sufrimientos y pruebas que quiso enviarle su Divino Esposo para aplacar la Ira Divina a causa de nuestros pecados. La vida de Madre Mariana de Jesús Torres fue un martirio continuo, aceptado y llevado por ella con imperturbable serenidad.

A la muerte de Madre Mariana, Madre Rosa, como la Santa lo había predicho desde antes de su nacimiento, la amortajó y ayudó a preparar las cosas en la sacristía. Una vez colocado el cadáver en el coro bajo para la ceremonia que se iba a celebrar al día siguiente, pidió a la Madre abadesa permiso para seguir velando a su difunta Madre un poco más, lo que le fue concedido. Se colocó a los pies de la difunta con la frente y las manos sobre ella, y no se movió de allí hasta que a la una de la madrugada vino la Madre abadesa trayéndole una taza de agua de anís para que la bebiera, y al llamarle no respondió; le llamó mucho la atención porque era una Hermana dócil, la tocó suavemente en la cabeza, y pensando que estaba desmayada, pidió ayuda a otras monjas... ¡y cual no fue la sorpresa al verla muerta, con la boca llena de sangre coagulada, y que más sangre había caído en los pies de la

difunta Madre Mariana! La llevaron a la celda pero no dio más señales de vida. Así pues, Madre Zoila Blanca Rosa de Mariana de Jesús, como era su nombre completo en religión, voló al Cielo junto a su Madre y maestra.

A primera hora la Madre abadesa, que por entonces era Madre Mariana de Santo Domingo, mandó llamar con urgencia al médico, y viniendo éste apresurado, le examinó, le aplicó varios remedios y por fin, se volvió a las religiosas diciendo: “Madres, la Madre Blanca Rosa ha muerto ya hace unas siete horas, más o menos. ¡Vaya, que la Madre Marianita se llevó a su Blanca Rosa, trasplantándola a los jardines del Cielo! ¡Vaya!”

Luego que se hizo público que había muerto Madre Mariana de Jesús, esa misma tarde fue una afluencia enorme de gente de toda edad, sexo y condición. Nobles y plebeyos mezclaban sus lágrimas y a voces pedían algo de su uso para guardar como reliquia.

En el convento, después de amortajar entre lágrimas a su querida Hermanita Blanca Rosa, las religiosas acomodaron sus restos mortales en unas andas que improvisaron, pero no tenían flores de ninguna clase, pues las habían usado todas para Madre Mariana: “¡Ay, Hermanita, para ti no hay flores, suplan por ahora nuestras lágrimas hasta que lleguen las flores que el afecto de los de fuera te envíe!”

Comenzó entonces el traslado del cadáver de Madre Rosa, del dormitorio adonde había sido llevado, al coro bajo para velarla junto con su Santa Madre. Cuando pasaron por el claustro bajo de dicho coro que da al patio, ¡oh, prodigio!, lo vieron todo cubierto de flores y sobre todo de rosas blancas muy grandes. La Madre abadesa y sus religiosas quedaron admiradas, porque jamás podía haber allí flores de ninguna clase... ¡porque era empedrado! Suspendieron el cortejo y con el corazón lleno de ternura y gratitud a Dios Nuestro Señor, fueron a recoger las flores. Tuvieron todas las flores que necesitaban para el caso, y reanudaron el cortejo.

Eran las cinco y media de la mañana cuando entraban al coro bajo. Allí acomodaron a ese Ángel junto al féretro de su santa Madre fundadora y un coro de lágrimas entonó el responso de difunta.

Una curación milagrosa

Durante el velatorio, en ningún momento faltó la gente en la iglesia, que pegada a las rejas del coro bajo lloraba haciéndole mil encargos a nuestra Madre fundadora. Una de estas personas era una pobre mujer llamada Petra Martínez con una hija de cinco años ciega de nacimiento. Lloraba desesperada con su hija por delante; y como si la Madre estuviera viva, le hacía presente todas sus angustias y afectos maternos respecto de su hijita. De vez en cuando forcejeaba a través de las rejas por meter el brazo para alcanzar las andas.

Por fin salió precipitadamente de la iglesia dejando allí a la niña ciega. A poco se la vio regresar con un palo y retomar los mismos lamentos anteriores, se la veía al mismo tiempo muy afanosa en las rejas. De pronto las religiosas vieron caer una flor de la corona que tenía el venerable cadáver, acudieron presurosas y vieron que la infortunada madre con un palo la había soltado y quería coger esa flor. Una vez reprendida por las religiosas dijo en alta voz: “Dejen, Madres, que acuda yo a mi santa Madre fundadora para alcanzar por su medio de Dios la vista a mi pobre hija. ¿Qué será de ella cuando le falte yo? ¡Madre Marianita, Madre fundadora, duélase de mis lamentos, acuérdesse de la promesa que me hizo de que mi hijita iba a recobrar la vista, y se fue al Cielo sin cumplir lo prometido!...” Y clamaba porque le pasasen la flor que tanto trabajo le había costado sacar de la corona.

Cansada y movida a compasión la sacristana cogió la flor caída sobre el ojo del venerable cadáver y se la dio a la mujer. Inmediatamente ella se sentó en el suelo al lado de su hijita, le tomó cariñosamente la cabeza y le aplicaba la flor ya en un ojo ya en el otro diciendo: “Madre Marianita entrégueme sanos los ojitos de mi hijita.” Esto lo hacía y decía sin cansarse; al fin la hija se quedó dormida y la sufrida madre, por no despertarla, arrimó también su cabeza a la reja, quedándose dormida.

Las religiosas que veían todo esto pedían con insistencia al Señor paciencia y resignación para la infortunada mujer, a la que compadecían todos los que entraban y salían. Por la tarde era más numerosa aun la concurrencia. Cerca de las cinco de la tarde se despertó algo aturdida de su pesado y largo sueño y mirando a todas partes. Cuando se dio exacta cuenta del lugar en donde estaba, comenzó nuevamente a llorar y a pedir a gritos la vista para su hija, que aún estaba dormida y con la flor en el ojo. Despertó la niña con los gritos de su madre, se levantó presurosa y agarrada de las rejas dijo: “¡Madre Marianita, qué bonita ha sido usted! Pero no duerma ya más, ¡despiértese y levántese! ¡Otra Madrecita bonita, también está durmiendo al lado! ¡Qué bonitas las monjitas!”

Asustada la mujer miró con ansia los ojos de su hija y dio un grito de alegría que resonó en toda la Iglesia: “¡Milagro, milagro!” Se acercaron las religiosas a la reja, y madre e hija fueron rodeadas por las personas que estaban en la iglesia; todos vieron a la niña con unos ojos negros, luminosos y bonitos, cuando desde su nacimiento

esta pobre criatura no había conocido la luz del día. Y todos bendecían a Dios que así glorificaba a su Esposa y la aclamaba Santa.

Las exequias

El Padre Angüita, de la Orden franciscana y confesor de la santa fundadora, celebró en sufragio de ambas difuntas la Misa de cuerpo presente.



Mientras tanto los Padres y Hermanos legos iban y venían para ver a sus dos Hermanas fallecidas, que cual Ángeles habían tendido ligero vuelo al Reino Celestial.

A la Misa solemne y oración fúnebre, que celebró al tercer día el Obispo, asistió Mariana de Jesús Paredes y Flores, quien después de cuatro años vistió el hábito de San Francisco en la Orden Tercera y más tarde profesó, dejando sus nobles apellidos. Por sus heroicas virtudes y elevada santidad sería más tarde canonizada y conocida como Santa Mariana de Jesús, la Azucena de Quito; esta joven Santa murió en la flor de la edad, diez años tras la muerte de la santa fundadora Mariana de Jesús Torres.

Tres días después, en el momento de cerrar los ataúdes, los venerables cadáveres no presentaban la menor señal de descomposición, ni mucho menos de corrupción. Estaban frescos, flexibles, parecían sólo en un dulce y tranquilo sueño. Sus mejillas eran rosadas, demostrando en la fisonomía el alma bella y santa que guardaron como depósito sagrado. El venerable cadáver de Madre Mariana de Jesús Torres fue sepultado con unos cilicios de su uso personal.

Doscientos setenta y un años después, en 1885, el cuerpo de Santa Mariana de Jesús Torres fue exhumado; y fue encontrado de esta manera: El cuerpo intacto. Vestida con hábito blanco y toca negra. El rostro tenía un color natural, con un tono de rosa en sus mejillas y labios. En los ojos cerrados se conservaban las pestañas. Las orejas, flexibles, el cabello rubio. Todo su cuerpo exhalaba un aroma de azucenas. Se hallaban varios instrumentos de penitencia de su uso personal, algunos de los cuales fueron retirados y se conservan como preciosas reliquias en el archivo del monasterio. En 1906, durante la remodelación del convento, el cuerpo incorrupto de Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa fue retirado de la sepultura y puesto en un nuevo sepulcro que se le dedicó. Hoy se conserva en la planta baja del convento de clausura de la Inmaculada Concepción de Quito, también conocida como de Nuestra Señora del Buen Suceso, en el centro histórico de la misma ciudad.

Santa Mariana de Jesús Torres fue canonizada solemnemente por Su Santidad el Papa Pedro III, el día 27 de marzo de 2025, Glorioso Año Santo Palmariano del 50º Aniversario de la Fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, anunciada en las revelaciones de esta nueva Santa como “el feliz principio de la restauración completa”.

Anexo

Mensajes sobre las vías de santificación y la vida religiosa

De la profusión de mensajes relevantes que Santa Mariana de Jesús Torres recibió, hemos entresacado algunos sobre la vida de perfección, por su importancia y claridad, incluyéndolos de forma más extensa, para provecho de las almas.



El día 10 de agosto de 1634, vio a María Santísima, presentándose Pura e Inmaculada, Madre verdadera de Cristo Jesús, y Virgen Purísima: antes del parto, en el parto y después del parto, portento admirable de Dios. Ella estaba destinada para Corredentora del linaje humano y seguro Refugio del náufrago pecador. Quien a Ella recurra con humilde confianza y filial amor no se perderá sino que, seguramente, saldrá del abismo del pecado y entrará en amistad con Dios, consiguiendo su salvación eterna. Madre Mariana vio y comprendió todo esto en la visión de su Madre Inmaculada, la que tomando la palabra le dijo: “Hija fiel y muy querida Esposa del Cordero sin mancha, que es el fruto bendito de mi Purísimo Seno, como lo has visto y comprendido. ¡Albricias, albricias! Porque después de largo destierro llegas ya a los umbrales de la Patria Celestial. Ya su Luz inaccesible comienza a alumbrar tus pupilas con esta Luz que ahora has visto.”

Las vías normales de la santificación

“¡Pobres y míseros mortales, ciegos voluntarios! Se precipitan de abismo en abismo entregados a los deleites sensuales buscando dicha y paz. Pero tanto la dicha, como la paz, hijas predilectas de Dios, huyen de ellos porque sólo se las encuentra y se goza de ellas en la Cruz y en el sacrificio; por esto los felices moradores de los claustros religiosos viven tranquilos, pues están en completa posesión de estos bienes. Aquellos que, imitando a Jesús y a Mí que soy su tierna Madre, se esfuerzan por ser buenos religiosos, poseerán y alcanzarán una alta y encumbrada santidad.

Para alcanzar esta alta santidad no es menester que lleven camino extraordinario, ni que sean favorecidos con dones de alta y sublime contemplación, ni visiones, ni revelaciones. Estas son gracias muy particulares que Dios, absoluto y único Dueño de sus criaturas, da cuando quiere y para sus fines especiales, constituyendo todo esto un admirable y lento martirio para las almas favorecidas.

Para la encumbrada santidad, hija mía, a la que toda alma religiosa está llamada y obligada, según lo sublime de su vocación, sólo necesita conformar en todo su propia voluntad con la de su Divino Esposo, así en salud como en enfermedad.”

Las enfermedades

“Debes saber que la enfermedad es el único y seguro termómetro que gradúa la virtud y el amor a Dios. No pueden imaginarse, las almas religiosas, cuánto se complace Dios en ellas cuando, probadas con la dura Cruz de la enfermedad y sus consecuencias, sufren tranquilas y pacientes, bebiendo de un mismo cáliz con su dolorido y Celestial Esposo.

En estos casos ellas son dueñas del Corazón de Dios, y sus peticiones son poderosas para conseguir grandes gracias. Precisamente, cuando la Bondad Divina quiere aplacarse y perdonar a las naciones culpables, envía a sus Esposas largas, prolijas y complicadas enfermedades, para que estos sacrificios, unidos a la Pasión Dolorosa, suban hasta el Trono del Altísimo y descienda de allí el deseado perdón.

Di a mis hijas y tuyas, que las enfermas son y serán los tesoros preciosos de la comunidad en todo tiempo y, por consiguiente, que les prodiguen ternuras todas las Hermanas y mucho más las preladas, como madres verdaderas: aliviándoles, consolándoles y haciéndoles llevaderas sus pesadas cruces; proporcionándoles lo necesario para su curación y la expansión espiritual.

Di lo mismo a mis enfermeras que todo lo que hicieren, física y moralmente, para mis enfermas, lo recibo como si a Mí misma me atendieran si estuviera en cama y esperando sus atenciones; y los días, noches y cansancios que pasen con las enfermas, Yo pasaré con ellas, acompañándolas, ayudándolas y bendiciéndolas. Recompensaré de igual forma los auxilios que, junto con el Sacerdote, prestaren a las enfermas en sus últimos momentos y los cuidados con que amortajaren esos benditos cuerpos, que por largos años de vida claustral y penitente han sido templos del Espíritu Santo.

Téngase en cuenta que las enfermedades son la mejor y la más meritoria penitencia, exenta de ilusiones, orgullo y soberbia, que alguna vez puede existir en almas apegadas a su propia voluntad, que prescinden del dictamen y parecer del Sacerdote, para que, según el espíritu que las anime y el grado de virtud que posean, señalen el número y clase de penitencias que sean del gusto de Dios.

Respecto de las sanas, como te decía, necesitan para ser santas, conformar su voluntad con la de Dios y manifestarle su verdadero amor, cumpliendo con todo el esmero posible sus monásticos deberes, con esa sencillez infantil que atrae el Corazón de Dios, imitándome, pues fui modelo perfecto, así en el Templo como en todas las circunstancias de mi vida, y sin más pueden volar directamente al Cielo, correspondiendo con fidelidad a las inspiraciones de la gracia.”

Los caminos extraordinarios

“Para las almas a quienes el Señor traza dificultosos caminos extraordinarios y sobrenaturales, Él y Yo tendremos especial cuidado de ellas para que a su debido tiempo no les falte luz, consejo y guía a fin de que no se extravíen, ni se desalienten hasta que lleguen al puerto deseado.

Tú has caminado por este doloroso camino, por quererlo así tu Dios y Señor. Glorifícale por todos los dones gratuitos que en abundancia te ha dado para que correspondiendo a la gracia hagas frente a todo trabajo y dolor como lo has hecho. Ya que valerosamente concluyes tu penosa carrera, prepárate para entrar en la Jerusalén Celestial, morada de paz y dicha inalterable en donde no se conoce noche, oscuridad, trabajos ni penalidades, en donde el justo descansa de sus fatigas en el Día Eterno.

A tus hijas, incúlcales que sean buenas y santas religiosas, cumplidoras de las solemnes promesas que voluntariamente hicieron a su Dios y Señor, así a las presentes como a las venideras de todos los siglos; ellas necesitan más que las presentes porque les sobrevendrán terribles padecimientos, persecuciones, injusticias, enfermedades y penas interiores, junto con la opresión indirecta de quien debiera ser Padre y Pastor a semejanza del Corazón de mi Hijo Santísimo, que sólo el Poder de Dios podrá sostenerlas, y mi maternal amor consolarlas interiormente...”

Los Sacerdotes

“Lo más triste es que el clero secular dejará mucho que desear, porque los Ministros del Altar, olvidando su misión sublime de identificarse con mi Hijo Santísimo, mediante el conocimiento propio y la oración humilde, diaria y fervorosa, vivirán sólo en la superficie de su alma, sin apartarse de las cosas sensibles, del demasiado apego a su familia y a los bienes materiales, creyendo que así aspiran a la santidad del estado sacerdotal por medio de la práctica de una o dos virtudes sin cuidarse del sólido cimiento de una humildad profunda, sin la cual ninguna virtud puede existir, ni nadie puede agradar y complacer a Dios, quien resiste a los soberbios y ensalza a los humildes y sencillos de corazón a quienes le gusta manifestarse y comunicar sus secretos.

Nadie más llamado para esto que el Sacerdote porque es otro Cristo. Cada uno de ellos es la fibra más delicada de su Santísimo Corazón, que es todo Amor, todo mansedumbre y todo humildad, mas ellos no bajan al fondo de su alma en donde lo encontrarían y sin ningún trabajo tendría allí sus complacencias. Mas, ¡ay, dolor!, que estos mismos, sus muy amados, se alejarán de Él dejándole solo y abandonado en sus Sagrarios y desde allí como huérfano y mendigo de amor, llorando su soledad, les pide con exigencia sus corazones, con tiernas quejas y expresiones, mas el cuidado y las preocupaciones de las cosas de la tierra no dejan lugar a que le oigan y acallen su llanto, perdiendo así el espíritu y por consiguiente grandes grados de gracia en esta vida, y de gloria en la otra; siendo éste el motivo por el cual ningún fruto sacan en la conversión de los pecadores y la salvación de las almas,

motivo por el cual serán juzgados y castigados en el Supremo Tribunal, porque agraciados de la Divina Bondad recibieron el don preciosísimo de la vocación Sacerdotal, para ser luz del mundo y edificación de los fieles. ¡Oh, cuánto vale una sola alma! Y el Sacerdote está llamado a salvar muchas. ¡Felices los que con su ejemplo y su acción dan a Dios muchas almas!”

El Divino Niño, tomando la palabra, dijo a Madre Mariana: “Esposa mía, querida, tú eres la fibra más delicada de mi Corazón, porque tu vida toda la has pasado en mi servicio y me has amado con todo tu corazón y con toda tu alma, y éste tu amor a Mí, que soy tu Dios y Señor, ha sido muy industrioso y activo, dándome almas, que para convertirlas, sacarlas del vicio y enderezarlas poniéndolas en el camino seguro que conduce al Cielo, has arrostrado grandes padecimientos, físicos y morales, con generosidad y valor, sin que el maldito respeto humano, que frustra grandes gracias a favor de las almas, te haya hecho desistir de tan grande empresa.

¡Oh, si todas mis Esposas tuvieran esta diligencia y cuidado con todas las personas con quienes tratan, qué cantidad de almas me darían en secreto! Sábetelo que Yo he puesto en las palabras de mis Esposas espadas de dos filos para penetrar aun en corazones endurecidos. Aun cuando en el exterior de ellas nada se note, esas palabras resuenan noche y día en el interior de sus almas y al fin terminan por plantarse como buena semilla para producir frutos de penitencia, tarde o temprano, y si van unidas a la súplica incesante a favor de esos pecadores queridos, mucho mejor. Yo no puedo resistir a los pedidos de mis Esposas, tratándose de salvar las almas... Ahora oye a tu Madre y mía...”

Entonces la Divina Madre le dijo: “Esfuézate en orar, trabajar y sufrir por ganar almas para Dios. ¡Oh, si supieran las religiosas el mérito que acumulan para la eternidad en este apostolado secreto, no omitirían medio alguno para practicarlo! Gran caridad es trabajar, sufrir y orar por esos pobres hermanos descarriados, que cual hijos pródigos abandonaron la Casa de su Buen Padre, y por el pecado se fueron a regiones muy lejanas de Dios y despilfarraron la cuantiosa herencia de las gracias divinas hasta quedarse en extrema miseria espiritual, mendigando en el mundo, amo duro y cruel, las bellotas de los falsos honores y placeres, sobras de los cerdos que son los vicios y pasiones desenfrenadas, las que sepultan un crecido número de almas en el infierno, haciendo infructuosa la Sangre y Méritos de mi Hijo Redentor.

Este amoroso y Buen Padre desde el Sagrario sale diariamente a penetrar en corazones purificados y limpios desde donde tiende su amorosa vista, por si a lo lejos ve venir a esos hijos pródigos para recibirlos con los brazos abiertos, y una vez reconciliados y lavados en el Santo Tribunal de la Penitencia, volverles a su amistad y gracia, y con ella a la posesión de la gracia y haberes cuantiosos reservados para el Reino de los Cielos. Precisamente para esta conquista de hijos pródigos estableció la vida contemplativa en su Iglesia, para que sus almas predilectas, escondidas a toda mirada humana, desconocidas, olvidadas y muchas veces despreciadas, sean apóstoles activos y fervorosos mediante la oración incesante, la penitencia en toda forma y circunstancias de la vida claustral.

¡Ay de las almas religiosas que incautas y ociosas no quieran cumplir su sublime misión, con vanas cobardías; no tendrán disculpa en el Tribunal Divino! Allí serán recompensadas por haber salvado las almas, y castigadas por haber dejado que se pierdan, faltando su acción en la Viña del Señor.”

Visión del Sagrado Corazón de Jesús cubierto de pequeñas y punzantes espinas

Llegada la hora de comulgar, una vez que consumió la Santa Forma, Madre Mariana de Jesús vio a Cristo, Bien nuestro, reclinado en su corazón, pero todo Él hecho una llaga y sobre todo, su Corazón Santísimo lleno de pequeñas pero punzantes espinas que lo atormentaban con crueldad extraordinaria, y con inexplicable ternura derramaba un diluvio de lágrimas, dando tiernos quejidos y suspiros. Madre Mariana lo estrechó contra su corazón, con ternura y amor, pues tenía a su Dueño y Señor, y temblando de amor le dijo: “Bien mío, Amor querido y adorado de mi alma, dime ¿por qué causa o causas sufres tan crueles martirios? ¿No fueron suficientes los padecidos en tu amarguísima y dolorosísima Pasión? En ésta no se hace mención de espinas pequeñas. Los evangelistas sólo relatan de gruesas y largas espinas con las que te coronaron como a Rey de burlas, ¡con tanta ignominia! Y ahora veo tu Divino Corazón lleno de menudas espinas que te atormentan terriblemente.”

Jesucristo la miró con amorosa ternura y le dijo, dando un profundo suspiro: “¡Ay, Esposa querida! ¡Ay!... ya ves que estas pequeñas espinas me punzan con crueldad. Te hago saber que ellas son las faltas graves y leves de mis Sacerdotes seculares y religiosos y de mis almas religiosas, a quienes entresacando del mundo les traeré a los claustros. Derramaré sobre ellas una lluvia de gracias espirituales, valiéndome aun de enfermedades graves y prolijas para asemejarlas a Mí. Pero ellas, ingratas y sin corazón, se quejarán de mi amorosa Providencia, me creerán cruel con ellas y retirándose de Mí con indiferencia, me dejarán solo. Decaerá su espíritu como una flor marchita, y secándose no podrá dar aroma en el jardín de mi Inmaculada Madre, para lo cual fueron llamadas, clavándome con este ingrato proceder esas menudas espinas que punzan tan cruelmente mi Corazón, que es todo Amor y cariño para con mis almas predilectas. Frustrarán los grandes designios que tenía con ellas, al probarlas así, porque la cruz y la tribulación es el patrimonio de los justos aquí en la tierra.

Inculca a tus hijas presentes para que se transmita, de generación en generación, el amor a la Cruz y al sacrificio, el amor a la vocación religiosa, a la observancia regular, el amor y la caridad fraterna, así como el amor a los pobres pecadores y la fiel correspondencia a las inspiraciones de la gracia.

Habrán tiempos en los que la doctrina será moneda corriente en sabios e ignorantes, en Sacerdotes y religiosas y aun en la gente común. Se escribirán muchos libros, pero la práctica de las virtudes y de esas doctrinas apenas se encontrará en contadas almas, siendo ésta la causa de escasear los Santos. Precisamente por esto, caerán mis Sacerdotes y mis religiosas en una indiferencia fatal, cuyo hielo apagará el fuego del Amor Divino, punzando mi Corazón Amante con estas menudas espinas que ves.

Por esta razón quiero que aquí haya almas en quienes Yo descanse de mis trabajos y tenga en ellas mis complacencias, siendo su vida atribulada y sacrificada, las caritativas y compasivas manos que sacarán estas menudas espinas y me darán el bálsamo que necesito.

¡Ay, si supieras, si te fuera dado comprender el interno e intenso sufrimiento que me acompañó desde que nací del Purísimo Seno de mi Madre Virgen, hasta el momento mismo en que mi alma salió de mi destrozado Cuerpo, clavado en la Cruz, por la falta de correspondencia al diluvio de gracias que anega a mis Sacerdotes y almas religiosas, y en consecuencia de esto, por los pecados que ellos cometen! Has de saber que la Justicia Divina suele descargar terribles castigos a naciones enteras, no tanto por los pecados del pueblo, cuanto por los de los Sacerdotes y almas religiosas, porque éstos y éstas están llamados por la perfección de su estado, a ser la sal de la tierra, los Maestros de la Verdad y los pararrayos de la Ira Divina. Al desviarse de su sublime misión se degradan de tal manera que ante los ojos de Dios son quienes aceleran el rigor de los castigos, porque alejándose de Mí no viven sino en la superficie del alma, con esa lejanía indigna de mis Ministros, con esa etiqueta y desconfianza, como si fuera un ajeno para ellos.

¡Ay, si supieran, si se convencieran, cuánto los amo y deseo que bajen solos al fondo de su alma, en donde sin duda alguna me encontrarían, y vivirían necesariamente de la vida de Amor, de Luz y de íntima unión para la cual fueron no sólo llamados, sino escogidos! Ahora, Esposa mía querida, trabaja incansable por la perfección de mis Sacerdotes y almas religiosas, ofreciendo con este fin, en unión de mis méritos infinitos y de mi Inmaculada Madre y tuya, todo cuanto hagas, hasta la más pequeña respiración. Mucho me agradan las religiosas que toman sobre sí la sublime misión de santificar al clero, con sus oraciones, sacrificios y penitencias. En todo tiempo Yo escogeré tales almas para que, asociadas conmigo, trabajen, oren y sufran por la consecución de este nobilísimo fin, deprándoles en el Cielo una gloria muy especial.”

Ultima aparición de Nuestra Señora del Buen Suceso, 8 de diciembre de 1634

La santa fundadora española, con frecuencia hablaba a sus hijas del Cielo que espera a la buena religiosa, y las preparó con ardor para la novena de la Inmaculada Concepción. Llegó por fin el día 8 de diciembre del año 1634, fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Señora Nuestra. Todas las religiosas, llenas de creciente y edificante fervor, recibieron la Santa Comunión. Se alegraron todo ese día con su santa fundadora y tuvieron coloquios del Cielo. Después de las santas expansiones del día, se recogieron a sus pobres camas. Madre Mariana no fue a descansar sino que pasó al coro alto a las once y media de la noche, a hacer su oración acostumbrada.

Entonces se le apareció la Reina de los Cielos tan hermosa y atrayente como siempre con su Hijo Santísimo en el brazo izquierdo y el báculo en el derecho, acompañada de los tres Santos Arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael.

San Miguel traía un número incontable de túnicas blancas, salpicadas de estrellas y adornos de oro bruñido; cada túnica tenía un collar preciosísimo de bellísimas perlas del que colgaba una lindísima Cruz de oro con toda clase de piedras preciosas. En la mitad de la cruz tenía una estrella resplandeciente con los dulcísimos nombres de Jesús y de María. San Gabriel traía un Cáliz rebosando de Sangre Redentora, un Copón lleno de Hostias y un sinnúmero de fragantísimas, blancas y hermosas azucenas. San Rafael tenía un grande y precioso envase transparente y bien cerrado, que contenía un bálsamo exquisito cuyo suave olor, saliendo del envase se esparcía por el aire, purificando la atmósfera y haciendo sentir al alma suave gozo y admirable tranquilidad; traía también innumerables estolas, que teniendo el color violeta esparcían admirable resplandor, alumbrando con su luz el coro alto, y una pluma de bruñido y refulgente oro, marcada con el nombre de María.

La Reina de los Cielos abriendo sus labios divinos entonces le dijo: “¿Has visto lo que los tres Santos Arcángeles, Miguel, Gabriel y Rafael, traen? Pues, bien, las túnicas blancas de Miguel son, en primer lugar, para mis fieles y fervorosas hijas, de todos los tiempos, y son también para los Sacerdotes que, amando con sencillez y recto corazón a mi Hijo Santísimo y a Mí, amen este convento, trabajen por conservarlo y se esmeren en propagar mi culto, bajo la consoladora advocación del Buen Suceso, que en la casi total corrupción del siglo XX será el sostén y salvaguardia de la Fe.

Gabriel trae un precioso cáliz rebosante de Sangre Redentora, que significa la gracia de restauración y resurrección de la muerte del pecado en las almas, por medio del Sacramento de la Penitencia, en el cual los Ministros de mi Hijo Santísimo disponen de esa Sangre Redentora con profusión, sin tasa ni medida, para dar la vida a las almas muertas por la satánica envidia del dragón infernal.

¡Mira y contempla la grandeza de este restaurador y vivificador Sacramento, tan olvidado y aun despreciado por los ingratos mortales! Estos, en sus locos devaneos, no reflexionan que es la única segunda tabla de salvación después de perdida la inocencia bautismal. Lo más doloroso es que los mismos Ministros de mi Hijo Santísimo no saben apreciarlo como deben, miran con fría indiferencia el valioso y precioso tesoro que tienen para restaurar las almas redimidas con la Sangre Redentora.

Hay quienes miran la ocupación del confesionario como una cosa baladí y pérdida de tiempo. ¡Oh, no! Si a los Sacerdotes les fuera dado mirar por sí mismos lo que tú ves ahora, y alumbrados con la luz que te ilumina conocieran este don de Dios, ¡cuán agradecidos quedarían al Amor de predilección que les ha tenido, escogiéndoles entre millares para hacerles depositarios de sus riquezas, para redimir de la tirana esclavitud las almas cautivas del envidioso y desgraciado Luzbel!

¡Oh, cuán amado es el Sacerdote de mi Hijo Santísimo y de Mí que soy su tierna Madre! Al Sacerdote venero por su sublime misión y lo amo tiernísimamente, y ansiando su felicidad le cuido con esmero para que no se aparte de la senda de la Verdad, porque una vez desviado él, ¿qué será del resto de los fieles? Él es la sal de la tierra y si ésta falta, el mundo, demonio y carne se enseñorearán de las pobres almas, y la concupiscencia hará estragos en la carne corrompida de la naturaleza humana haciendo brotar toda clase de vicios y pasiones, como los gusanos en la carne podrida.

El Sacerdote desempeña en el confesionario los cargos delicadísimos de padre, madre, médico y juez. A su cuidado y desvelo acuden presurosas las almas necesitadas, sufridas, enfermas y dudosas, buscando el alivio en sus penas, la salud y medicina en sus enfermedades, la ternura maternal y la justicia recta y verdadera. ¡Ay, del Sacerdote que dejándose llevar de su natural carácter, austero y duro, despache descortés a esas almas, quienes buscaron en su corazón sacerdotal, ser lavadas y limpiadas de la lepra del alma!

Cuando el Sacerdote esté en el Tribunal Divino se le pedirá estrecha cuenta de esta delicada misión de dirigir almas, porque a unas necesita sacarlas del abismo, ponerlas en el camino recto del Cielo y cuidar que perseveren en él. También el amor de predilección de mi Hijo Santísimo le confía otra clase de almas: almas llenas del espíritu de Dios y sufridísimas, cuya delicada vida constituye un no interrumpido Calvario de secreto martirio..., las que en la eternidad ceñirán doble corona de vírgenes y mártires. Sí, mártires secretas que sufrieron lento y prolongado martirio de toda la vida, caminando por sendas sobrenaturales, siendo, ordinariamente, blanco de toda clase de burlas, desprecios y aun calumnias de parte de toda clase de gente. A estas almas tan amadas del Padre Celestial se les confía una misión difícil, dándoles al mismo tiempo gracias muy particulares y adecuadas para ello, y en el transcurso de su vida, para unas larga y para otras corta, se les destina Sacerdotes que deben dirigir las y sostenerlas contemplando cuán admirable es Dios en sus Santos. Los que jamás faltarán en ningún tiempo y generalmente ocultos.

Aquí mismo, tendré almas en las cuales Jesucristo, perseguido, odiado y proscrito de este ingrato suelo, en el siglo XX, tenga sus complacencias y se consuele en el trato y comunicación íntima con ellas, para quienes su pan cotidiano será el amargo sufrimiento y las lágrimas secretas, que cual ocultas tortolillas gemirán bajo la sola mirada de su amado Creador, Padre y Esposo, siendo los pararrayos de la Divina Justicia pronta a castigar los horrendos crímenes de sus culpables hermanos, por quienes se ofrecerán como víctimas incesantes, comunicándoseles amor maternal por los pecadores, por cuya conversión y salvación se entregarán al rigor de austera penitencia, prescindiendo del cuidado de sí mismas como lo hace una amorosa madre para su pequeñuelo enfermo y agonizante.

¡Ay, del Sacerdote, que incauto aleje de sí estas almas, que son para él un regalo del Amor Misericordioso del Corazón Santísimo de mi Hijo y Señor!; regalo digo, porque son para él las mensajeras de Dios, quien le habla y enseña por medio de ellas, y de cuya gracia les pedirá estrecha cuenta si no supieron aprovecharse y mejorar su vida espiritual y sacerdotal, tratándolas de fatuas e ilusas, sin penetrar en el fondo de ellas; pues, si penetrasen allí, en el momento sentirían la paz, el contento, la suavidad interior, propiedades que poseen los verdaderos siervos de Dios. Los que no lo son, se les descubre al momento, porque bajo apariencia de virtudes, encubren una secreta soberbia, amándose en demasía y regateando a Dios y a sus semejantes sus sacrificios y su vida. No les preocupa sino su buen nombre y el ansia de ser estimados; rehuyendo toda tribulación, por pequeña que fuere, y nunca amando la humillación y vida oculta que Jesucristo hizo suya...

El Arcángel Gabriel trae también un Copón, lleno de Hostias, lo que significa el Augustísimo Sacramento de la Eucaristía que será distribuido por mis Sacerdotes a los fieles cristianos, pertenecientes a la Iglesia Católica... Ves el Copón lleno, para que comprendas la sublimidad de este Misterio, y la reverencia con que debe ser tratado y recibido por los fieles, teniendo en él un antídoto contra el pecado y un medio fácil y poderoso de unirse las almas con su Dios y Redentor, quien en el exceso de su Amor a ellas, se quedó oculto en las blancas Hostias, expuesto a las sacrílegas profanaciones de sus ingratos hijos.

¡Para esta reparación están destinadas las almas contemplativas,... tan de su agrado!

Ese sinnúmero de fragantísimas y hermosas azucenas que ves junto con el Cáliz y Copón, que trae mi Arcángel Gabriel, son todas las buenas religiosas, que serán muchísimas las que habiten en los claustros de todo el orbe.

Cada una de ellas en un mismo claustro, tendrá distinta misión y por lo tanto, distinto diluvio de gracias que sin cesar recibirán del Cielo para este fin. A mis hijas están encomendados los siete Sacramentos para que sean cumplidos con perfección por los fieles, pero sobre todo el tercero, el cuarto y el sexto (Penitencia, Eucaristía, Orden Sacerdotal).

El grande y precioso envase transparente y bien cerrado que trae mi Arcángel Rafael, y que contiene un bálsamo exquisito cuyo suave olor saliendo de él se esparce por el aire, purificando la atmósfera, haciendo sentir al alma sumo gozo y admirable tranquilidad, significa los claustros y conventos, lugares únicos en los que se practican a diario las sólidas virtudes, junto con la observancia regular y la austera penitencia de sus moradores.

La pureza y castidad que allí existe, es el aroma exquisito que se difunde en los países felices que poseen monasterios y conventos, purificando el aire impuro que aspiran los mundanos entregados a los vicios y pasiones más vergonzosas, haciendo sentir a las almas sumo gozo y admirable tranquilidad. Con esto, entrando dentro de sí mismas, se vuelven a Dios por las oraciones que en esas casas de Dios, incesantemente de día y de noche, se elevan al Cielo, pidiendo como Moisés, con los brazos extendidos, que esa humilde oración y penitencia convierta a sus hermanos, los pecadores, y se salven las naciones del diluvio de vicios y pasiones que acarrearán tremendos castigos de la Justicia Divina.

¡Ay del mundo si no hubiera los monasterios y conventos! Los mortales no comprenden su valía, que si lo comprendieran gastarían sus haberes por multiplicarlos, porque ahí se encuentra el remedio de todo mal físico y moral.

La Santísima Trinidad y Yo, la Madre y modelo de las almas religiosas, amamos estas casas con ternura; y el canal por donde descende a ellas el diluvio de preciosísimas gracias, que no se da a los del mundo, soy Yo, porque en cada monasterio y convento soy amada con ternura y con verdad, y todos sus miembros acuden a Mí con esa confianza y amor filial que tienen los hijos e hijas a su tierna y cariñosa Madre. En todos me veneran bajo distinta advocación y los Arcángeles recogen las oraciones, lágrimas, penitencias, suspiros y vida de sacrificio de ellos y ellas y me las presentan a Mí, y Yo los presento llevándolo todo al Trono del Señor para la salvación del universo.

Nadie se da cuenta en la faz de la tierra, de dónde viene la salvación de las almas, la conversión de grandes pecadores, la disipación de grandes flagelos, la producción y fertilidad de los campos, la cesación de pestes, de guerras y la buena armonía entre las naciones. Todo esto viene de las oraciones que se elevan de los monasterios y conventos.

Las innumerables estolas que también trae mi Arcángel Rafael, que teniendo el color violeta esparcen admirable resplandor, significan la acción práctica y el celo sacerdotal de los buenos Sacerdotes que, abnegados, se olvidan de sí mismos para hacer conocer y amar a Jesucristo y a Mí, que soy la tierna Madre de ellos, trabajando infatigables en la viña del Señor, para aumentarla, cuidar y salvar las almas redimidas con la Sangre Redentora, teniendo en cuenta su misión encargada por el padre de las familias. Estos son los siervos buenos y fieles que entrarán en el goce de su Señor.

La pluma de bruñido y refulgente oro marcada con mi nombre, es para todos los Sacerdotes de ambos cleros que escriban mis glorias y dolores, así como para quienes escriban difundiendo mi culto del Buen Suceso de este monasterio mío, muy querido, como también tu vida, la que es inseparable de esta tierna y consoladora advocación, que en el siglo XX hará prodigios así en lo espiritual como en lo temporal, porque la Voluntad de Dios es dejar esta advocación y tu vida para ese siglo en el que la corrupción de costumbres será casi general y la luz preciosa de la Fe estará casi extinguida.

Aquí tienes, hija querida, significadas todas las cosas que has visto que traen en sus manos mis Santos Arcángeles. Miguel ‘¿Quis ut Deus?’, Gabriel ‘Fortitudo Dei’, Rafael ‘Medicina Dei’. Cada uno cumple su misión en favorecer a la humanidad caída, y si el resto de los mortales deja de invocar y venerar a estos Santos Príncipes, quiero que tú y tus hijas, presentes y venideras, lo hagan para que reciban gracias y favores de ellos, así para sus personas como para el convento.”

La Santísima Virgen oírá nuestras preces por las almas, especialmente oírá las preces de las almas sacerdotales y religiosas, y los ruegos que Ella presenta nunca son desatendidos. Mientras tanto, en el siglo XXI, la humanidad, insensible a su propio envilecimiento, sigue temerariamente su camino de perdición. La crisis es trágica. No hay ya elemento humano de salvación. La humanidad se ha vuelto indigna de recibir cualquier gracia, pues sólo merece castigos y más castigos por sus pecados. ¿Quién nos podrá socorrer? Solamente la Santísima Virgen María, porque Ella nos tiene un amor sin límites, una complacencia de Madre, de Madre ilimitadamente buena, generosa, indulgente. Además, esta Madre es al mismo tiempo más poderosa que todas las fuerzas del mundo, del demonio y de la carne, y es omnipotente ante Dios, justísimamente irritado por nuestros pecados. Salvarnos en esta situación, será la más esplendente de las manifestaciones del poder de nuestra Divina Madre.

La Santísima Virgen del Buen Suceso se mostró a Santa Mariana de Jesús Torres en el siglo XVII, como Ella misma lo manifestó, con su Divino Hijo en la mano izquierda para detener la Ira Divina y con el báculo pastoral en la derecha, para guiarnos a buenos sucesos. Por tanto, he ahí la tabla de salvación para el mundo contemporáneo corrompido y descristianizado. He ahí también la firme esperanza del triunfo de María sobre Satanás y sus

secuaces. En La Salette, el 25 de septiembre de 1971, la Santísima Virgen dijo a Clemente Domínguez: “Yo soy la Reina de todas las naciones. Soy la Reina del Mundo, Reina del Universo, porque Dios me ha llenado de Gracia al mirar mi bajeza y mi humildad. Yo, la Esclava del Señor, nada soy Yo, sino por Gracia de Dios... Yo soy la Omnipotencia Suplicante. Dios ha depositado el cetro en mis manos... Acudid a Mí. Yo soy vuestra Madre, por ser Madre de Dios. Soy la Corredentora, la Mediadora universal... Yo soy la Divina Pastora. Asíos todos a mi báculo; vuestro sostén, vuestra firmeza está en mi báculo. Caminad con él y llegaréis a la barca donde habita el Buen Pastor.”

Así como por María se ha cumplido el buen suceso de la purificación de la Iglesia en El Palmar de Troya, revelada a Santa Mariana de Jesús en el siglo XVII, en Ella se cifra nuestra esperanza de la restauración religiosa de la humanidad, a través del Reinado de María, que fue profetizado por San Luis María Grignón de Montfort. Es hacia ese triunfo anunciado por la Santísima Virgen María a Santa Mariana de Jesús, y anunciado también en Fátima, e innumerables veces en El Palmar de Troya, al que debemos tender y por él trabajar incansablemente, dedicándole toda nuestra existencia.

Santa Mariana de Jesús Torres fue declarada Venerable Sierva de Dios el día 13 de marzo de 2025 y canonizada el día 27 de marzo de 2025 por Su Santidad el Papa Pedro III.

Exhortamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, recurran en todas sus necesidades a la especial intercesión de esta Santa, elevada al honor de los Altares para gloria de la Iglesia.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 15, Fiesta de Pentecostés, mayo de MMXXV, Año de Nuestro Señor Jesucristo y décimo de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus



Petrus III P.P.